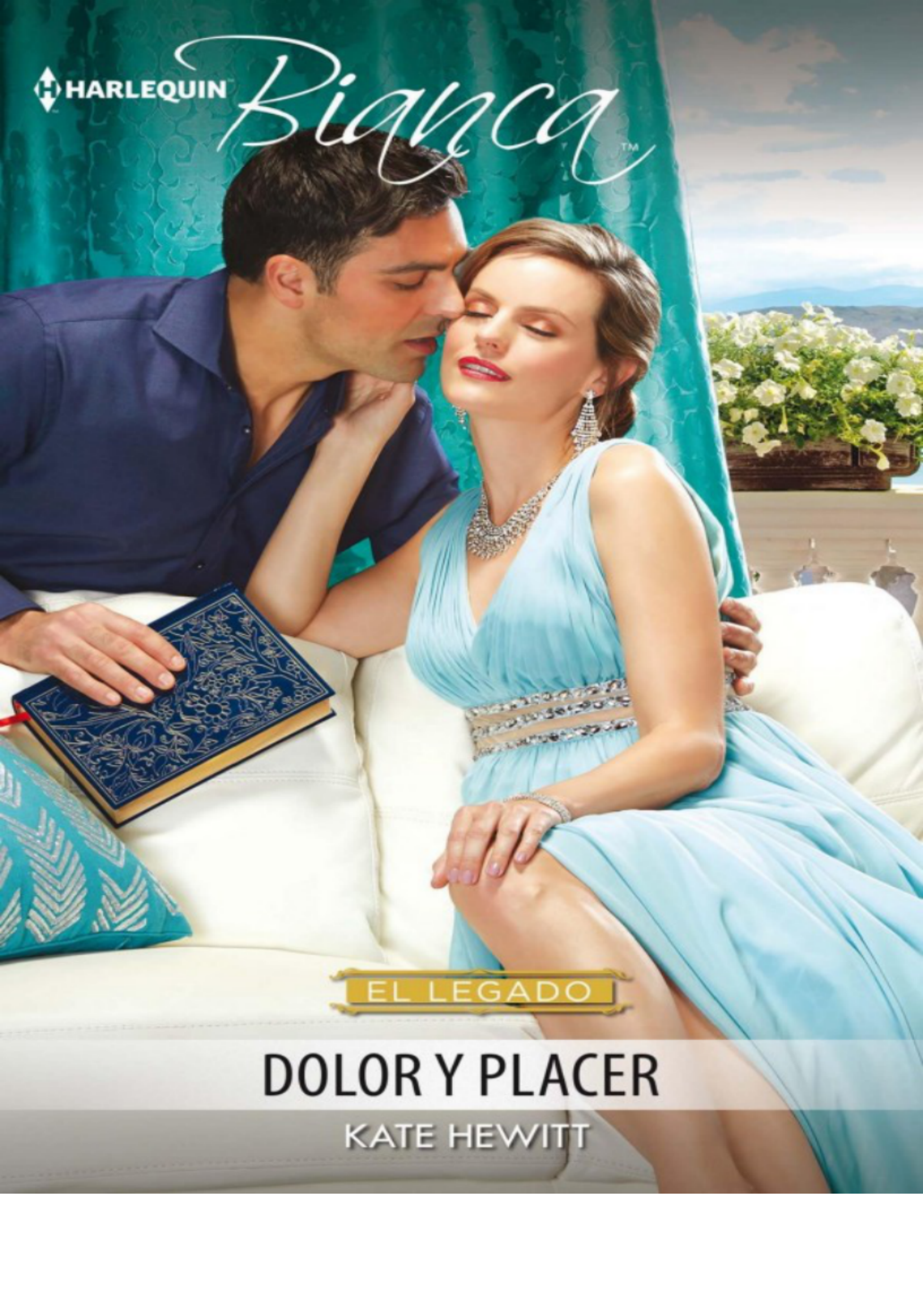

HARLEQUIN
Bianca
EL LEGADO
DOLOR Y PLACER
KATE HEWITT



DOLOR Y PLACER

KATE HEWITT





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Dolor y placer, n.º 130 - julio 2017
Título original: A Di Sione for the Greek's Pleasure
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-017-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

QUIERO que me hagas un favor.

Natalia di Sione sonrió a su abuelo mientras le remetía la manta por debajo de las piernas y se sentaba enfrente de él. Aunque era un día caluroso de junio, Giovanni di Sione tenía algunos escalofríos por el viento que llegaba del estuario de Long Island.

–Cualquier cosa, *nonno* –dijo Natalia llamándolo por el nombre que había empleado desde que era una niña pequeña.

Giovanni esbozó una sonrisa maliciosa y sacudió la cabeza.

–Has aceptado muy deprisa, Talia, y no sabes qué voy a pedirte.

–Sabes que haré cualquier cosa por ti.

Giovanni había criado a Talia y a sus hermanos después de que sus padres murieran en un accidente de coche cuando ella, la menor de los siete hermanos, era poco más que un bebé. Él había sido su padre, su madre y su abuelo, y como ella había vivido en la finca y residencia de los Di Sione durante los últimos siete años, también había sido lo más parecido a un confidente y un amigo íntimo. Sabía que algunos de sus hermanos mayores habían mantenido cierta distancia con su trabajador y a veces indiferente abuelo, pero ella era incondicional de él desde hacía siete años. La había acogido cuando había vuelto dolida física y mentalmente y había sido su salvación.

–¿Cualquier cosa, Talia? –le preguntó Giovanni arqueando una ceja–. ¿Incluso tener que salir de la finca?

Ella se rio ligeramente.

–Jamás me pedirías que hiciese algo tan espantoso.

Ella fingió un estremecimiento, pero la verdad era que la idea de salir de esos terrenos bien amurallados hacía que el miedo le atenazara las entrañas. Le gustaba su torre de marfil, la seguridad de saber que estaba protegida detrás de unas verjas, segura. Sabía lo que era no sentirse segura, sentirse como si la vida pendiera de un hilo, y no quería sentirse así otra vez aunque eso significara vivir como una prisionera. Salía muy pocas veces de la villa y normalmente era para ir a ver a alguno de sus hermanos o asistir a alguna visita privada a alguna exposición de arte en la zona. Evitaba las ciudades e, incluso, los pequeños y prósperos pueblos de Long Island y se limitaba a trayectos cortos en coche con chófer. Cuando Giovanni le decía que saliera más, ella siempre contestaba que prefería la vida tranquila de la extensa casa con ondulantes prados y el resplandor azul del estuario de Long Island a lo lejos. ¿Para qué iba a querer ir a otro sitio? Giovanni no insistía, pero ella sabía que estaba preocupado por su aislamiento, aunque nunca

decía nada. Veía que la preocupación le velaba muchas veces los ojos o hacía que frunciera las pobladas cejas cuando la miraba ir de un lado a otro por la casa.

–Sabes que no me queda mucho tiempo, Talia.

Ella se limitó a asentir con la cabeza porque no se fiaba de su voz. Hacía unos meses, le habían dado un año de vida. Si se tenía en cuenta que tenía noventa y ocho años y ya había vencido una vez al cáncer, hacía unos veinte años, un año era mucho tiempo, pero no era suficiente para ella. No podía imaginarse la villa sin Giovanni, sin su amable sonrisa y sus prudentes palabras, sin su presencia constante, aunque muchas veces silenciosa. Las amplias y elegantes habitaciones parecerían más vacías que nunca, la residencia languidecería habitada solo por ella y los empleados esenciales. No soportaba la idea y la alejó de la cabeza.

–Entonces, ¿qué quieres que haga? –preguntó Talia–. ¿Quieres que te pinte un retrato?

Ella, durante los cinco años pasados, se había forjado una carrera corta aunque pujante como pintora de retratos. Cuando cumplió veintiún años, Giovanni le había regalado un estudio en los terrenos de la residencia, un pequeño edificio con unas vistas fantásticas del estuario. Los clientes acudían al estudio para posar y ella disfrutaba con la relación social y el trabajo creativo, y todo ello en el entorno seguro que tanto anhelaba.

–¿Un retrato? –Giovanni se rio–. ¿Quién iba a querer ver a un viejo como yo? No, querida, me gustaría otra cosa, me gustaría que me encontraras una cosa.

Él se dejó caer contra el respaldo con las nudosas manos entrelazadas sobre el regazo y la observó mientras esperaba.

–¿Que te encuentre una cosa?

Ella se inclinó hacia delante con sorpresa y curiosidad, pero también con aprensión. Conocía ese brillo en los ojos de su abuelo y su silencio mientras esperaba que fuese ella quien preguntara.

–¿Has perdido algo, *nonno*?

–He perdido muchas cosas a lo largo de los años –contestó Giovanni.

Talia captó cierta tristeza en su voz y vio que su rostro adoptaba una expresión distante. Esbozó una leve sonrisa como si estuviese recordando algo agradable o conmovedor, hasta que volvió a dirigirse a Talia.

–Quiero que encuentres una de mis amantes perdidas.

Talia había oído hablar de las amantes perdidas de Giovanni. Era una historia envuelta en el misterio que había oído desde que era pequeña, era una colección de objetos valiosos que Giovanni había llevado consigo al Nuevo Mundo cuando emigró desde Italia

siendo joven. Había tenido que venderlos uno a uno para sobrevivir, aunque había querido mucho a todos. Siempre se había negado a decir nada más y siempre había afirmado que un anciano tenía que guardar secretos. Ella sospechaba que Giovanni guardaba muchos secretos y, en ese momento, con un destello de curiosidad, se preguntó si le contaría uno por lo menos.

–¿Una de tus amantes perdidas? –repitió ella–. Nunca has dicho qué son. ¿Cuál es?

–Un libro, un libro muy especial y muy difícil de encontrar.

–¿Y crees que yo podré encontrarlo? –preguntó ella arqueando una ceja.

–Sí. Confío en tu inteligencia e ingenio, Talia. Tu creatividad es resplandeciente.

Ella se rio y sacudió la cabeza por el bochorno y la emoción. Su abuelo no solía ser tan sentimental, pero ella sabía que los años ya le pesaban y sospechaba que necesitaba decir cosas que había callado durante mucho tiempo.

–¿Qué tipo de libro?

–Un libro de poemas de amor que escribió un poeta anónimo del Mediterráneo. Se llama *Il libro d'Amore*.

–¿Hay muchos ejemplares?

–Unos pocos, pero el mío era distinto a todos los demás. Era una primera edición con cubierta de cuero trabajada a mano. Es único de verdad.

–¿Y crees que puedo encontrarlo? –le preguntó Talia sin disimular la duda.

Ella se había imaginado que podría buscar en Internet o buscarlo mediante un librero de libros usados, pero, naturalmente, Giovanni también podía hacer eso. Se había comprado una tableta hacia unos años y, como el empresario innovador que había sido siempre, navegaba mucho por Internet. Naturalmente, quería que ella hiciera algo más importante y difícil y no iba a defraudarlo. Su abuelo no le había pedido casi nada a lo largo de los años y le había dado sus aposentos privados en la residencia cuando tenía diecinueve años y no podía casi arreglárselas. Nunca había insistido demasiado en que saliera a intentar cosas nuevas y le había permitido que se hiciese una carrera como artista sin salir de la villa. Le debía mucho a su *nonno*.

–Sí. Quiero que encuentres ese libro concreto –contestó él con una sonrisa triste–. Hay una inscripción por dentro de la cubierta. «Queridísima Lucia, te llevaré eternamente en el corazón. Tuyo B.A.» –la voz se le entrecortó un poco y bajó la mirada parpadeando antes de volver a mirar a Talia con su sonrisa enigmática de siempre–. Así sabrás que es el libro que buscas.

–¿Quién es Lucia? –preguntó Talia conmovida por la inscripción y la emoción tan inusitada de su abuelo–. ¿Quién es B.A.? ¿Eran amigos tuyos?

–Sí, podría decirse que lo eran. Los apreciaba mucho y ellos se amaban muchísimo –Giovanni se colocó bien la manta. Estaba pálido y Talia se había dado cuenta de que últimamente se cansaba enseguida–. Pero esa es otra historia.

–¿Qué pasó con el libro? –preguntó Talia–. ¿Lo vendiste cuando llegaste e Estados Unidos?

–No, no lo traje a Estados Unidos. Lo dejé allí y por eso será difícil encontrarlo. Sin embargo, creo que tú puedes, Talia. Aunque encontrarlo te embarcará en un viaje en más de un sentido.

–Un viaje…

Talia apretó los labios. Estaba segura de que esa era la manera que tenía su abuelo de sacarla de esos terrenos, de que saliera a la vida. Sabía que llevaba un tiempo deseando que ella echara a volar y ella se había resistido siempre, había insistido en que era feliz en la finca. ¿Cómo no iba a serlo? Allí tenía todo lo que quería. No necesitaba nada más y tampoco quería aventuras o emociones, al menos, como las que tuvo una vez y que la habían llevado a donde estaba.

–*Nonno*…

Giovanni agitó un dedo como si quisiera regañarla con delicadeza.

–No irás a rechazar el último deseo de un anciano, ¿verdad?

–No digas eso…

–Es verdad, querida, y deseo mucho recuperar ese libro, pasar sus frágiles páginas y leer que el amor supera cualquier gloria o tragedia…

La voz se le entrecortó otra vez y Talia se mordió el labio inferior mientras el remordimiento se adueñaba de ella. ¿Cómo podía plantearse siquiera la posibilidad de negarle esa petición a su abuelo y todo por un miedo egoísta? ¿Cómo podía negarle algo a Giovanni, su *nonno*, quien se había ocupado de ella desde que era una niña, quien había sido su padre y su madre a la vez y había vivido con ella durante los últimos siete años aceptando sus limitaciones y sin dejar de quererla?

–Lo intentaré, *nonno*.

Giovanni se inclinó hacia delante y puso su huesuda mano encima de la de ella.

–Sé que lo harás, querida, se qué lo intentarás por todos los medios, y lo conseguirás.

–Hay una mujer más, señor Mena.

Angelos Mena levantó la mirada de la mesa y del montón de currículos que había descartado. Ninguna de las mujeres que había entrevistado esa tarde había sido ni remotamente apta para el puesto. En realidad, sospechaba que habían estado más interesadas en arrimarse a él que en conocer a su hija Sofia, como había pasado con las tres últimas niñeras. Apretó los labios con fastidio y se pasó una mano por el pelo.

–¿Otra? No debería haber más –él dio un golpecito al montón de papeles–. No tengo más currículos.

Eleni, su secretaria, extendió las manos con impotencia.

–Lleva varias horas esperando y dice que tiene que verlo.

–Al menos, es tenaz –él se levantó de la mesa–. Dile que pase.

Eleni chocó los tacones y abandonó el despacho. Angelos fue hasta el ventanal con vistas de Atenas. La tensión le agarrotó los músculos de los hombros e hizo que le palpitaran las sienes. Lo que peor le venía en ese momento era que su niñera nueva hubiera retrasado seis semanas su entrada a trabajar. Encontrar una sustituta provisional y aceptable era una complicación que no le hacía gracia, y menos cuando ese mismo día había entrevistado a una docena y ninguna le había parecido adecuada. Algunas habían tenido experiencia, pero, cuando había llamado a Sofia para comprobar si su hija las aceptaba, ella se había resistido a los intentos de las mujeres de ganarse su amistad. Hasta él se había dado cuenta de lo falsos que eran. Se había dado cuenta de que algunas no habían querido mirar a Sofia y de que otras la habían mirado fijamente. Las dos reacciones habían hecho que su hija se acobardara por la vergüenza y esa injusticia había hecho que se pusiera furioso. Su hija no tenía que avergonzarse de nada, y él tampoco.

–Señor Menos…

Angelos se dio la vuelta y vio a una joven esbelta en la puerta. Parecía pálida pero decidida, tenía despeinado el pelo castaño claro y el vestido rosa y vaporoso irremediablemente arrugado. Él frunció el ceño al ver su desaliño. Evidentemente, ella no se vestía para impresionar.

–¿Usted es…? –preguntó él en un tono intencionadamente seco.

–Lo siento… mmm… *signomi*… pero no hablo… *den*… mmm… *milau*…

Ella balbució y se puso roja, lo que iluminó sus ojos color avellana en el rostro pecoso y ovalado.

–¿No habla griego? –terminó Angelos en un inglés impecable–. Sin embargo, mi hija solo habla griego. Qué interesante, señorita…

Él arqueó una ceja y sonrió con frialdad. No tenía tiempo para

dedicárselo a otra candidata completamente inepta y lo mejor era deshacerse de ella lo antes posible.

–Señorita Natalia di Sione –la mujer se puso muy recta y sus ojos castaños verdosos dejaron escapar un destello que sorprendió a Angelos. Esa mujer tenía carácter–. Además, su hija habla un poco de inglés, si se refiere a la chica que lleva toda la tarde sentada fuera del despacho.

–¿Ha estado hablando con ella? –preguntó Angelos frunciendo el ceño.

–Sí. ¿No debería haberlo hecho?

Ella lo miró con indecisión y se mojó los labios con la punta de la lengua. Angelos captó el gesto y sintió una tensión por dentro que sofocó implacablemente mientras daba un golpecito en el montón de currículos.

–No me ha entregado su currículum, señorita Di Sione.

–¿Mi currículum? –preguntó ella como si no supiera de qué estaban hablándole.

Él notó que la impaciencia aumentaba. Evidentemente, era inepta y no tenía la más mínima preparación. Era un cambio en comparación con lo impecables que habían sido algunas de las candidatas anteriores, pero era irritante en cualquier caso.

–Me temo que no puedo dedicarle más tiempo, señorita Di Sione. Es completamente inadecuada para el puesto.

–El puesto…

Ella se quedó completamente atónita y arrugó la frente. Él rodeó la mesa y se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó al lado de ella, percibió un olor limpio y sencillo, quizá fuese a almendras. Tomó el picaporte.

–Gracias por su tiempo, señorita Di Sione, pero preferiría que no malgastara el mío.

–Pero si ni siquiera he hablado con usted todavía.

Ella se dio la vuelta para mirarlo y se pasó el pelo por detrás de las orejas. Él se fijó en los largos mechones de color castaño dorado y en las orejas pequeñas y perfectamente formadas. ¡Estaba fijándose en sus orejas! ¿Podía saberse qué le pasaba? Desvió la mirada hacia los hombros, que ella había echado hacia atrás, y entonces se fijó en su cuerpo esbelto y con unas curvas delicadas. Volvió a subir la mirada a su rostro y la mantuvo ahí.

–Ya he sacado suficientes conclusiones de nuestra breve conversación. No tiene currículum, lleva un vestido arrugado para una entrevista de trabajo…

–Acabo de bajarme de un avión –le interrumpió ella con los ojos como platos–. Una entrevista de trabajo…

–Ha venido para ser la niñera provisional…

–¿La niñera de su hija?

–¿De quién si no? –explotó Angelos mientras ella asentía precipitadamente con la cabeza.

–Claro, claro. Le pido disculpas por no tener el currículum –ella volvió a pasarse la lengua por los labios y Angelos miró hacia otro lado–. Acabo de enterarme de que… había este puesto. ¿Podría…? ¿Podría decirme qué conlleva exactamente?

Él frunció el ceño. Tenía que descartarla porque sabía que era completamente inepta, pero había algo en su mirada y en la rigidez de su espalda que le hizo vacilar.

–Se ocuparía de mi hija de ocho años, Sofia. La niñera que contraté tiene que cuidar a su madre enferma y no puede empezar hasta finales de agosto. Por eso, necesito una sustituta durante seis semanas. Lo decía todo en el anuncio…

Ella asintió lentamente con la cabeza y mirándolo con esos ojos color avellana e inquietantemente nítidos.

–Sí, claro, ahora lo recuerdo.

Él resopló con impaciencia.

–¿Tiene alguna experiencia cuidando niños, señorita Di Sione?

–Llámeme Talia, por favor. La respuesta es: no.

–¿Ninguna? –preguntó él mirándola con incredulidad.

Ella sacudió la cabeza y el pelo ondulado volvió a caerle por la cara. Entonces, se lo pasó por detrás de las orejas con una sonrisa casi maliciosa. Angelos notó que le bullía la sangre de indignación. ¡Tenía la insolencia de pedir una entrevista sin la más mínima experiencia!

–Como intuí en cuanto entró en este despacho, está malgastando mi tiempo.

Talia di Sione parpadeó y se encogió un poco por su tono, pero Angelos no sintió compasión. ¿Para qué se había presentado esa mujer allí? No tenía ni currículum ni experiencia, no tenía ninguna posibilidad y tenía que haberlo sabido.

–A lo mejor debería preguntarle a su hija si he malgastado el tiempo de ella.

Talia vio que las pupilas de Angelos Mena dejaban escapar un destello y que apretaba los labios. Desprendía oleadas de impaciencia y de aversión, y de algo más. Algo desasosegante, como una fuerza magnética que hacía que se diera cuenta de lo peligroso que podía ser ese hombre. Sin embargo, no se sentía amenazada a pesar de todo lo que había pasado ese día y que la había dejado en carne viva sentimentalmente y agotada físicamente.

Angelos cruzó los brazos y la tela del traje se tensó por los

impresionantes bíceps. Si no tuviese un aspecto tan hosco, Angelos Mena la habría parecido un hombre atractivo. En realidad, lo habría considerado impresionante, sexy y muy viril. Su cuerpo, alto y poderoso, estaba cubierto por un traje que parecía muy caro y los eslabones de plata y oro de un reloj exclusivo brillaban en una de sus poderosas muñecas. El pelo, moreno y muy corto, enmarcaba un rostro cincelado con unas cejas rectas y unos ojos marrones que había estado mirándola como ascuas durante toda esa desafortunada entrevista. Aunque ella no había esperado que la entrevistaran, claro. Había estado esperando durante cuatro horas fuera del despacho de Angelos Mena con la esperanza de poder preguntarle por *Il Libro d'Amore*. Había pasado cuatro agotadoras semanas investigando para encontrar la pista que la había llevado hasta el hombre que tenía delante, y todavía no estaba segura de que él lo tuviera. Había llamado varias veces a Mena Consultancy, pero no había podido hablar con él. Le había dejado algunos mensajes, un tanto ambiguos, con su secretaria, pero quería explicarle lo que estaba buscando en una conversación cara a cara. Sin embargo, a juzgar por la actitud de Angelos Mena en ese momento, le parecía que no había recibido ninguno de ellos. Su nombre no le sonaba de nada y había tardado diez segundos en presencia de ese hombre para darse cuenta de que una conversación no le llevaría muy lejos. Sin embargo, ¿iba a intentar que la contratara como niñera de su hija?

–Iré a por ella.

Angelos salió del despacho y Talia se dejó caer en una de las sillas que había delante de la mesa. Le temblaban las piernas y sentía palpitaciones en la cabeza. Había agotado todos sus recursos físicos y mentales para llegar hasta allí. Había pasado nueve horas en un avión, sudando y temblando todo el rato, había deambulado por las bulliciosas calles de Atenas, había dado un respingo cada vez que alguien le había rozado un hombro y había intentado contener los recuerdos en los que nunca se permitía pensar, los recuerdos que podían atenazarle la garganta y hacer que el corazón se le desbocara por el pánico.

Había sido completamente agotador, pero, aun así, se levantó y fue hasta el ventanal. A lo lejos se veían las ruinas de la Acrópolis bajo un implacable cielo azul. Era una vista tan poderosa que hacía que se sintiera sobrecogida y emocionada. Durante un segundo, recordó lo que sintió cuando tenía dieciocho años y estaba repleta de vigor y esperanza, cuando todo el mundo se extendía delante de ella, cuando todo era una aventura cautivadora…

–Señorita Di Sione…

Talia se dio media vuelta y se sonrojó ante la mirada de censura

de Angelos Mena. ¿No debería haber mirado por el ventanal? Ese hombre estaba muy tenso.

–Aquí está Sofia.

–Sí, claro.

Talia se acercó a la niña, que parpadeó detrás de las gafas. El pelo, ondulado y oscuro, enmarcaba un precioso rostro ovalado, aunque casi toda la mejilla derecha estaba cubierta por la carne rosada y arrugada de una cicatriz. Mientras esperaba afuera, se había dado cuenta de que la niña dejaba que le cayera el pelo por delante de la cara para esconderla y se le había encogido el corazón porque ella también sabía lo que era vivir con cicatrices, aunque las de ella eran invisibles.

–Hola, Sofia –la saludó con una sonrisa.

La niña, como antes, inclinó la cabeza hacia delante para que el pelo le tapara la cara. Angelos frunció el ceño. Talia pasó por alto el ceño fruncido y se preguntó qué sentía su hija. Había observado disimuladamente a Sofia mientras esperaba a que Angelos la recibiera y había visto que la niña miraba con detenimiento a cada mujer que entraba en el despacho y que se le hundían los hombros cuando volvían a salir, generalmente, molestas, abochornadas o las dos cosas a la vez. Sofia había entrado un par de veces en el despacho y ella había visto que su cuerpecito le temblaba y que se agarraba las manos, con los nudillos blancos y huesudos.

Después de esperar durante una hora, había intentado hacerse amiga de ella. Le había enseñado el bloc y los lápices de colores que siempre llevaba en el bolso y, para pasar el rato, había dibujado un rápido esbozo de una de las mujeres que estaban esperando. Había exagerado la cara para que fuese una caricatura, pero reconocible. Cuando Sofia reconoció a la mujer de nariz ganchuda y ojos protuberantes que tenía las manos como garras sobre unas caderas huesudas, dejó escapar una leve carcajada antes de taparse la boca con una mano y una expresión de pánico. Ella le había sonreído con complicidad para tranquilizarla y Sofia se había relajado, había bajado la mano y le había acercado el bloc para, en silencio, pedirle que hiciera otro dibujo, y ella lo había hecho. Así habían pasado una agradable hora. Talia dibujó a todas las mujeres que pudo recordar antes de darle los lápices a Sofia y animarla a que dibujara algo. Sofia había dibujado una puesta de sol, una franja de arena y una mancha de agua azul.

–Precioso –había murmurado Talia.

–*Spiti* –había comentado la niña antes de traducirlo cuando Talia se quedó con cara de no haber entendido–. Mi casa.

–Sofia…

Angelos la llamó en un tono más firme, apoyó una mano en el

hombro de su hija y le habló en griego.

–*Yassou* –replicó la niña mirándolo.

Él volvió a hablar en griego y miró a Talia con los ojos entrecerrados.

–Estoy diciéndole que usted no habla griego.

–No se preocupe –replicó Talia en tono desenfadado–. Ya lo sabe. Llevamos casi toda la tarde hablando por señas y nos hemos entendido. Además, Sofia sabe más inglés del que se imagina, señor Mena.

–*Kyrie* Mena –le corrigió él.

Ella asintió con la cabeza y consiguió no poner los ojos en blanco.

–*Kyrie* –repitió ella.

Sin embargo, no hizo falta que Angelos Mena hiciera una mueca de espanto para saber que la pronunciación había sido espeluznante. Él volvió a hablar en griego a su hija y ella replicó algo. Aunque Talia no entendía lo que estaban diciendo, sí notaba la disconformidad de Angelos y el nerviosismo de Sofia. Ella intentó sonreír aunque el agotamiento volvió a hacer mella en ella. ¿Qué estaba haciendo allí? Había ido para encontrar el preciado libro de su abuelo, no para aspirar a un puesto de niñera. Si tenía un mínimo de buen juicio, acabaría con esa farsa antes de que llegara más lejos y le explicaría a Angelos Mena por qué estaba allí. Entonces, con toda certeza, él la expulsaría de una patada y cualquier posibilidad de recuperar el libro de Giovanni habría desaparecido para siempre.

Angelos estaba hablando otra vez en griego con Sofia y ella podía notar que se le nublaba la vista a medida que el dolor de cabeza que había estado rondando amenazaba con dominarla. Hacía calor en la habitación, el ambiente era denso y las piernas empezaban a temblarle.

–Le importa… –murmuró ella mientras se dejaba caer en una silla con la cabeza entre las manos.

–¡Señorita Di Sione! –Angelos dejó de hablar con su hija–. ¿Se encuentra mal?

Talia tomó una bocanada de aire y la cabeza empezó a darle vueltas.

–Señorita di Sione…

–Talia –le corrigió ella–. Sí, me encuentro mal, creo que voy a desmayarme.

Capítulo 2

ANGELOS soltó un improperio para sus adentros cuando la mujer que tenía delante se desvaneció con la cabeza entre las rodillas. Llamó a Eleni, se arrodilló al lado de Talia y le rodeó los hombros con un brazo para intentar sujetarla.

–Lo siento –consiguió disculparse ella con la cabeza apoyada en su brazo.

–Papá, ¿va a ponerse bien? –preguntó Sofia con cierta angustia.

Angelos estuvo a punto de soltar otro improperio porque no quería que su hija se preocupara por una desconocida.

–Claro –contestó él en un tono más tenso del que había querido poner–. Solo se ha desmayado un instante.

Su secretaria entró corriendo y Angelos le pidió que llevara un vaso de agua.

–¡Que sea un zumo! –le gritó mientras Eleni salía del despacho–. Es posible que sea una bajada de azúcar.

Volvió a mirar a Talia, quien tenía los ojos cerrados y estaba pálida. Parpadeó ligeramente y separó los labios para tomar aire entrecortadamente. Entonces, abrió los ojos y su mirada se encontró con la de Angelos. Por un segundo, él se sintió desequilibrado, como si no hubiese pisado el último escalón de una escalera, y se dio cuenta de que tenía al brazo alrededor de sus hombros y sus pechos contra su pecho. Ella fue a incorporarse y él retiró el brazo.

–Lo siento –murmuró ella–. No suelo hacer esto.

–¿De verdad? –preguntó él en tono cortante y mirándola con los ojos entrecerrados.

–No…

–El caso es que no sé nada de usted, señorita Di Sione, y, sin embargo, quiere que le confíe el cuidado de mi hija.

Ella lo miró un momento y el tono avellana de sus ojos fue tan limpio que él sintió cierto bochorno por el tono cortante y la acusación implícita. Luego, ella desvió la mirada hacia Sofia.

–Estoy bien, Sofia –dijo ella con delicadeza.

Angelos vio que la expresión de su hija se iluminaba con una sonrisa temblorosa dirigida a Talia. Tuvo que reconocer que era la primera mujer de ese día que se había preocupado por lo que sentía su hija. Además, también se dio cuenta de que Talia no había reaccionado en ningún sentido por la cicatriz de Sofia, había actuado como si no importara lo más mínimo. Eso hizo que se alegrara y que se sintiera perplejo a la vez porque seguía estando convencido de que Talia di Sione no servía para ser niñera. No tenía formación ni referencias… ni siquiera sabía cómo se había enterado

del empleo o por qué se había presentado para solicitarlo. Sin embargo, en el fondo, notaba que era la elección acertada, la única posibilidad porque le importaba su hija.

Eleni entró con un zumo de manzana en una bandeja y Talia lo tomó dándole las gracias.

–Siento ser una molestia –murmuró mirando a Angelos mientras daba un sorbo–. Ya estoy bien, de verdad.

–No es una molestia –replicó Angelos

Evidentemente, Talia era la mejor candidata para el puesto y, aun así, él se resistía. Le gustaba que las cosas fuesen claras, que tuviesen sentido. Le gustaba la experiencia y la formación por encima de la intuición. Su intuición le había fallado en el pasado y ya solo se fiaba de los datos firmes e inapelables. Los sentimientos, intuitivos o como fueran, no tenían cabida en su vida.

Sin embargo… Vio que Talia sonreía a Sofia y que le decía algo que hacía que su hija sonriera con timidez. Sofia vio que él tenía el ceño fruncido y también le sonrió con los pulgares hacia arriba. Era la primera mujer que había aceptado ¿Debería fiarse de la intuición de su hija como de la suya propia? Apretó los dientes con decisión. No tenía alternativa. Tenía que contratar a una niñera ese mismo día para que él pudiera volver a trabajar y Sofia estuviese atendida.

–¿Podría estar preparada para salir dentro de una hora? –le preguntó a Talia.

Talia parpadeó y la cabeza le dio vueltas otra vez mientras intentaba asimilar la pregunta de Angelos.

–¿Salir…? –repitió ella.

–Sí –contestó él con impaciencia–. Me gustaría volver a Kallos dentro de una hora.

Aunque sabía que parecía tonta, Talia no podía dejar de repetir lo que decía él.

–¿Kallos…?

–Mi casa –le explicó Angelos–. ¿No leyó el anuncio que puse, señorita Di Sione?

–*Spiti* –comentó Talia al acordarse del dibujo de Sofia.

–Sí, casa –Angelos la miró con la sorpresa reflejada en los ojos marrones y a ella se le puso la carne de gallina–. Entonces, sí sabe algo de griego.

–Muy poco.

Talia tomó aliento e intentó pensar con un poco de claridad. Notó una oleada de bochorno al pensar en lo débil que tuvo que haberle parecido a Angelos al desvanecerse en su despacho. No había comido nada desde hacía horas y el agotamiento físico y

emocional por haber tenido que lidiar con tantas cosas desconocidas había acabado por vencerla, pero ya estaba mejor. Se irguió y dejó el vaso de zumo con energía.

–Señor… *Kyrie* Mena, me temo que todo esto se nos ha ido un poco de las manos.

Notó que se sonrojaba al ver que Angelos fruncía el ceño con perplejidad y enojo. Si le decía en ese momento el motivo verdadero para que estuviera allí, se pondría completamente furioso. Conocía a ese hombre desde hacía solo unos minutos, pero ya lo conocía lo bastante como para saber que se enfurecería si se enteraba de que no tenía intención de ser la niñera de su hija. Aunque… ¿era verdad? Miró a Sofia, quien la miraba con nerviosismo y el pelo oscuro por delante de la cara para que le tapara la cicatriz de la mejilla.

–*Parakaló* –susurró la niña con una sonrisa muy leve. Talia sabía que quería decir «por favor»–. Ven –añadió en un inglés vacilante.

A Talia se le encogió el corazón como la primera vez que la vio. Sofia quería que fuese y solo eran seis semanas. En seis semanas encontraría la ocasión de preguntarle a Angelos por el libro e, incluso, podría conseguir que se lo diera. Además, lo que era más importante, podría ayudar a Sofia o, al menos, ofrecerle su amistad.

¿Por qué no iba a aceptar ese empleo?

Porque era desconocido e inesperado y tendría que lidiar con muchas cosas que había evitado durante los últimos siete años. Porque no estaba en disposición de ayudar a nadie cuando no había sido capaz de ayudarse a sí misma, cuando se sentía insegura, sufría ataques de pánico y le daba miedo el futuro. Además, dejando a un lado sus carencias, si aceptaba el empleo, engañaría a esa familia aunque fuese con la mejor intención de mundo. Estaba segura de que a Angelos Mena le parecería discutible, si no condenable. No era una niñera.

–Yo…

No sabía qué hacer. Sofia la miraba con unos ojitos como los de un cachorrillo y Angelos Mena bullía de impaciencia. ¿Cómo podía negarse? ¿Cómo podía no negarse?

–Vino para solicitar el puesto, ¿no, señorita Di Sione? Estoy ofreciéndoselo, ¿está dispuesta a aceptarlo o no?

Talia siguió dudándolo. Sofia la miraba suplicándoselo en silencio y Angelos la miraba con los ojos entrecerrados y una expresión de impaciencia e irritación.

–Sí –la palabra se le quedó medio atragantada, pero se aclaró la garganta y levantó la barbilla–. Lo estoy.

Las palabras pusieron todo en movimiento y la hora siguiente fue un frenesí en el que Angelos bramaba órdenes a su secretaria y

Sofia y ella volvieron a la zona de recepción. Sacó el bloc y los lápices mientras la gente iba de un lado a otro alrededor de ellas y empezaron a hacer dibujos graciosos y a reírse en voz baja, hasta que Angelos se plantó delante de ellas en jarras y con los ojos oscuros clavados en Talia de una forma que hizo que cualquier pensamiento se le esfumara de la cabeza.

–¿Dónde están sus cosas, señorita Di Sione?

–En el hotel.

–¿Qué hotel?

–Está cerca de la Acrópolis.

Angelos dejó escapar un suspiro muy leve.

–¿Cómo se llama el hotel, por favor?

–El Adriana.

Talia deseó poder comportarse de una forma normal delante de Angelos Mena. Había tratado con infinidad de personas ricas y poderosas gracias a su trabajo de retratista, pero ninguna había hecho que balbuciera tonterías como hacía Angelos Mena con sus ojos entrecerrados, su presencia abrumadora y su evidente fastidio. Evidentemente, no soportaba bien a los necios y ella se había sentido como una necia desde que entró en su imponente despacho.

–Alguien irá a recoger sus bolsas –comentó Angelos–. Hasta entonces, puede esperar aquí con Sofia.

Se alejó sin esperar a que ella replicara. Ni siquiera había mirado a su hija, y mucho menos le había dirigido una palabra amable o una sonrisa. Ella sí miró a Sofia y se preguntó cómo sortearían la barrera lingüística durante las próximas seis semanas.

–Creo que deberías enseñarme algo de griego –le propuso ella, aunque Sofia arrugó la frente–. *Elinika*.

Talia dijo alguna de las frases en griego que había aprendido en el avión y se tocó la boca para indicar que hablara. Sofia sonrió de oreja a oreja.

–*Ne, ne* –la niña se señaló el pecho–. Hablar *anglika*.

Talia sonrió y asintió con la cabeza.

–Podemos enseñarnos la una a la otra.

Pasaron la hora siguiente enseñándose palabras y frases en inglés y griego y riéndose cuando alguna de las dos, normalmente Talia, la decía mal.

–*Gy… nek…a* –repitió Talia–. ¿Qué quiere decir eso? –Sofia la señaló entre risas–. ¿Niñera? ¿Americana? ¿Extranjera?

–Mujer –contestó Angelos en voz baja.

Ella se dio la vuelta para mirarlo y todo le dio un vuelco. Estaba delante de ellas y la miraba con una expresión indescifrable, que, aunque era mejor que el ceño fruncido de costumbre, seguía haciendo que se sintiera indecisa.

–*Gyneka* –repitió él para que Talia se diese cuenta de que la había pronunciado mal–. Mujer.

Durante un segundo, no más, la miró fijamente y se sintió como si la hubiese clavado en ese sitio, no pudo mirar a otro lado ni respirar. Luego, desvió la mirada hacia su hija. Ella no entendía el griego, pero el giro de la cabeza hacia el ascensor fue lo bastante elocuente. Había llegado el momento de marcharse. Guardó el bloc y los lápices en el bolso y se levantó con Sofia. Angelos se dirigió a ella.

–El helicóptero está preparado y ya han llevado tus cosas desde el hotel.

–Helicóptero… –ella lo miró con un gesto de espanto–. No dijo nada sobre un helicóptero.

–¿Cómo íbamos a llegar a Kallos si no? –preguntó él con el ceño fruncido.

–En coche…

–Kallos es una isla, señorita Di Sione. Iremos en helicóptero, tardaremos una hora.

Una isla… Se acordó del dibujo de Sofia, de la playa con el mar azul. Claro que era una isla. Se dio cuenta de que debía de haberse quedado boquiabierta porque Angelos la miró con los labios apretados.

–¿Es un inconveniente? –le preguntó él en un tono engañosamente comedido.

–No, claro que no.

Sin embargo, estaba mintiendo porque ya notaba que el pánico iba a adueñándose de ella. ¿Podía saberse qué estaba haciendo marchándose a una isla dejada de la mano de Dios con un desconocido y en helicóptero? Se le aceleró la respiración y Angelos la miró con los ojos entrecerrados.

–No irá a desmayarse otra vez.

–No –contestó Talia con más firmeza de la que sentía.

Estaba a unos siete mil kilómetros de la seguridad de su nido y creía que no podía dar ni un paso más. Entonces, notó una manita fría que agarraba la de ella, bajó la mirada y vio a Sofia, que le sonreía.

–¿Bien? –le preguntó la niña.

Talia se sintió conmovida y azorada por su evidente preocupación.

–Bien –afirmó ella con poco convencimiento.

La dos, de la mano, fueron hacia el ascensor. Ni siquiera el apoyo de Sofia consiguió que no se le acelerara el corazón de miedo cuando tomaron el ascensor que las llevó al helipuerto. Miró a Angelos, que estaba dirigiéndose hacia el aparato. El viento que

provocaban las hélices le ceñía tanto la camisa al cuerpo que pudo ver el contorno de sus impresionantes pectorales. El helicóptero le parecía pequeño y amenazante, la cabina curva y acristalada le recordaba al ojo gigante de un bicho. Agarró la mano de Sofia con más fuerza. Creía sinceramente que no podría hacerlo.

Angelos se subió al helicóptero y tendió la mano a Sofia. Talia miró a la niña, que se montó ágilmente y se sentó. Angelos se volvió hacia ella con el viento arremolinándose alrededor de él y con la mano tendida. Ella se quedó mirándola.

–¡Señorita Di Sione! –gritó él por encima del ruido de los rotores–. ¡Tómeme la mano!

El corazón le latía dolorosamente y tenía las manos frías y sudorosas. No podía hacerlo, no soportaba los espacios de los que no podía salir. Una puerta cerrada, un cuarto oscuro, un coche cerrado… los evitaba siempre. Le había costado pasar esas horas en un avión, pero un helicóptero… Entonces, de repente, pensó en Giovanni sonriente mientras le daba las instrucciones. «Sé que lo intentarás por todos los medios, y lo conseguirás». Aspiró una bocanada de aire, tomó la mano de Angelos y dejó que la subiera al helicóptero. Se derrumbó en el asiento. Tenía las piernas como si fuesen de goma y el corazón desbocado. Acababa de abrocharse el cinturón de seguridad cuando el helicóptero se elevó en el cielo azul y se dirigió hacia el mar Egeo.

Capítulo 3

ANGELOS miró con detenimiento a su niñera nueva y comprobó que estaba pálida, que tenía los ojos cerrados y que tomaba varias bocanadas de aire. ¿Podía saberse qué le pasaba a esa mujer?

–¿Se marea? –le preguntó bruscamente.

–No –contestó ella abriendo los ojos.

–Entonces, ¿por qué tiene ese aspecto tan espantoso?

–Es usted muy amable.

Angelos la miró sin inmutarse.

–Parece como si estuviera a punto de vomitar.

–Rece para que no lo haga –replicó ella con una mueca de disgusto.

–Puede estar segura. Sería un viaje muy desagradable.

–Lo sería –Talia se cambió de postura en el asiento–. Y ya es bastante horrible.

–¿No le gustan los helicópteros?

–No –contestó ella cerrando los ojos otra vez.

Angelos la miró con detenimiento. El pelo se le estaba rizando por el calor y vio que tenía unas pecas doradas en la nariz. ¿Cuántos años tendría? Volvió a darse cuenta de que no sabía casi nada de ella, aparte del nombre. ¿Qué le había pasado para que la contratara?

Talia abrió los ojos y se dirigió a Sofia.

–¿No te importan los helicópteros? –le preguntó haciendo un gesto para imitar el helicóptero y lo que quería decir.

–Casa –contestó Sofia en inglés y con una sonrisa–. Me gusta mi casa.

–A mí también me gusta –Talia suspiró–, pero estoy segura de que también me gustara la tuya.

Sofia arrugó la nariz porque no le había entendido y Talia se inclinó hacia delante y le dio unas palmadas en la mano antes de hundirse otra vez en el asiento y cerrar los ojos.

Angelos volvió a observarla y se preguntó por qué habría acabado en su despacho, cómo se habría enterado del anuncio y por qué se habría presentado sin currículum. Decidió que no se lo preguntaría dentro del ruidoso helicóptero y con Sofia deseosa de enterarse de todo. Ya tendría tiempo para descubrir quién era su niñera nueva y se cercioraría de que era la compañía adecuada para su hija. Miró a Sofia. Estaba mirando el mar por la ventanilla. No le gustaba salir de la seguridad de Kallos y parecía como si se acobardara cuando la llevaba a Atenas. Él sabía que la gente le miraba la cicatriz de la cara y que Sofia se abochornaba y cohibía.

Se alegraba de que Talia di Sione, con todas sus cosas, no hubiera hecho que Sofia se avergonzara de la cicatriz ni una sola vez.

–Mira, papá –le dijo Sofia en griego.

Él se inclinó y vio una lancha blanca que surcaba las aguas azul verdosas.

–Preciosa –murmuró él antes de volver a mirar a Talia.

Todavía tenía los ojos cerrados y él, impulsivamente, le tocó un hombro. Ella abrió los ojos como impulsados por un resorte y se incorporó como si la hubiese tocado con un hierro candente.

–Tranquila. He pensado que a lo mejor le gustaba la vista.

–Preferiría estar en tierra.

Sin embargo, Talia miró por la ventanilla y Angelos vio que se le suavizaba la expresión y que sonreía por la impresionante vista del mar y el cielo.

–Siempre he querido ver las islas griegas –comentó ella.

–¿No ha estado antes?

–No, es la primera vez que he estado en Atenas.

–¿Cuánto tiempo ha estado en la ciudad?

–Unas seis horas –contestó ella mirándolo de reojo.

–¿Seis horas? –Angelos frunció el ceño–. ¿Quiere decir que ha llegado hoy a Atenas? –ella asintió con la cabeza–. ¿Puede saberse por qué solicitó el empleo nada más llegar?

Ella miró hacia otro lado con cierta intranquilidad y él receló más todavía. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

–Me pareció una buena idea –contestó ella al cabo de un rato.

Angelos no dijo nada. Sofia estaba mirándolos y no quería interrogar a Talia di Sione en presencia de su hija, pero llegaría a saber por qué estaba allí.

Quince minutos después, el helicóptero empezó a descender sobre Kallos. Angelos se bajó en cuanto tocaron tierra y tendió una mano para ayudar a Sofia y Talia. Notó lo pequeña y delicada que era su mano mientras bajaba y se hacía sombra en los ojos con la otra mano.

–¿Es una isla privada? –preguntó Talia.

–Sí, es mi casa, pero tendrá todo lo que necesite. La villa está bien surtida por Naxos.

Ella asintió lentamente con la cabeza y soltó el aire que había estado conteniendo durante un rato.

–Muy bien –comentó ella como si estuviese hablando consigo misma–. Muy bien.

Angelos se dirigió hacia la villa. El sol calentaba y aspiró la brisa salada. Se relajó y se convenció a sí mismo de que tenía todo controlado, de que Sofia estaba a salvo, de que había hecho todo lo que había podido, aunque no lo hubiese hecho antes.

Talia tomo varias bocanadas del aire que le llegaba del mar mientras seguía a Angelos y a Sofia por el sinuoso sendero. La tensión que había estado palpitándole en las sienes desde que se subió al helicóptero estaba empezando a remitir. Había visto, desde el helipuerto, que la isla era pequeña, que solo tenía una villa grande con amplios jardines, una casa para los empleados y una elevación rocosa que daba a la playa que había en el extremo opuesto. Era pequeña, pero eso podía estar bien. No tenía por qué sentir claustrofobia, no estaba en un espacio cerrado y tampoco tendría que tratar con mucha gente desconocida. Aun así, se sentía tensa. Tenía ganas de volver a la seguridad de la finca de su abuelo, al estudio con vistas del mar y el cielo donde podía pintar en una soledad maravillosa, donde no tenía que toparse con todos sus miedos e inseguridades.

Tomó otra bocanada de aire e inclinó la cabeza para que le diera el sol en la cara. Podía hacerlo, estaba haciéndolo. Había sobrevivido a un viaje en avión, a un trayecto en taxi por una ciudad caótica, a un paseo en helicóptero y al contacto casi constante con desconocidos. Era más de lo que había tenido que hacer durante siete años y estaba agotada, pero había sobrevivido.

–¿Está bien? –le preguntó Angelos.

Ella se dio cuenta de que había dejado de andar y se había quedado rezagada.

–Estoy bien.

Talia aceleró el paso y bajó por el sendero para alcanzar a su jefe y a la hija de este. Cuando llegaron a la villa, con habitaciones luminosas y espaciosas, el ama de llaves salió a recibirlos entre exclamaciones en griego y dio un beso en cada mejilla a Sofia. Luego, se plantó delante de ella con las manos en la amplias caderas, la miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados y le dijo algo a Angelos, quien le contestó en griego. Talia no tenía ni idea de lo que estaban diciendo, pero tenía la sensación de que no había pasado la prueba de los perspicaces ojos del ama de llaves.

–¿He aprobado? –le preguntó a Angelos cuando hubo una pausa en la conversación.

Había querido parecer despreocupada, pero le había salido tenso. La inquietud le atenazaba las entrañas otra vez y se dio cuenta otra vez de lo desconocido que era todo eso, y lo desconocido no le gustaba nada.

Angelos pareció sorprenderse y apretó los labios de una forma que ella ya empezaba a conocer.

–La opinión de mi ama de llaves da igual. Ya la he contratado.

–¿Tan mala es? –esa vez consiguió parecer desenfadada aunque no se lo sintiera–. Ya sé que tengo el vestido arrugado, pero he estado montada en un avión.

–Maria le enseñará su habitación. Tendrá tiempo para asearse y vestirse adecuadamente antes de la cena.

Talia siguió a Maria por las escaleras y decidió que ese hombre no tenía sentido del humor, que no tenía sentido de la compasión ni sensibilidad, que era una máquina, un robot… Estaba tan ensimismada que estuvo a punto de chocarse contra el ama de llaves cuando se paró en la puerta del dormitorio.

–Su habitación –dijo la mujer en un inglés con mucho acento griego.

Talia miró alrededor. Era un cuarto precioso decorado en verde aguamarina y color crema con las contraventanas abiertas que daban a la playa.

–Es muy bonito. *Efjaristó*.

Maria farfulló algo aprobatorio por el griego de Talia y mostró siete dedos.

–¿La cena es a las siete? –preguntó Talia.

El ama de llaves asintió con la cabeza y se marchó. Talia se preguntó si podría dar un curso acelerado de griego y se acercó a las ventanas para ver la impresionante vista. El jardín rebosante de buganvillas caía en una leve cuesta hasta la playa, una franja de arena blanca que se juntaba con un mar azul verdoso como en el dibujo de Sofia.

El ama de llaves se había llevado a Sofia a la cocina en cuanto habían llegado y, a juzgar por el olor que llegaba de allí, Talia había supuesto que estaban preparando un aperitivo. El estómago le rugió solo de pensarlo y miró el reloj. Faltaban dos horas hasta la cena. Tenía tiempo para arreglarse, aunque tenía la sensación de que a Angelos Mena le parecería insuficiente se pusiera lo que se pusiese e hiciera lo que hiciese para mejorar su aspecto, pero al menos la había contratado. Aun así, se metió en la inmensa bañera de mármol para lavarse la mugre de un viaje de casi veinticuatro horas y para levantar el ánimo. Deshizo la única maleta que había llevado y se dio cuenta, un poco tarde, de que no tenía ropa para seis semanas. En realidad, solo había llevado unas camisetas, unos pantalones cortos, una chaqueta de lana, un par de vaqueros y el vestido arrugado que había usado en el avión. Se mordió el labio inferior y comprendió que no tenía nada que fuese ni remotamente apropiado para la cena de esa noche. En su vida normal nunca había tenido que vestirse para impresionar y su profesión de artista significaba que su ropa de trabajo solían ser unos vaqueros manchados de pintura y algunas camisetas viejas. Ni siquiera se

había planteado llevar algo más formal para su reunión con Angelos Mena. En realidad, solo había pensado en sobrevivir al viaje.

Suspiró y se preguntó si tendría tiempo de lavar su vestido vaporoso y que se secara a la brisa del mar. A las siete menos cinco, cuando salió de su cuarto, comprobó que casi había tenido tiempo, que el vestido estaba limpio y mucho menos arrugado, pero que también tenía los hombros un poco húmedos. Con un poco de suerte, Angelos no se daría cuenta.

La villa estaba silenciosa mientras bajaba las escaleras. Asomó la cabeza en una sala enorme con sofás tapizados en tonos crudos y en un despacho con una mesa de caoba muy grande y las paredes con estantes llenos de libros. Por fin, encontró el comedor al fondo de la casa. Angelos ya estaba allí y observaba el retrato de una mujer que colgaba en la pared más alejada de la puerta. Se dio la vuelta cuando la oyó entrar y frunció el ceño, como siempre.

–Llega tarde.

–Lo siento. He tenido que buscar el comedor.

Miró la ropa que llevaba puesta y frunció más el ceño.

–No se ha cambiado.

–En realidad, sí me he cambiado. He lavado el vestido y he vuelto a ponérmelo –se sonrojó y, para disimularlo, hizo un giro ridículo–. ¿Lo ve?

Se detuvo y el vestido se le arremolinó alrededor de las piernas. Angelos tenía los ojos peligrosamente entrecerrados y unas arrugas que le bajaban de la nariz a la boca. Aun así, era devastadoramente atractivo. Se había quitado el traje gris y se había puesto una camisa blanca abierta en el cuello y unos pantalones oscuros. Eran unas prendas elementales que deberían haberle parecido anodinas, pero el algodón blanco hizo que se fijara en la anchura de su espalda y los pantalones oscuros le realzaban las estrechas caderas y los poderosos muslos. Atónita, apartó la mirada. ¡Había estado mirándole los muslos! Esperaba que él no se hubiese dado cuenta. Entonces, se fijó en las sillas tapizadas con terciopelo y en la mesa enorme puesta para dos.

–¿Sofia no va a acompañarnos?

–¿Se ha lavado el vestido? –preguntó él sin disimular la incredulidad.

–Lo siento –ella levantó la barbilla–. No sabía que iba a tener que ponerme un traje de noche –fue hasta uno de los sitios que habían puesto en un extremo de la mesa y apoyó una mano en el respaldo de la silla–. ¿Dónde está Sofia?

–Está cenando con Maria.

–¿Es lo habitual?

Angelos rodeó la mesa para sacarle la silla.

–En el futuro, puede cenar con ella si quiere, pero esta noche quería hablar con usted.

–Ah…

Como él le había separado la silla, Talia se sentó y captó el olor a madera de su loción para después del afeitado. Tenía la cara tan cerca que se le puso la carne de gallina y tuvo que dominar un estremecimiento. Se preguntó si su rostro recién afeitado sería suave o tendría un fondo áspero como le pasaba a él. La educación no disimulaba un interior frío y despiadado.

Angelos volvió a rodear la mesa, se sentó en el extremo opuesto y se puso la servilleta sobre las rodillas con un gesto un tanto rebuscado. Ella hizo lo mismo. Si bien vivía en una casa que no tenía nada que envidiar a la de Angelos Mena en lo referente a lujo y espacio, seguía impresionada por la casa y la presencia de él. En la residencia de Giovanni, solía cenar en la cocina o en su estudio mientras trabajaba. Cuando comía con Giovanni, solían oír la radio o ver la televisión. No iba a una cena formal desde… la verdad era que no podía acordarse desde cuándo. Las cenas de Navidad o Acción de Gracias con sus hermanos le parecían menos intimidantes que una cena a solas con ese hombre.

Maria entró con el primer plato, una ensalada de tomate y pepino con queso feta.

–Todo esto es muy civilizado –comentó ella cuando Maria se había marchado–. Gracias.

–Creo que nunca me han acusado de no ser civilizado –replicó Angelos con sarcasmo.

Talia lo observó disimuladamente mientras comía la ensalada y se preguntó quién era ese hombre. Si su investigación era acertada, tenía un libro de poesía de valor incalculable y estaba buscando un segundo del mismo poeta anónimo. Así lo había localizado. Había encontrado una página web en la que la gente podía preguntar por libros raros que estaba buscando. Había encontrado el mensaje de un intermediario que actuaba en nombre de Angelos, o, al menos, en nombre de Mena Consultancy. Esperaba que eso significara que Angelos tenía el libro. Solo faltaba que fuese una pista falsa después de todo lo que había soportado y aceptado.

–Entonces, ¿Sofia y usted viven todo el año en Kallos? –preguntó Talia.

–Sofia, sí. Yo viajo mucho por trabajo. Mañana mismo tengo que marcharme.

¿No iba a estar allí durante las seis semanas de su estancia? Sintió cierto alivio y una punzada de decepción por Sofia. Por muy inflexible y autoritario que pareciera Angelos, no podía ser bueno que pasara tanto tiempo lejos de su hija.

–¿No es muy solitario para una niña de su edad?

–Sofia lo prefiere. Tiene una tutora que viene en barco para darle clase y Maria y los demás empleados le hacen compañía… y ahora usted, naturalmente.

–¿Ha tenido más niñeras?

–Sí, pero ninguna ha durado mucho –contestó Angelos en tono cortante–. Espero que la próxima sea distinta.

–¿Por qué no han durado mucho? –preguntó Talia con curiosidad.

Sofia no parecía una niña complicada y ese sitio era paradisíaco. Tenía que ser el empleo soñado por cualquiera que se dedicara a cuidar niños.

–La situación no acababa de gustarles –Angelos se encogió de hombros–. Sin embargo, señorita Di Sione, está usted haciendo todas las preguntas y la he invitado a cenar para hacerle yo las preguntas.

–Creía que estábamos teniendo una conversación –replicó Talia con desenfado–. Haga las preguntas –añadió ella con una despreocupación que no sentía en absoluto.

No quería que Angelos Mena la acribillase a preguntas, al menos, todavía. No sabía cómo contestar a nada. No soportaba la idea de mentir, pero era imposible que fuese completamente sincera.

–Sin embargo –siguió ella–, antes tengo que pedirle una cosa, que me llame Talia.

Tomó un trozo de pepino con el tenedor y se lo metió en la boca, pero se le quedó atravesado en la garganta cuando Angelos contestó con cierta tensión en su aterciopelada voz.

–Muy bien, Talia. Quiero preguntarte por qué fuiste a Atenas, más concretamente a mi oficina, cuando, evidentemente, no estabas buscando el puesto de niñera.

Capítulo 4

ELLA, atragantada con el pepino, tuvo un ataque de tos muy poco elegante. Angelos le sirvió un vaso de agua y se lo acercó a través de la mesa con una mirada implacable. Talia dio unos sorbos y consiguió dejar de toser.

–Lo siento –se disculpó en voz baja.

–No has contestado mi pregunta.

Angelos tenía los ojos entrecerrados, los labios apretados y los brazos cruzados. Talia tomó un poco más de ensalada para poder pensar una respuesta. ¿Cuánto podía reconocer? Tenía la sensación de que si le decía el motivo de su visita a Grecia, Angelos la montaría tan deprisa en ese helicóptero que la cabeza le daría vueltas como si fuera las hélices… y la verdad era que no quería marcharse. No solo porque tenía que encontrar el libro de su abuelo, también por Sofia. Ya estaba haciéndose una idea de lo que tenía que ser su vida en Kallos, una vida aislada y solitaria con la única compañía de algunos empleados mayores. Como la de ella misma… Sintió una sacudida. No le parecía que su vida fuese aislada y solitaria cuando tenía el estímulo de su trabajo y la compañía de su abuelo. Era posible que Sofia fuese feliz allí, como lo era ella en la finca de su abuelo. Quizá no la necesitara como creía ella que la necesitaba… y seguía sin saber qué contestar a Angelos.

–Talia… Estoy esperando.

Lo miró casi sin verlo. Él había dejado el tenedor, tenía las manos sobre la mesa y los ojos clavados en ella. Parecía muy irritado, pero, aun así, ella no podía dejar de fijarse en los planos de las mejillas y el mentón y en el tono oliváceo de su piel. Si sonriera un poco más, podría quedarse prendada de él, pero, dada la situación, lo mejor sería que no sonriera.

–Tiene razón, no quería ser niñera –reconoció Talia eligiendo las palabras–. Fui a Atenas… por otro motivo. Sin embargo, cuando usted dio por supuesto que estaba allí por el puesto de niñera, me pareció… una suerte y acepté.

–¿Una suerte? –preguntó Angelos inexpresivamente–. ¿Por qué?

–Me gusta Sofia, señor… *kyrie* Mena. Parece una niña muy amable y quiero ayudarla, o, al menos, ser su amiga.

–Sin embargo, has reconocido que no tienes ninguna experiencia cuidando niños. ¿Crees que tienes la capacidad o la posibilidad de ayudarla?

Talia parpadeó por el tono hiriente.

–Es posible que no tenga experiencia cuidando niños, pero sí sé

lo que es ser un niño…
–Como todas las personas de este mundo.
–Sé lo que es estar sola –replicó ella tajantemente.
Se arrepintió acto seguido. No estaba sola, siempre se lo había dicho a Giovanni y se lo había creído.
–Mi hija no está sola –le comunicó Angelos–. Aquí, en Kallos, tiene todo lo que necesita.
–¿Todo? –Talia sacudió la cabeza con desesperación–. Entonces, ¿por qué me ha contratado?
–Eso mismo estoy preguntándome yo –Talia podía notar la tensión en el ambiente–. La verdad es que estaba quedándome sin tiempo ni alternativas y parece que Sofia le ha tomado aprecio, pero tengo que reconocer que, aunque nos conocemos poco, no me ha causado muy buena impresión, señorita Di Sione.
–Talia.
–Talia. Me has parecido increíblemente irreflexiva y, si me lo permites, frívola.
–Creo que ya se lo ha permitido usted solo –replicó ella antes de que pudiera pensárselo.
Se sentía molesta y dolida por su juicio despiadado. ¿Qué sabía de ella Angelos Mena? Que había llevado un equipaje muy pequeño y que no le gustaban los helicópteros. ¿Le bastaba eso para despreciarla?
–¿No está de acuerdo?
Ella resopló con incredulidad. Estaba claro que Angelos Mena esperaba que se arrodillara y se disculpara, pero ¿por qué? ¿Por haberse mareado un poco?
–Claro que no. No me conoce, *kyrie* Mena. No sabía que existía hasta hace unas horas. ¿Cómo puede decir que soy algo cuando acaba de conocerme?
–Baso mis opiniones en lo que he visto hasta el momento. Soy consultor, señorita…
–Talia.
–Talia –él repitió su nombre con cierta impaciencia–. Mi trabajo consiste en valorar deprisa las situaciones.
–Es posible que sea demasiado deprisa. ¿En qué basa su juicio? ¿En que solo he traído un vestido o en que me puse un poco nerviosa en su helicóptero?
Talia arqueó desafiantemente las cejas y se quedó un tanto sorprendida por su atrevimiento. Normalmente, no buscaba pelea, pero, normalmente, no tenía que hacerlo. Se había aislado para mantenerse a salvo. Le gustaba dar la cara, sentía una fuerza extraña. Prefería sacar pecho que encogerse.
–¿Y bien? –insistió ella cuando él no contestó–. ¿En qué se basa?

Angelos se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

–Entiendo lo que quieres decir –contestó él con una mirada implacable–, pero tú también entenderás mi preocupación. Estoy confiándote a mi hija, a mi única hija.

–Claro que entiendo su preocupación –Talia suspiró y se sintió menos beligerante–. Si yo tuviera una hija, me pasaría lo mismo.

Angelos la había contratado sin saber nada de ella. Tenía derecho a hacer algunas preguntas y a ser un poco escéptico. Además, ella estaba ocultando algo, como él sospechaba. Si reconociera el interés por el libro… no. Tenía que conseguir que él la conociera antes.

–Si quiere saber algo más de mí –siguió ella intentando sonreír–, solo tiene que preguntármelo.

Él la miró con detenimiento y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no agitarse.

–Eres estadounidense –comentó él por fin.

Ella respiró con alivio por lo inocente del comentario.

–Sí.

–¿De dónde?

–De los alrededores de Nueva York.

–Tendrás veintitantos años. ¿Has tenido algún empleo antes?

–Sí, y sigo teniéndolo. Soy artista.

–Artista –repitió él como si se dedicara a hacer monigotes en su tiempo libre.

–Soy retratista –le aclaró ella–. Trabajo por encargo.

–Entiendo.

Ella sospechaba que entendía que era una desempleada frívola e irreflexiva que viajaba por el mundo. Era ridículo que se sintiera tan irritada y dolida por lo que decía él, pero se sentía así. Nadie la había observado con tanto detenimiento y menospreciado como él. Había trabajado mucho para ganarse un prestigio como artista con talento, aunque poco sociable. No soportaba la idea de que Angelos estuviese juzgándola, y con tanta severidad.

–Dijiste que querías ayudar a mi hija. ¿Cómo crees que podrías ayudarla? –siguió Angelos después de una pausa.

Estaba mirándola otra vez con los ojos clavados en ella y tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la mirada, para encontrar la manera de que la mirada y las preguntas de Angelos Mena no la alteraran. Al ser el centro de toda su atención, se sentía como si estuviese en la playa cuando una ola iba ganando altura y se preparaba para romper contra ella.

–Siendo su amiga –contestó Talia.

–No te pago para que seas su amiga –replicó él.

–Muy bien –ella intentó no inmutarse por su mirada inflexible–.

A lo mejor debería decirme para qué me paga. No me ha dicho cuáles son mis cometidos –Angelos tuvo el detalle de parecer que se sentía un poco incómodo y desvió la mirada–. Por no decir nada del contrato, del salario o de los trámites habituales. Quiero decir, ya que habla de ser irreflexivo o… frívolo.

Angelos volvió a mirarla con los labios apretados y el ceño fruncido y ella se preguntó si se habría excedido. No quería que la despidiera, no quería volver a montarse en ese helicóptero hasta dentro de mucho tiempo. Sin embargo, no había podido evitar la tentación de responder. Si Angelos Mena fuese un tipo de hombre distinto, quizá hubiese sonreído incluso por su broma. Por un instante, se imaginó que esa mirada granítica se suavizaba, que esos labios tan sensuales esbozaban una sonrisa, que ese cuerpo pétreo se relajaba hacia el de ella y tuvo una sensación vertiginosa por dentro. Se llevó una mano al abdomen para contener esa sensación. Era preferible que él no la provocara, así era mucho más fácil resistirse a él.

–Muy bien. Estaré encantado de decírtelo en este momento. Serás la acompañante de mi hija y le darás una conversación y unas actividades estimulantes cuando no esté en clase.

–¿Cuándo está en clase?

–Su tutora viene a la isla todas las mañanas y se queda hasta la hora de la comida.

–¿Y no podría ir ella a algún colegio cercano para estar con otros niños? En Naxos, por ejemplo.

–Ella prefiere estar en la isla –contestó Angelos en tono inapelable.

Ella siguió a pesar de que había captado la advertencia de que no hiciera más preguntas.

–¿Es por la cicatriz? –preguntó ella en voz baja.

–¿Qué le pasa a la cicatriz?

–Me he dado cuenta de que la cohíbe –contestó ella–. Es complicado para los niños sentirse distintos.

Angelos se quedó en silencio y Maria entró para retirar los platos. Talia le dio las gracias en su torpe griego y la mujer asintió bruscamente con la cabeza antes de darse la vuelta. Parecía recelosa desde que había puesto un pie en la villa. Era otra persona que la juzgaba y la consideraba insuficiente.

–Sofia sufrió quemaduras por un incendio cuando era un bebé –comentó Angelos repentinamente. Talia abrió la boca, pero él la cortó antes de que pudiera decir una sílaba–. Es un recuerdo muy doloroso para ella y no hablamos nunca de ello.

La miró a los ojos durante un momento largo y tenso y se le secó la boca por el destello implacable de sus ojos. Mensaje recibido.

Entonces, Maria entró con el plato principal y ella supo que había pasado la ocasión de decir algo sobre el incendio, si alguna vez había existido esa ocasión. Angelos no recibiría con agrado ningún comentario y ella no tenía el valor de insistir. Sin embargo, seguía dándole vueltas en la cabeza mientras Maria dejaba los platos con brochetas de cordero. ¿Había sido un incendio en la casa? ¿Había estado Angelos allí? ¿Qué había sido de su esposa? No había pensado ni una vez en esa mujer y se dio cuenta de que no había pensado en ella porque era más que evidente que no había ninguna mujer por allí. Sabía cómo era una casa sin madre, lo que se sentía. Ese había sido otro punto de contacto con Sofia y había sido tan natural que no se había dado cuenta hasta ese momento.

–¿Tienes alguna pregunta más? –le preguntó Angelos–. Le pediré a mi ayudante de Atenas que redacte un contrato y que me lo mande por fax aquí. Si tienes alguna duda mientras estoy fuera, puedes ponerte en contacto conmigo por correo electrónico. Maria sabe la dirección.

–¿Mientras está fuera? –Talia se acordó de que había dicho que se marcharía al día siguiente–. ¿Cuánto tiempo estará fuera?

–Unas semanas. No puedo trabajar desde una isla en medio del Egeo.

–Todo el mundo se comunica a distancia hoy en día, ¿usted no puede?

–Me temo que no.

Angelos dio un sorbo de agua y dio por zanjada la conversación. Talia lo miró fijamente y se preguntó lo unido que estaría a Sofia. Notaba cierto anhelo en la niña, unas ganas de complacer a su padre aunque se ponía tensa cuando estaba cerca de él. Sin embargo, ¿qué sentía Angelos por su hija? ¿Se daba cuenta de lo importante que era para ella, sobre todo, cuando no estaba su madre?

–¿No echará de menos a su hija?

Él dejó el vaso con brusquedad.

–Eso no es de su incumbencia.

–No, pero podría serlo de la de Sofia –replicó Talia–. Estoy segura de que le gustaría pasar más tiempo con su padre. Sobre todo, si se tiene en cuenta…

–Su trabajo es ser su acompañante –la interrumpió él con firmeza–, no formarse una opinión de cualquier aspecto de mi vida o de la de ella.

Talia asintió con la cabeza y se tragó cualquier réplica. Sabía que había hablado más de la cuenta. Era la empleada de ese hombre y no lo conocía casi, pero sí sabía lo que era no haber tenido ni padre ni madre y agradecía eternamente a Giovanni que la hubiese

cuidado durante su infancia. Sin embargo, Sofia no tenía un abuelo adorable, al menos, que ella supiera.

–Entonces, no hay más preguntas –afirmó Angelos.

Talia se limitó a sacudir la cabeza. Comieron en un silencio tenso durante unos minutos. Las brochetas de cordero estaban deliciosas, pero ella no pudo disfrutarlas casi. Hasta que no pudo aguantar más el silencio y señaló con la cabeza el retrato de una mujer que colgaba en un sitio de honor.

–Es un retrato precioso. ¿Es de un familiar?

Era el retrato de una joven con el pelo moreno recogido en un moño suelto, con una mirada algo burlona y una sonrisa leve y elocuente.

–Me recuerda a la Mona Lisa –añadió ella.

–Es de mi difunta esposa –contestó Angelos sin mirar el retrato.

A partir de ese momento, Talia no se atrevió a hacer más preguntas.

Una hora después, Angelos iba de un lado a otro de su dormitorio. Fuera, la luna brillaba en un cielo estrellado y el mar, liso y oscuro, se extendía hasta el infinito. Apoyó un antebrazo en el marco de la ventana y dejó que la belleza serena de esa escena se adueñara de él. La cena con Talia di Sione lo había dejado desasosegado e, incluso, enfadado. Había sido como un palo que removía el avispero de unos sentimientos que había mantenido enterrados durante los últimos siete años. Había visto que sus ojos color avellana lo juzgaban cuando había dicho que iba a dejar a Sofia, había notado que lo censuraba cuando se había enterado de que iba a estar fuera unas semanas. Sin embargo, Talia di Sione no tenía ni idea de lo que se sentía al mirar todos los días a su hija y saber que tenía toda la culpa de que ella estuviera más tranquila escondida en una isla que viviendo la vida que desearía vivir una niña, una vida con amigas, con un colegio y con una madre que la querría con toda su alma. Talia había removido ese sentimiento y él lo sofocó sin compasión. No era el momento de sentir compasión de sí mismo, sobre todo, si se tenía en cuenta que era la persona que menos se merecía ese sentimiento.

Resopló y se dio la vuelta. Trabajaría. El trabajo siempre lo ayudaba a olvidar, al menos, durante un tiempo. Bajó a su despacho y encendió la luz y el ordenador portátil. Empezó a releer las notas que había escrito sobre la empresa a la que estaba ayudando a salir a flote, pero la cabeza volvió al piso de arriba, a la mujer que ocupaba un dormitorio que estaba a unos metros del suyo. Talia di Sione era un misterio exasperante. Nadie le había hablado con esa

irreverencia y, para su propio fastidio, se había sentido atónito y había admirado a regañadientes su carácter. Sin embargo, también había estado aterrada cuando se montó en el helicóptero y, prácticamente, se había desmayado en su despacho. Esa mujer era toda una contradicción y, aun así, no sabía casi nada de ella. Sí sabía que Maria le diría si Talia era inadecuada en algún sentido. Había vigilado de cerca a las otra niñeras, casi todas unas jóvenes desdichadas que habían aceptado el puesto con la esperanza de convertirse en la próxima *kyria* Mena. Él no había tenido más remedio que despedir a algunas, pero otras se habían marchado cuando sus intentos de seducirlo no habían dado resultado. Talia, a juzgar por sus descaradas réplicas, no parecía interesada en él en ese sentido. Sin embargo, no pudo evitar imaginarse cómo sería un intento de seducción de Talia di Sione. El pelo suelto y ondulado por la cara, los ojos verdosos resplandecientes, los labios separados, las caderas que se contoneaban insinuantemente, el vestido vaporoso sobre las leves curvas…

Aterrado por sus pensamientos y por la reacción de su cuerpo, borró inmediatamente esa provocativa imagen, cerró de golpe el ordenador portátil, se levantó de la mesa y fue de un lado a otro por el despacho para intentar dominar el cuerpo. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, pero tampoco estaba tan desesperado como para tener fantasías con su niñera. Sacudió la cabeza con asco de sí mismo, salió del despacho y volvió a subir las escaleras. El pasillo estaba silencioso y no se veía luz por debajo de ninguna de las puertas. Pasó de largo el dormitorio de Talia, llegó al de su hija, abrió la puerta sin hacer ruido y entró en el cuarto oscuro. Sofia estaba dormida con las rodillas contra el pecho y una mano sobre la almohada, al lado de la cara. Así tumbada, con la cicatriz de la mejilla contra la almohada, parecía completamente normal, casi podía creer que no se había quemado, que él no había desfigurado a su hija para siempre. Le apartó de la cara un mechón oscuro y ondulado, de un pelo como el de Xanthe. Ella arrugó un poco los labios, pero su expresión volvió a serenarse y siguió dormida.

–*S'agapo, manaria mou* –susurró él.

Su corderillo. Acarició la mejilla de su hija con una sonrisa triste y salió del cuarto en silencio.

Capítulo 5

TALIA se despertó por la luz del sol que entraba por las contraventanas y por el sonido del mar. Estimulada por la luz y el sonido, se levantó, fue hasta la ventana y abrió las contraventanas de par en par. La vista hizo que suspirara de placer. El mar azul verdoso, la arena blanca, las flores rosas y rojas que llegaban hasta la playa… Apoyó los codos en el alféizar, inhaló el olor a flores, mar y arena y se sintió rebosante por la perspectiva de que las próximas seis semanas se parecieran a la felicidad. ¿Cuándo había vivido una aventura por última vez o había sentido emoción por lo que podía deparar el día? Sonrió, tomó el móvil y le mandó un mensaje a su abuelo.

He llegado sana y salva a Grecia. Estoy pasándolo sorprendente y maravillosamente bien.
Un beso, T.

Dejó el teléfono en la cama y se reconoció a sí misma que todavía no estaba pasándolo maravillosamente bien. Todavía le dolía el recuerdo de la noche anterior y de la actitud hiriente de Angelos. Sin embargo, él iba a marcharse ese mismo día y ella pasaría casi todo el tiempo con Sofia. Lo maravilloso podía estar a la vuelta de la esquina.

Estaba poniéndose unos pantalones cortos y una camiseta cuando oyó el ruido de un helicóptero y volvió a la ventana. Observó el aparato que se elevaba en el cielo como un insecto enorme y espantoso. ¿Ya estaba marchándose Angelos? Ni siquiera eran las ocho de la mañana. Desde luego, estaba deseando abandonar Kallos, algo que hizo que frunciera el ceño. Se preguntó cuánto tiempo pasaría Angelos con su hija. Entonces, se recordó que no era de su incumbencia, como le había dicho él la noche anterior.

Ya vestida y con el pelo recogido en una coleta, bajó a la cocina y se encontró a Maria picando verduras para la comida. No la miró casi y señaló con la cabeza hacia la mesa, donde había dos sitios puestos. Talia comprobó, por uno de los sitios, que Sofia ya había desayunado. Se sentó en el otro sitio y mezcló yogur y miel en un cuenco.

–¿Sofia? –preguntó al ama de llaves intentando acordarse de alguna frase en griego–. *Apu pu iste*?

–¿De dónde soy? –preguntó Maria mirándola con un brillo burlón en los ojos.

–Ah… –Talia la miró sin salir de su asombro–. Hablas inglés…

–Un poco –reconoció Maria–. Soy de Naxos.

–Lo siento, quería preguntar dónde está Sofia –Talia sacudió la cabeza–. Reconozco que no hablo casi nada de griego, pero anoche me pareció que tú no hablabas nada de inglés.

–Bueno –Maria resopló–, no estaba segura de ti.

–¿Ahora lo estás? –le preguntó Talia entre risas.

–No –contestó Maria sinceramente–, pero anoche no le hiciste ojitos a *kyrie* Mena y me tranquiliza que no quieras seducirlo.

–Seducirlo... –Talia estuvo a punto de atragantarse con el yogur–. Claro que no, pero él sí está haciendo todo lo posible para aterrarme.

–Eso es lo que hace *kyrie* Mena –Maria asintió con la cabeza–. Y lo hace muy bien.

–¡Hablas más que un poco de inglés! –exclamó Talia.

–Aprendo deprisa –replicó Maria con media sonrisa.

Talia volvió a reírse y sacudió la cabeza. Parecía que se había ganado la confianza del ama de llaves y se alegraba de eso. Tenía la sensación de que iba a necesitar aliados.

–Entonces... ¿estás diciéndome que algunas niñeras intentaron... seducir a *kyrie* Mena?

Maria arrugó los labios y cortó un puñado de zanahorias con una certera cuchillada.

–Eso podría decirse. Si una mujer se mete desnuda en la cama de un hombre, es una seducción, ¿no?

Esa vez, se atragantó con el yogur. Se tapó la boca con una servilleta y miró a Maria sin dar crédito a lo que había oído.

–No será verdad...

–Sí es verdad –Maria asintió con la cabeza–. La puso en la calle esa misma noche. *Kyrie* Mena ni siquiera esperó a la mañana para devolverla a la península –Maria miró de reojo a Talia–, pero yo no cotilleo.

–No, claro que no.

Talia tomó otra cucharada de yogur con la cabeza llena de imágenes de una niñera ávida tumbada en la cama esperando a Angelos, y de Angelos que entraba en el dormitorio a oscuras y se quitaba la corbata, se desabotonaba la camisa... Antes de que pudiera evitarlo, empezó a imaginarse su *striptease*, cómo se quitaba la camisa, lo musculoso que era su pecho, la luz de la luna que le iluminaba la piel olivácea... Se sonrojó al darse cuenta de lo lejos que había llegado en el territorio de la fantasía. Encima, con Angelos Mena, quien ni siquiera le gustaba y quien, desde luego, no tenía un concepto muy elevado de ella. ¿Podía saberse qué estaba pensando?

–Sofia está en el piso de arriba –comentó Maria, y Talia le

agradeció que la distrajera–. Está esperando a Ava, quien viene a darle clase.

Talia terminó de desayunar y llevó los platos al fregadero antes de ir a buscar a Sofia. Todavía se sentía alterada por esa fantasía ridícula, como si alguien pudiera adivinar lo que había pensado solo con mirarla. Efectivamente, Angelos Mena era un hombre atractivo, muy atractivo. Era un hombre increíblemente sexy y viril y ella tenía una experiencia muy reducida con el sexo contrario; un novio a los diecisiete años y un par de besos. Sin embargo, eso no significaba que tuviera que fantasear con el primer hombre guapo que se le cruzara por delante. Además, Angelos Mena no era el primer hombre guapo que había visto. William Talbot III, cuyo retrato había pintado hacía un par de meses, era muy atractivo. Él también lo creía y se había empeñado en que lo pintara con sus palos de golf y dos terriers, pero, objetivamente hablando, era un hombre guapo. Sin embargo, tuvo que reconocerse a sí misma que no era Angelos Mena.

Recorrió el pasillo y miró en varias habitaciones antes de encontrar a Sofia en un cuarto amplio y con unas ventanas que daban al mar. Sofia estaba acurrucada en el asiento de la ventana y miraba a las resplandecientes aguas.

–*Kalimera* –la saludó Talia mientras entraba en el cuarto.

Sofia se dio la vuelta y le sonrió aunque Talia pudo captar tristeza en sus ojos grandes y oscuros.

–Hola.

–La dos estamos aprendiendo –Talia se sentó al lado de la niña–. ¿Tienes clase?

Hizo algunos gestos de leer y escribir y Sofia asintió con la cabeza. Se quedaron un momento en silencio hasta que Talia volvió a hablar.

–¿Papá? *Yia sou*?

Hizo el gesto de despedirse con la mano y Sofia negó con la cabeza.

–Papá… no… despedir… –intentó decir la niña en inglés.

–¿No se despidió?

Talia intentó disimular la decepción y Sofia volvió a negar con la cabeza.

–*Oji*… no, pero…

Sofia señaló una hoja de papel que tenía en las rodillas, una hoja escrita con una letra firme e inclinada.

–Te ha escrito una carta.

Sofia asintió con la cabeza. La carta estaba en griego, naturalmente, y, además, ella nunca leería la correspondencia de otra persona, pero le producía mucha curiosidad saber lo que

Angelos le había escrito a su hija… y por qué no se había despedido de ella. El sonido de una lancha llegó por la ventana y Sofia se asomó para saludar con la mano a una mujer que se acercaba al embarcadero.

–Ava –le dijo a Talia.

Luego, añadió algo en griego que ella no entendió, aunque se imaginó lo que quería decir.

–Tu profesora.

–Profesora –Sofia repitió la nueva palabra.

Unos minutos más tarde, Ava, una mujer simpática de cuarenta y tantos años, subió al piso de arriba. Afortunadamente, hablaba inglés y cuando le explicó quién era, ella se ofreció a enseñarle griego después de darle clase a Sofia.

–Tengo que preguntárselo a *kyrie* Mena, pero estoy segura de que le gustará que sepa un poco más de griego.

Ava se rio y Talia bajó mientras Sofia daba clase. Maria había desaparecido de la cocina y ella decidió salir afuera. Hacía calor, aunque eran poco más de las nueve, y el sol resplandecía en el mar. Cruzó el jardín deleitándose con el color y el olor de las flores. El jardín de la finca de Nueva York era muy bonito, pero en un estilo muy cuidado y recortado. Le gustaba el aspecto asilvestrado de ese. Era curioso que precisamente Angelos Mena tuviera un jardín asilvestrado, pero quizá no pasara mucho tiempo allí y no pudiera cuidarlo. La idea hizo que frunciera el ceño mientras se quitaba las sandalias para entrar en la playa y notar la arena cálida entre los dedos de los pies. Llegó hasta la orilla y el agua templada le acarició los pies. Se imaginó a Angelos en Atenas, sentado en alguna reunión muy importante y tomando esas rápidas decisiones. Atenas estaba solo a una hora y, aun así, había dicho que tardaría semanas en volver. ¿Por qué no podía hacer el recorrido con más frecuencia por Sofia? Sabía que no era de su incumbencia y Angelos se lo había dejado muy claro. Además, ella solo iba a pasar seis semanas allí y no iba a meterse en la vida de los Mena.

Sin embargo, le daba vueltas a muchas cosas en la cabeza. El retrato de la mujer con una sonrisa intrigante; el incendio del que Angelos se negaba a hablar; la tristeza que vio en los ojos de Sofia; la carta que tenía en las rodillas… y, naturalmente, el libro. Se recordó que el motivo para que estuviera allí era encontrar el libro de Giovanni. Suspiró, se dio media vuelta y volvió a la villa.

Sofia seguía en clase y ella se quedó en la cocina mirando cómo amasaba pan Maria. Se había ofrecido para ayudarla, pero Maria la había rechazado ruidosamente y la había sentado a la mesa con una taza de lo que llamó infusión de la montaña. Dio un sorbo con cierta precaución, Maria había hervido unos tallos y unas hojas en

un cazo de latón, y le pareció sorprendentemente agradable, una mezcla entre camomila y menta.

–Lo cura todo –aseguró Maria–, menos las penas de amor. Tú no sufres penas de amor, ¿verdad?

–No, puedes estar segura.

–No habrás venido hasta Grecia por alguna historia de amor fallida, ¿verdad? –preguntó Maria casi con esperanza.

Talia esbozó una sonrisa por el descarado interrogatorio del ama de llaves.

–Nada de historias de amor fallidas. Nada de historias de amor, salvo que cuentes el chico con el que salí cuando tenía diecisiete años.

–Estás esperando a alguien especial –comentó Maria con perspicacia–. Eso está bien.

–Creo que podría seguir esperando durante mucho tiempo. He estado muy contenta sola y sigo estándolo.

–Toda mujer necesita a un hombre.

Talia decidió no discutir ese asunto.

–Sin embargo, no querrás que me meta en la cama de Angelos, ¿verdad? –bromeó ella.

Maria se sonrojó y la miró con los ojos entrecerrados.

–Esta mañana era *kyrie* Mena…

–Y sigue siéndolo –le aseguró Talia–. Ha sido un desliz. Te aseguro que no voy a meterme en la cama de nadie, menos en la mía.

Cerró los ojos un instante y se preguntó si la conversación podía llegar a ser más disparatada.

–No te fijes en *kyrie* Mena –le ordenó casi Maria mientras apretaba con fuerza la masa de pan–. No es un hombre completo.

Talia, intrigada, se inclinó hacia delante. A ella le parecía un hombre muy completo y devastadoramente atractivo de los pies a la cabeza.

–¿No es un hombre completo? ¿Qué quieres decir?

–No debería haberlo dicho. Es que ha habido mucha tragedia en su vida. No puede dar a una mujer todo lo que ella necesita –contestó Maria llevándose una mano al corazón.

¿Angelos estaba reprimido emocionalmente? No era una sorpresa precisamente.

–Cuando hablas de una tragedia, ¿te refieres al incendio?

Maria apretó los labios.

–No debería haberlo dicho.

Talia supo que no sacaría nada más al ama de llaves y le preguntó si había una biblioteca.

–¿Una biblioteca? ¿Quieres un libro?

–He pensado que podía mirar si había algo para leer –contestó Talia.

Tuvo que sofocar el remordimiento por ser tan falsa. Efectivamente quería un libro, pero uno muy concreto y no sabía si estaba en Kallos. Ni siquiera sabía si lo tenía Angelos.

–Hay un cuarto arriba del todo, encima de los dormitorios –contestó Maria–. Ahí encontrarás algunos libros.

Como Sofia seguía con la profesora, Talia siguió las indicaciones de Maria y subió una escalera de caracol hasta que llegó a una habitación diáfana con ventanas en todas direcciones y estanterías a lo largo de las paredes. Se quedó un momento en el centro del cuarto y disfrutó de las vistas del mar antes de que empezara a ojear los libros. Angelos tenía una colección muy variada de libros, los había de historia, política, arte y música, incluso alguno de ficción, pero ninguno parecía el que le había descrito Giovanni, un libro hecho a mano con la tapa de cuero labrado. Suspiró y comprendió que no podía haber sido tan fácil. ¿Acaso había creído que encontraría un libro tan raro en una estantería para que lo tomara cualquiera? No sabía si estaba en la isla, ni siquiera sabía si lo tenía Angelos. Si lo tenía, quizá lo guardara en una caja fuerte en Atenas. También era posible que no lo tuviese y la única forma de saberlo era preguntárselo a él mismo. Estaba a punto de volver a bajar las escaleras cuando Sofia asomó la cabeza por encima de la barandilla.

–¡Te busco! –exclamó la niña en inglés.

–Y me has encontrado –Talia se rio–. ¿Qué tal la clase?

–Bien –Sofia inclinó la cabeza con orgullo y timidez por el inglés que hablaba y señaló a Talia–. Tú ahora.

–Mi clase de griego –interpretó Talia–. Allá vamos.

Siguió a Sofia escaleras abajo y encontró a Ava, que estaba esperándola.

Pasaron diez días en un abrir y cerrar de ojos. Era fácil dejarse llevar por la indolencia soleada de los días. Se pasaba las mañanas leyendo, dibujando o vagueando en la playa antes de dar la clase de griego con Ava. Las tardes las pasaba con Sofia. Algunas veces se quedaban dentro de la casa haciendo manualidades o jugando a algo y otras salían a dar un paseo, a bañarse en el mar o a explorar la isla. Habían conseguido comunicarse con gestos y con retazos de inglés y griego, aunque las dos mejoraban un poco cada día que pasaba. Además, Sofia también se sentía más cómoda y segura cada día, pero los ojos se le ensombrecían cada vez que Angelos salía en la conversación. Ella intentó no hablar de su empleador, pero le

dolía el corazón por Sofia y la falta de un padre cariñoso en su vida. Intentó varias veces encontrar más información sobre el libro de su abuelo, pero, cuando le preguntó a Maria si a Angelos le gustaba la poesía, ella la miró con asombro.

–¿La poesía? No.

–Parece un hombre cultivado –insistió Talia–. Tiene muchos libros arriba y he pensado que quizá le gustase leer algo de poesía.

–¿Estamos hablando del mismo *kyrie* Mena? –preguntó Maria mientras arqueaba las cejas–. Al que yo conozco no le gusta la poesía y, desde luego, no la lee. ¿Por qué lo preguntas? –añadió Maria mirándola con los ojos entrecerrados.

–Por nada –contestó ella con una sonrisa muy leve.

El remordimiento se adueñaba de ella. Llevaba diez días en Kallos y había congeniado con Maria, Sofia y Ava. Le espantaba la idea de estar engañando a todo el mundo, pero no sabía cómo reconocer la verdad sin hacerles daño y, posiblemente, enfurecer a su jefe. Aunque intentaba no hablar de Angelos con Sofia, pasaba una cantidad desproporcionada de tiempo haciéndose preguntas sobre él. ¿Cuánto tiempo llevaba viudo? ¿Había amado mucho a su esposa? Algunas veces, iba al comedor y miraba el retrato de Xanthe Mena con su sonrisa reservada y se preguntaba cómo había sido y cómo había atrapado el corazón de su marido. No le importaba el corazón de Angelos Mena, se decía a sí misma, solo sentía curiosidad y era algo muy natural.

A los diez días de llegar a Kallos, recibió un correo electrónico de su abuelo que le preguntaba por el libro. Leyó las pocas líneas con un remordimiento que la corroía por dentro porque sabía que solo había hecho algunos intentos, poco entusiastas, por encontrar algo de información. Decidió que, cuando volviera Angelos, se lo preguntaría directamente, o, al menos, lo intentaría. Escribió inmediatamente la contestación a Giovanni.

Querido nonno*,*

Estoy haciendo lo que puedo. Espero tener alguna noticia pronto, pero no te preocupes por mí. Estoy divirtiéndome y espero que tú estés bien.

Te quiero, Talia

Por un segundo, se lo imaginó en la habitación acristalada donde habían comido tantas veces y una oleada de añoranza se adueñó de ella. Se había debilitado mucho durante los últimos meses y su figura robusta e imponente había ido menguando por la edad y la enfermedad. Le espantaba la idea de estar perdiendo el tiempo sin él, de estar perdiendo unos días y unas semanas muy

valiosas que no recuperaría nunca. Eso hizo que decidiera con más firmeza que tenía que encontrar el libro. Iba a mandar el correo cuando oyó un zumbido. Dejó el ordenador portátil abierto en la cama, fue hasta la ventana y vio un helicóptero que aterrizaba en el helipuerto. El corazón se le subió a la garganta cuando se abrió la portezuela y salió él. Angelos Mena estaba en casa.

Capítulo 6

NO había pensado volver. Angelos Mena enfiló el camino del jardín casi dispuesto a darse media vuelta y a montarse otra vez en el helicóptero. No había pensado volver a Kallos hasta dentro de dos semanas más, como mínimo. Sin embargo, había estado pensando en volver casi desde el momento en que se marchó. Quería cerciorarse de que Talia di Sione era una niñera apta y quería comprobarlo en persona aunque Maria le había dicho que lo era en varios correos electrónicos. El bienestar de su hija era lo más importante, o, al menos, por eso se había dicho a sí mismo que había vuelto tan pronto, aunque no se lo creía del todo.

Inhaló el olor a buganvilla y vio a Maria, que corría hacia él.

–¡*Kyrie* Mena! No lo esperaba, no me ha avisado de que iba a venir.

–Fue una decisión de último momento –le explicó Angelos mientras se quitaba la chaqueta del traje–. Lo siento si te incordio.

–En absoluto –Maria se rio sin parar de moverse, como hacía siempre que estaba cerca de él–. Le haré su dormitorio. En cuanto a la cena…

Angelos vaciló. Normalmente, no se quedaba en Kallos para hacer muchas comidas y las que hacía eran en su despacho mientras trabajaba.

–¿Habéis cenado? –preguntó él.

–No, todavía, no. Íbamos a tomar algo sencillo en la cocina.

–Entonces, cenaré con vosotras.

Maria se quedó estupefacta. Angelos jamás había cenado con ellas en la cocina.

–Muy bien, señor –murmuró ella.

Él se dirigió hacia la soledad de su despacho. Trabajó hasta que oyó que Talia y Sofia bajaban las escaleras. Escuchó la charla, un batiburrillo de palabras en griego e inglés mezclado con risas. No recordaba la última vez que había oído a su hija tan contenta y emocionada. Darse cuenta de eso fue como un puño que le atenazaba el corazón.

Entonces, cuando oyó que Maria ponía la comida en la mesa, se levantó de la mesa del despacho y fue a la cocina. La habitación se quedó en silencio y tres cabezas se giraron expectantes hacia él.

–*Kalispera* –las saludó él en un tono más tenso que el que le habría gustado poner–. ¿Estáis bien?

–Muy bien –contestó Maria cuando nadie dijo nada.

Angelos se sentó a la mesa y Talia y Sofia hicieron lo mismo poco después.

–Hola, papá –susurró Sofia.

Angelos le sonrió y ella inclinó la cabeza para que el pelo le tapara la cicatriz de la mejilla. La pesadumbre hizo que se tensara por dentro y miró hacia otro lado para recomponerse. Su relación con Sofia siempre era así. Se puso la servilleta sobre las rodillas y notó que Talia estaba observándolo. Efectivamente, cuando levantó la cabeza, vio que ella estaba mirándolo con un gesto que parecía de censura, con los labios apretados y los ojos entrecerrados. Él arqueó las cejas como si le preguntara algo en silencio y ella se sonrojó y miró hacia otro lado.

Tenía buen aspecto. Estaba bronceada, las pecas de la nariz eran muy visibles, tenía mechones dorados en el pelo y parecía más relajada que hacía una semana, aunque también parecía dispuesta a mirarlo como si quisiera matarlo durante toda la cena.

Fue una cena espantosa. La comida fue deliciosa, como siempre, pero la conversación fue poco fluida y salpicada de silencios largos y tensos.

Cuando él le preguntaba algo a Sofia, ella titubeaba o balbucía una respuesta, antes de inclinar la cabeza. Talia no dijo una palabra, pero él pudo notar las oleadas de censura, incluso de animadversión, que irradiaba. Cuando retiraron los platos, decidió que ya había tenido bastante y se excusó antes del postre alegando que tenía que trabajar.

Volvió a su despacho y fue de un lado a otro antes de tomar la botella de ouzo que guardaba en el mueble bar y de servirse un vasito. Entonces, soltó un improperio y golpeó la mesa con el vaso. El alcohol no era la solución.

Tomó el ordenador portátil, pero ya había terminado de redactar las notas de la última consultoría y había hecho casi todo el trabajo preparatorio del próximo cliente. Inusitadamente, tenía cinco días de ocio por delante, y la verdad era que no sabía qué hacer con ellos. Cuando trabajaba, al menos no tenía tiempo para pensar, para recordar.

Estaba mirando la chimenea vacía cuando llamaron suavemente a la puerta. Se puso rígido. Nadie lo molestaba en el despacho. Maria sabía que estaba prohibido y Sofia no se atrevería. Eso significaba que solo quedaba una persona que se atrevía a alterar su privacidad.

–¡Adelante! –bramó él.

La puerta se abrió y apareció Talia en jarras y con los ojos como ascuas.

Estaba furiosa. Llevaba furiosa desde hacía tres horas, desde que

había aterrizado el helicóptero y él no había sido capaz de subir a saludar a su hija. Cuando fue a cenar, había conseguido calmarse un poco. Era posible que estuviese muy ocupado por el trabajo. Había vuelto antes de lo previsto y estaba haciendo un esfuerzo para cenar con ellas. Estaba dispuesta a excusarlo e, incluso, a sentirse impresionada, hasta que su comportamiento durante la cena, esas miradas gélidas y esas preguntas desganadas, hicieron que la furia volviera con toda su fuerza. Supo que no podía quedarse callada más tiempo y no le importaba lo que pudiera pasarle, aunque la despidiera. Tenía que hablar por Sofia.

–¿Necesitas algo? –le preguntó Angelos en el tono cortante de siempre.

Estaba devastadoramente sexy con los dos botones superiores de la camisa blanca desabrochados y las mangas remangadas. Tenía el pelo un poco despeinado y una barba incipiente. Verlo bastaba para que se quedara en blanco y le costó acordarse de por qué estaba tan enfadada.

–Creía que Maria te habría dicho que mi despacho es terreno vedado –siguió él mientras volvía hacia la mesa sin hacerle caso a ella.

–Quiere decir que usted está vedado.

Estaba recuperando la furia a toda velocidad, sobre todo, porque Angelos ni la miraba cuando contestaba. Por muy sexy que fuera, podía comportarse como un imbécil.

–Cuando estoy trabajando, sí.

Ella señaló el ordenador portátil cerrado.

–¿Estaba trabajando, *kyrie* Mena?

Entonces, Angelos la miró sin disimular su enojo por el desafío.

–¿Qué desea, señorita Di Sione?

–Creía que iba a llamarme Talia –le recordó ella con una delicadeza sarcástica–. Aunque usted no me ha pedido que lo llame por su nombre de pila.

–Soy su empleador.

–También es el hombre más rígido y estirado que he conocido –Talia puso los ojos en blanco–. En estos tiempos, creo que no pasaría nada si los dos nos llamáramos por nuestros nombres de pila.

Pareció quedarse perplejo por esa propuesta aparentemente inconcebible.

–¿Para eso has venido a mi despacho? ¿Para que hablemos del tratamiento que nos damos?

–No.

Talia resopló. Estaba tomando el camino equivocado, pero la actitud distante y desdeñosa de Angelos estaba hartándola, hacía

que quisiera plantarle cara por Sofia.

–Sin embargo, me ha parecido que tenía que decírselo –añadió ella.

–Muy bien, ya me lo ha dicho.

Él volvió a darle la espalda y ella tuvo que cerrar los puños.

–Verá, creo que quiere a su hija –a Talia le tembló la voz por la intensidad de lo que sentía–, pero nadie lo diría por su forma de actuar, ni lo más mínimo.

Angelos se dio la vuelta muy lentamente. Tenía el rostro inexpresivo, sus ojos eran como dos pozos negros y todo su inmenso cuerpo irradiaba una actitud amenazante. Ella ya sabía que era más aterrador cuando no podía interpretar su expresión.

–No me interesa lo que piensa –replicó él diciendo todas las palabras con una precisión gélida–, y tampoco me interesa que venga a invadir mi privacidad con sus conjeturas ridículas.

Ella parpadeó algo perpleja por los insultos que había proferido con esa crueldad deliberada, aunque también sabía que era una táctica, una defensa que estaba dispuesta a derribar.

–Es usted increíblemente maleducado y, si me permite decírselo, irreflexivo –Talia se alegró de que la voz le saliera firme–. Paso más tiempo con su hija que nadie. Creo que debería importarle lo que pienso.

Dos manchas de color aparecieron en los pómulos de Angelos, pero su expresión siguió siendo gélida y los ojos como trozos de hielo negro.

–Se ha excedido, señorita Di Sione.

Ella notó un temblor de miedo, pero la valentía o el convencimiento de que era lo que necesitaba Sofia le dieron fuerzas para seguir.

–¿Qué va a hacer? ¿Va a despedirme? –preguntó ella mientras se acercaba a él hasta que notó la calidez de su cuerpo y olió su olor varonil–. Me excedo porque me importa su hija y su forma de actuar le hace mucho daño, aunque intenta disimularlo. ¿Por qué no puede ser más…?

Ella no terminó la frase porque estaba buscando una palabra y Angelos arqueó las cejas con todo su cuerpo en tensión por la furia contenida.

–¿Más qué? –preguntó él escupiendo cada palabra.

–Cariñoso. Es una niña pequeña con muy poca gente en su vida y quiere que su papá la quiera.

Pareció como si sus palabras retumbaran en el silencio tenso de la habitación y, por un segundo, el rostro de Angelos reflejó angustia. Ella, al darse cuenta, se sintió como si el corazón se le hubiese detenido. Le había dolido, como le dolía a Sofia y como le

dolía a ella.

Entonces, la expresión de él se endureció, se dio la vuelta y empezó a mirar unos papeles que tenía en la mesa dándole la espalda.

–La conversación ha terminado.

–Angelos…

Era la primera vez que se atrevía a llamarlo por su nombre y le pareció raro e íntimo, como si hubiese empleado una palabra cariñosa. Se acercó a él y extendió una mano para tocarlo, para ofrecerle cierto consuelo, y a ella también. Se imaginó el contacto de su hombro cálido, duro y fuerte. Anhelaba ese contacto, aunque fuese breve e irreal, y se imaginó, neciamente, que él también lo anhelaba. Sin embargo, no se atrevió.

–Alguien, Maria o una de las otras niñeras, ha tenido que hablarte de esto. ¿Les preocupaba tanto como a mí?

–A las otras niñeras no les importaba Sofia tanto como parece importarte a ti –contestó Angelos inexpresivamente–. Ahora me pregunto si era tan malo.

Le miró con la misma expresión fría e implacable de siempre y ella supo que cualquier posibilidad de contacto se había esfumado.

–No te pido tu opinión sobre esos asuntos –siguió él–. Vas a estar poco tiempo aquí, Talia. No eres parte de nuestras vidas. Dentro de un mes te habrás marchado, prácticamente te habremos olvidado.

La sinceridad intencionada de sus palabras fue como una bofetada en la cara o un puñetazo en la boca del estómago. Ella parpadeó asombrada por el daño que le habían hecho. Era posible que solo llevara diez días en Kallos, pero se sentía como si ya formara parte de la vida de Sofia, como si importara. Se dio cuenta, con una punzada de desasosiego, que importaba a muy poca gente. A su abuelo, a sus hermanos… su círculo de personas queridas era increíblemente pequeño. Había creído que le daba igual, pero en ese momento…

–Es posible que eso sea verdad –consiguió decir cuando confió en que la voz no le temblaría por el dolor–, pero ya soy parte de la vida de Sofia, ya le importo y ella me importa a mí.

Angelos se limitó a mirarla sin inmutarse lo más mínimo. Talia tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar o llorar. Se sentía como si estuviese dándose cabezazos contra una pared muy dura. Quizá Angelos tuviese razón y ella debiese parar. Cuando hubiese pasado ese mes, no volvería a ver a esas personas. ¿Por qué se empeñaba tanto? ¿Por qué le importaba tanto? Porque sabía cómo se sentía Sofia. Tomó una bocanada de aire para contener los sentimientos.

–¿Cuánto tiempo va a quedarse esta vez? –preguntó ella.

–No lo he decidido todavía –Angelos no disimuló su sorpresa por

el brusco cambio de conversación–. He venido para cerciorarme de que haces bien tu trabajo…

–¿Lo hago?

–Eso está por ver –contestó Angelos con frialdad–. Ahora, como he dicho antes, la conversación ha…

–Quizá debería valorar mi rendimiento –Talia se sentía temeraria. Ya le había hecho daño y no tenía nada que perder–. Tiene que comprobar si estoy haciendo bien las cosas, apropiadamente –Angelos entrecerró los ojos para intentar adivinar lo que se proponía y ella esbozó su sonrisa más resplandeciente aunque estaba a punto de quebrarse por dentro–. Sofia y yo vamos de pícnic mañana –afirmó ella aunque no había planeado nada por el estilo–. Me gustaría ir al extremo más alejado de la isla. ¿Por qué no nos acompaña?

Él la miró un rato con los dientes apretados y los ojos opacos. Ella contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta e intentó no hacerse ilusiones.

–Buena jugada, señorita Di Sione –reconoció él en un tono de admiración reticente que hizo que Talia soltara el aire con alivio–. Es usted todo un perro de presa.

–Lo tomaré como un halago.

–No lo es necesariamente –Angelos volvió a la mesa y apoyó las manos en la superficie como si estuviese preparándose para algo, pero ¿para qué?–. Por muy tentador que resulte un pícnic, me temo que voy a tener que renunciar a semejante placer. Tengo mucho trabajo.

–Entonces, ¿para qué ha venido?

Talia había creído que él iba a aceptar y la decepción por su rechazo fue exagerada, pero no podía evitarla.

–Ya le he dicho…

–Que para valorar mi capacidad. Sin embargo, no ha estado ni un minuto conmigo ni con Sofia. ¿Cómo puede saber lo capaz que soy?

Él se dio media vuelta con los ojos como ascuas.

–¿Por qué es tan fastidiosamente insistente?

–Porque sé lo que es no tener padre –Talia notó que la sangre se le subía a la cara por esa confesión injustificada–. Ni madre. Perdí a los dos cuando tenía un año de edad.

Angelos la miró fijamente con los dientes apretados y los brazos cruzados, pero, aun así, Talia notó que se había ablandado un poco.

–Lo siento –dijo él con la voz ronca–. No se lo deseo a nadie.

–Sofia ya ha perdido a su madre –insistió Talia mientras tenía cierta ventaja–. Lo necesita a usted…

–Y me tiene –le interrumpió él endureciendo el tono y la

expresión otra vez–. Le doy todo lo que necesita y la visito todo lo que puedo. Además, sinceramente, señorita Di Sione, Sofia está mucho mejor si no estoy cerca de ella –él volvió a darse la vuelta. Se llevó una mano al pelo con la espalda tensa–. Ahora, márchese, por favor, antes de que alguno de los dos diga algo que lamentará más tarde.

Talia lo miró un rato. Quería consolar a ese hombre, captaba un dolor sombrío que no había esperado y que se parecía a un sentimiento que ella había sofocado hacía mucho tiempo.

–Angelos…

Vaciló porque no tenían una relación que le permitiera ofrecerle consuelo y tampoco estaba segura de que quisiera ofrecérselo. Tocarlo, conectar con él de verdad, sería peligroso para los dos. Aun así, levantó una mano temblorosa. Las yemas de los dedos le rozaron el hombro y notó que se le contraían los músculos, aunque quizá hubiese sido ella la que se había movido porque sintió como una descarga eléctrica por dentro que la sorprendió por su fuerza. No lo había tocado casi.

–Vete –le ordenó Angelos en voz baja y con la cabeza agachada.

Ella bajó la mano, aunque todo el cuerpo le había reaccionado por ese levísimo contacto, y se marchó.

Angelos se quedó trabajando en el despacho hasta bien entrada la noche. Era preferible trabajar e intentar olvidarse de todas las acusaciones de Talia, de la súplica para que pasara más tiempo con Sofia cuando era lo único que no podía hacer.

Durante un segundo, mientras miraba sin ver las notas que había estado preparando para su nuevo cliente, recordó lo que había sentido al tener a Sofia en brazos, al apoyar su cabecita en su hombro y ponerle la barbilla sobre el sedoso pelo. Recordó que ella siempre le tiraba de las orejas y se reía, que Xanthe los miraba con esa sonrisa reservada y el amor reflejado en los ojos…

Apartó la libreta con un improperio, se pasó las manos por el pelo y se rascó el cuero cabelludo como si pudiese arrancarse esos recuerdos de la cabeza, como si pudiese cambiar el pasado, la noche que se había cobrado la vida de Xanthe y había dejado marcada a Sofia para siempre, la noche que había sido culpa suya. Miró la botella de ouzo en el mueble bar y se dio la vuelta.

La casa estaba silenciosa mientras subía las escaleras. La noche era fresca. Se detuvo un instante delante de la puerta del dormitorio de Talia y se preguntó cómo se habría tomado sus rechazos. Sabía que había sido áspero, pero ella había sido fastidiosamente obstinada. Había intentado que él viera y el problema era que veía

con demasiada claridad. Veía que, cuando estaba cerca de su hija, ella se sentía incómoda, se acordaba de todo lo que habían perdido. Era posible que Sofia necesitara un padre, pero necesitaba uno mejor que él. Sin embargo, Talia no lo sabía, no sabía lo indigno que era. Había intentado consolarlo y él, durante un segundo, con los ojos cerrados, recordó el contacto de sus dedos en el hombro, el leve roce de su mano que, sin embargo, había hecho que se sintiera como si lo hubiesen desollado, como si lo hubiesen dejado en carne viva. No había sido una sensación agradable, pero había hecho que se sintiera muy vivo. Durante un segundo, había anhelado más, el tipo de contacto con otro ser humano que no había tenido durante siete años. Habría sido como arrancar el vendaje de una herida, exponerse de repente a la luz, el aire y la vida, algo doloroso, necesario y bueno, algo que no era para él.

Alejó de la cabeza todos los pensamientos sobre Talia, siguió de largo y llegó al dormitorio de Sofia. Entró silenciosamente, como hacía todas las noches que pasaba en Kallos. Estaba tumbada de costado y con las rodillas levantadas, como siempre. Cuando se acercó, vio el rastro seco de lágrimas en las mejillas de su hija y se le formó un nudo en la garganta. ¿Habría estado llorando por él? ¿Por lo que había hecho o dejado de hacer? Miró al suelo y vio la última carta que le había escrito él y que se le había caído cuando se quedó dormida. El remordimiento le dolió en el alma, pero estaba resignado. La tristeza de Sofia era culpa suya, siempre lo había sabido, pero no sabía cómo podía solucionarlo.

–*S'agapo manaria mou* –susurró antes de marcharse silenciosamente para que no se despertara.

Talia se despertó a la mañana siguiente decidida a darle a Sofia el día que debería haber pasado con su padre si él hubiese querido. Le pidió a Maria que les preparara un pícnic, algunos juegos para jugar en la playa y abundante crema protectora. Le comunicó el plan en cuanto Sofia terminó la clase.

–¿Un pícnic?

A Sofia se le iluminó el rostro y sonrió con timidez. Ella se había fijado en lo callada y desanimada que estaba desde la llegada de Angelos y se alegró de que la niña sonriera así.

–¿Solo… las dos? –preguntó Sofia mirando disimuladamente hacia la puerta del despacho de su padre.

–Sí –contestó Talia en el tono más desenfadado que pudo–. Será muy divertido, ¿verdad? Llevo tiempo queriendo explorar el otro lado de la isla. Podemos bañarnos en la otra playa.

Sofia frunció el ceño con perplejidad y Talia, con unos gestos

exagerados, le explicó lo que quería decir. La niña asintió con la cabeza y ella pensó que se merecía un Óscar. Untó a las dos con bien de crema, se puso el sombrero de paja que le había prestado Maria y salió afuera con Sofia. El cielo estaba completamente despejado, el sol ya estaba alto y el otro lado de la isla las llamaba tentadoramente. Kallos no era muy grande, pero ella tampoco se había aventurado mucho más allá de los jardines y de la playa que había justo delante de la isla. En ese momento, pese a la decepción por la ausencia de Angelos, estaba deseando ver un poco más de la isla. La sensación de aventura, tanto tiempo dormida, se había despertado otra vez y se dirigió con paso jovial hacia la colina pedregosa que había detrás de la casa. Acababan de coronarla, y Talia miraba con interés el valle que había abajo, cuando Sofia exclamó algo en griego. Talia, temerosa de que hubiese visto una serpiente o algo parecido, se dio media vuelta y vio que Sofia señalaba hacia la villa.

–¡Papá! –exclamó la niña.

Talia levantó una mano para darse sombra a los ojos y el pulso se le paró cuando vio que Angelos subía con grandes zancadas la colina que ellas acababan de ascender.

–Papá –confirmó ella.

Miró a Sofia y vio que la aprensión se adueñaba de la niña a medida que se acercaba su padre. Nunca lo había visto con una vestimenta tan deportiva. Llevaba unos pantalones cortos que resaltaban sus muslos y sus pantorrillas y una camiseta que se le ceñía al musculoso pecho. Además, como pudo comprobar Talia con espanto, tenía el ceño fruncido con rabia.

Capítulo 7

TALIA y Sofia observaron a Angelos, que subía la cuesta con un paso poderoso y el ceño más fruncido con cada paso que daba. Sofia tomó la mano de Talia y se escondió un poco detrás de ella. Talia levanto la barbilla dispuesta a hacerle frente. ¿Por qué iba a estar enfadado? ¿Por haberse llevado a su hija de pícnic?

–Muy bien –él se quedó en jarras delante de ellas y con el ceño todavía fruncido–. Aquí estoy.

–Eso veo –comentó Talia con cierta cautela–. ¿Por qué?

Él la miró y abrió los ojos con incredulidad.

–¿No me pediste que viniera al pícnic aunque hace un calor espantoso? Pues he venido.

Talia lo miró fijamente un rato hasta que acabó cayendo en la cuenta de lo que él había dicho.

–¿Quieres decir que… vas a acompañarnos? ¿No… estás enfadado?

–¿Enfadado? –Angelos la miró desconcertado–. ¿Por qué crees que estoy enfadado?

Ella sonrió mientras sentía una oleada de alivio.

–Creo que deberías mirarte al espejo de vez en cuando –se atrevió a bromear ella–. Has subido hasta aquí con el ceño fruncido y nos has aterrado a tu hija y a mí.

Por un segundo, Angelos pareció casi abochornado.

–Bueno –él se frotó la barbilla y miró hacia otro lado–, como he dicho, hace mucho calor.

Entonces, ella se dio cuenta plenamente de lo que había hecho y no supo si reírse o llorar. Angelos iba a ir al pícnic, estaba intentándolo y quizá por eso había fruncido el ceño, porque era un terreno desconocido y era complicado, quizá fuese más complicado de lo que ella podía imaginarse. Estaba arriesgándose y lo admiraba por eso, ella sabía muy bien lo complicado que eso podía ser.

–Nos alegramos –comentó ella mientras se apartaba un poco para que Sofia no se escondiera–. ¿Verdad, Sofia?

–*Ne* –contestó Sofia al cabo de un rato inclinando la cabeza para que el pelo le tapara la cara.

Talia contuvo las ganas de pasárselo por detrás de la oreja, sabía que era un mecanismo de defensa que empleaba siempre que estaba delante de su padre.

–Perfecto –la expresión de Angelos se ensombreció cuando vio que Sofia se escondía, pero asintió con la cabeza y miró el valle que se extendía debajo de ellos–. ¿Dónde teníais pensado hacer el pícnic?

–Había pensado que podíamos ir al final de la isla. Hay algunas rocas que parecen interesantes –contestó Talia señalando unos peñascos redondeados al borde de la costa.

–Muy bien. ¿Vamos?

Angelos volvió a asentir con las cabeza y Talia tuvo que contener una carcajada al darse cuenta de lo lejos que él estaba de su elemento. Era el hombre más autoritario y seguro de sí mismo que había conocido y, sin embargo, allí no sabía qué hacer, intentaba organizar un pícnic como una reunión de trabajo.

–Sí, vamos –concedió ella.

Sin embargo, debió de contestar con cierto tono burlón porque él le dirigió una mirada recelosa antes de ponerse en marcha hacia el valle. Bajaron la cuesta hacia la costa. La colina estaba salpicada de olivos viejos y retorcidos y ella se tropezó con el tronco de uno, pero Angelos la agarró de un codo antes de que ella pudiera perder el equilibrio. El contacto de su piel la sacudió como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Sin embargo, Angelos la soltó y ella pensó que una descarga eléctrica era una sensación desagradable y el contacto de la piel de él no lo había sido, ni mucho menos. Las pocas veces que sus pieles se habían rozado, había sentido que la dominaba una calidez por dentro, era como si quisiera más y hacía que se preguntara cómo conseguirlo.

Todavía sentía el estremecimiento por el contacto de su mano en el codo cuando se acercaron a la costa. Sentía ligeros escalofríos por dentro, era increíble que una mano en el codo, precisamente en el codo, pudiera conseguir que se sintiera tan… estimulada. También era peligroso porque sabía que no podía sentir ninguna atracción por su jefe, y por muchos motivos. El menor no era el libro de Giovanni, pero no quería pensar en el libro en ese momento ni en cómo iba a decírselo a Angelos. Quería pasar un día agradable, y Sofia también.

Miró a la niña, que caminaba entre los dos y los miraba como si no pudiese creerse que estuvieran allí. La verdad era que ella tampoco podía creérselo. La noche anterior se había pasado horas tumbada en la cama, mirando la oscuridad y preguntándose qué había querido decir Angelos cuando dijo que Sofia estaba mejor cuando él no estaba cerca. ¿Cómo podía decir él una cosa así? ¿Cómo podía decirlo cualquier padre? Ella sabía lo que era criarse sin padres, anhelar tener un recuerdo siquiera de ellos y encontrar en cambio un espacio vacío en el corazón y la cabeza. Sabía que sus padres no habían sido perfectos, ni mucho menos. Alessandro, su hermano mayor, tenía recuerdos de su padre y su madre, pero no hablaba de ellos con nadie, con ella tampoco. Sabía que su padre había tenido una aventura y un hijo fuera del matrimonio, Nate, al

que ella no conocía casi. Sin embargo, cualquier padre tenía que ser mejor que no tenerlo. Algunas veces, su hermana Bianca, que recordaba vagamente el perfume de su madre y el tintineo de sus pulseras, y ella hablaban de lo mucho que echaban de menos a sus padres, de lo mucho que echaban de menos haberlos conocido siquiera, de tener el recuerdo de una conversación o un abrazo. Giovanni era maravilloso, pero había sido un hombre mayor, y enfermo algunas veces, que había tenido que ocuparse de siete chicos muy distintos y que habían llegado a ser complicados.

Entonces, ¿por qué se alejaba Angelos de su hija? La noche anterior, cuando ella había estado en su despacho y había captado la angustia en su voz, la había visto en su cara incluso, había estado segura de que algo le atormentaba y le apartaba de su hija, y había anhelado saber de qué se trataba para intentar aliviarlo de una carga tan atroz. Sin embargo, ¿quién era ella para aliviar a alguien de algo?, se había preguntado en la oscuridad el dormitorio. Había elegido una vida aislada en vez de hacer frente al mundo que la rodeaba. No era la más indicada para dar consejos.

Sin embargo, ella era distinta, se protegía físicamente a sí misma. Angelos, en cambio, se alejaba de la persona que amaba.

–¿Nos quedamos aquí? –preguntó Angelos.

Talia parpadeó. Había estado tan ensimismada que no se había fijado en el paisaje, en el mar resplandeciente y en que habían llegado a esos peñascos que se elevaban con orgullo hacia el cielo azul e implacable.

–Sí, parece un buen sitio.

Talia sacó la manta de la bolsa y la extendió sobre la arena. Sofia se sentó, se quitó las sandalias y metió los dedos de los pies en la arena con un suspiro de placer. Angelos también se sentó con las musculosas piernas estiradas y los brazos detrás de él para mirar el mar.

–No está mal, ¿verdad? –bromeó Talia.

–Hace calor –él le dirigió una mirada sombría–, pero la brisa es agradable.

–Sabe que no estoy hablando del tiempo.

–No.

Él arrugó la frente y miró a Sofia, quien estaba arrodillada en la arena y la movía con las manos.

–¿Hacemos un castillo de arena? –propuso Talia agitando un cubo.

Sofia, que entendió lo que quería decir, empezó a aplaudir. Angelos se quedó perplejo.

–¿Un qué?

–Un castillo de arena. Habrá hecho alguno cuando era un niño.

–No, no cuando era un niño –el recogió las piernas y apoyó los codos en las rodillas con una expresión distante–. Los… Los hacía con Sofia –miró a su hija, quien también lo miraba con cautela porque no entendía el inglés–, pero ella se tragaba la arena.

–Supongo que era un bebé –comento Talia.

Estaba conmovida por la expresión de Angelos, por la sensación de que era un recuerdo muy querido que tenía pocas veces. Volvió a captar esa sensación de dolor y tormento, era tan íntimo que le parecía como si estuviese vislumbrando algo que no debería ver, como si fuese una fisgona.

–Sí, era un bebé –Angelos miró hacia otra parte–. Tenía poco más de un año.

Nadie dijo nada y ella intentó pensar algo que decir, algo que sirviera de puente entre la oscuridad y la luz, entre el recuerdo doloroso y el presente despreocupado. Entonces, Angelos se dio la vuelta hacia ellas y dirigió una sonrisa algo forzada a su hija sin mirar a Talia.

–¿Tenemos una pala?

Talia le entregó una pala de plástico y se le aceleró el corazón cuando él empezó a cavar. Solo estaban haciendo un castillo de arena, pero parecía como si estuviesen construyendo algo más, el principio de algo importante que tenía como cimientos los recuerdos que estaban arrinconados.

Talia se apartó después de unos minutos trabajando juntos y dejó que el padre y la hija crearan su palacio. Empezó a sacar la comida que les había preparado Maria, pero miraba de vez en cuando a Angelos y Sofia. Los dos estaban en silencio y no podía decirse que hubiese sido un éxito absoluto, pero estaban haciendo algo juntos y eso ya era mucho.

Angelos levantó el cubo con mucho cuidado y surgió una cúpula perfecta de arena mojada. Sofia lo miró con una sonrisa tímida que le iluminó el rostro y que hizo que el remordimiento y el dolor lo atenazaran dolorosamente por dentro. Notaba que su hija se alegraba de que él estuviese allí y eso hacía que se preguntara si había sido negligente, si se habría equivocado al mantenerse tanto tiempo alejado de ella. Sin embargo, le había parecido que no había podido hacer otra cosa. Había creído sinceramente que había hecho lo que era mejor para Sofia, y quizá lo hubiese sido. Una tarde soleada solo era eso, un momento aislado. La verdad sobre su presencia en la vida de Sofia era que era un inepto, que no tenía experiencia, y le recordaba dolorosamente todo lo que le faltaba a su hija. Miró a Talia, quien había sacado varios recipientes de

comida y estaba mirando el mar con las manos alrededor de las rodillas. El pelo se le arremolinaba alrededor de la cara y hacía que quisiera pasárselo por detrás de las orejas y acariciarle la suavidad sedosa de sus mejillas. Se le encogieron las entrañas al darse cuenta, sombríamente, de que su niñera provisional lo atraía. Era irónico que hubiese podido elegir entre infinidad de esbeltas bellezas y las hubiese rechazado siempre. No había sentido el más mínimo deseo por las otras niñeras ni por las mujeres relacionadas con el trabajo que se le habían ofrecido en Atenas. Había llegado a preguntarse si habría perdido la libido para siempre. Ni siquiera le había preocupado, la vida era más sencilla así y hacía mucho tiempo que no pensaba en el placer. Sin embargo, la libido se le había despertado desde que Talia di Sione se había metido en su vida. El deseo había rugido por dentro cuando le tocó el hombro la noche anterior. ¡El hombro! No se había restregado contra él ni había intentado besarlo con esos labios como pétalos de rosa entreabiertos… Esos pensamientos le avivaban el cuerpo y se agitó donde estaba sentado. ¿Podía saberse qué estaba haciendo pensando en esas cosas? Talia vio que la miraba y le sonrió. Sofia estaba acabando el castillo y pudieron charlar un momento los dos.

–Entonces, ¿no hizo castillos de arena cuando era pequeño? ¿Cómo es posible?

Angelos, sorprendido por la pregunta y por lo que había estado pensando, contestó sin pensárselo dos veces.

–No tuve ocasión, me críe en El Pireo.

–¿El Pireo? –Talia arrugó la nariz–. ¿No está cerca de la playa?

Angelos negó con la cabeza y deseó no haber hablado tanto. No hablaba nunca de su infancia, ni a Xanthe. Ella tampoco había querido saberlo, había preferido pensar que empezaban algo nuevo y mejor juntos.

–Los muelles –le explicó él lacónicamente.

Sin embargo, por algún motivo extraño, quizá fuese porque Talia lo miraba con una curiosidad y un interés sinceros, se lo aclaró.

–Era una rata callejera.

–¿Una rata callejera? –ella arqueó las cejas con incredulidad y compasión a la vez–. ¿Qué… quieres decir?

–Era huérfano –Angelos se encogió de hombros–. Mi padre no existió y mi madre se desprendió de mí cuando era un bebé. Me críe en un orfanato, pero fui a trabajar a los muelles en cuanto tuve catorce años.

Miró hacia otro lado porque no quería ver la impresión y la lástima que sabía que vería en sus ojos. Xanthe se había quedado espantada por su pasado. Los había aceptado, a él y a su pasado, pero también había querido fingir que las partes feas de su historia

no existían. Por eso, él había actuado como si no hubiesen existido.

–Es tremendo –comentó Talia en voz baja–. Tuvo que ser muy duro. Lo siento, lo siento mucho.

Él se quedó perplejo, hasta desorientado, por la evidente sinceridad de ella.

–Sobreviví.

–Pero ¿cómo conseguiste pasar de trabajar en los muelles a tener tu propia consultoría de gestión de empresas?

Ella parecía impresionada y eso no tenía sentido. Angelos la miró esperando ver lástima, pero vio un brillo de admiración en sus ojos. Fue como una patada en el estómago, en el corazón. De repente, se había quedado sin respiración.

–Tuve mucha suerte. Fui a la escuela nocturna y recibí una beca para estudiar en la universidad. Creé mi despacho hace quince años en un edificio ruinoso en la peor zona de Atenas.

–Eso no me parece suerte, me parece mucho trabajo y decisión.

Angelos volvió a encogerse de hombros. No sabía cómo recibir su admiración, no estaba acostumbrado. Xanthe lo había conocido cuando ya había prosperado y la gente de su pasado había desaparecido hacía mucho tiempo. Además, en realidad, no se la merecía. Había trabajado mucho y había ganado dinero, pero ¿qué más daba? No había podido proteger a su familia en el momento más crucial, no había podido salvar a su esposa.

–Angelos, estoy orgullosa de ti.

Talia le puso una mano en el brazo. Él se puso tenso por el contacto, cada nervio le vibró por el mero roce de sus dedos. Tenía una necesidad disparatada, casi irresistible, de tomarla entre los brazos y de devorar la boca que no había podido dejar de mirar. Nadie le había dicho que estaba orgulloso de él, ni siquiera Xanthe. Talia lo agarró con fuerza del brazo y él notó que la expectación le corroía por dentro. Sería muy fácil tomarle la cara entra las manos y acercar la boca a la preciosa boca de ella. Todo le palpitó por el deseo de hacerlo. Además, notaba que ella también lo deseaba, que no se opondría. Era una atracción mutua que le excitaba y asustaba a la vez. Sería muy fácil… Entonces, Sofia dejó el castillo de arena terminado y empezó a decirle algo a Talia, que le soltó el brazo. Él dejó escapar un silencioso suspiro de alivio… y de decepción. El momento había pasado, hubiera sido lo que hubiese sido

Talia empezó a servir comida en los platos y a repartirlos. Unos segundos después, cuando ya había sofocado la libido, Angelos se unió a la conversación. Picó algo de queso, pan y aceitunas, pero sentía una inquietud que no tenía nada que ver con la abrumadora atracción física que sentía hacia su niñera. Estaba producida por algo más profundo y sentimental. Al principio, las preguntas de

Talia no le habían gustado y le habían parecido entrometidas, hasta que habían empezado a gustarle en cierto sentido, hasta que había empezado a alegrarse de contar quién era, de ser sincero y abierto con otra persona.

Alterado por haber pensado eso, dejó el plato a un lado y empezó a caminar hacia el mar. Se quitó las sandalias y dejó que el mar le bañara los pies, le enfriara la sangre. ¿Qué le pasaba? Podía oír a Talia, que recogía los platos y hablaba con Sofia. Luego, oyó que las dos se acercaban por la arena y vio que Sofia se había puesto su bañador entero y Talia… No pudo pensar en nada cuando vio a Talia con un biquini verde. Era bastante recatado para ser un biquini, unos pantalones cortos de chico y una parte de arriba que se ataba por detrás del cuello. Pudo darse cuenta aunque el pulso se le había desbocado y la boca se le había secado al mirarle las cautivadoras caderas y la delicada curva de los pechos por debajo de la fina tela. Las palmas de las manos anhelaban acariciar esa piel dorada y tomarle las caderas para… Aterrado por lo deprisa que había visto esa fantasía, por lo inmediatamente que le había bullido la sangre y le había reaccionado el cuerpo, Angelos se quitó la camisa y se zambulló en el mar para que la impresión del agua fría apagara esa reacción.

–¿Qué tal está, papá?

Angelos se puso de pie, pero se cercioró de que el agua le llegara hasta la cintura y tapara el efecto que le quedaba por haber visto a Talia.

–Está fría, pero muy buena. ¿Por qué no os metéis?

Se dijo que no podía mirar a Talia, pero su cuerpo no recibía las órdenes del cerebro porque su mirada se desvió directamente hacia ella y tuvo que tomar aliento cuando vio el deseo reflejado en sus ojos, cuando vio que le miraba el pecho antes de desviar la mirada. Había tenido razón, ella lo deseaba, lo deseaba tanto como él a ella. Se quedó atónito, no porque Talia lo deseara físicamente, sino porque hacía muchísimo tiempo que él no sentía lo mismo. Además, durante un segundo, se planteó actuar en consecuencia a la atracción que sentían los dos. Sería sencillo. Ella se quedaría solo seis semanas y podrían tener una aventura, podrían saciar ese deseo. Sería una relación sexual buena, fantástica incluso, y hacía tanto tiempo… ¿Y Sofia? Había visto que su hija estaba más contenta, más cómoda y segura de sí misma cuando Talia estaba cerca. No podía arriesgar el bienestar de su hija solo por saciar un deseo que acababa de empezar a tener.

Dejó de mirar a Talia cuando se zambulló en el agua y se concentró en su hija.

Angelos Mena solo con pantalones cortos estaba magnífico. Talia sabía que estaría haciendo el ridículo al mirar su pecho ancho y bronceado, al mirar los músculos de sus hombros y brazos que se tensaban al extender las manos hacia Sofia. Su abdomen era plano y se notaba el contorno de cada músculo abdominal. Se imaginó que pasaba los dedos por esos músculos, que bajaba las manos… Se sonrojó y le ardieron las mejillas cuando se dio cuenta de lo que estaba imaginándose. Ella, que no tenía ni la más mínima experiencia, que lo más que había hecho era besuquearse con un niño hacía un siglo, ¿estaba imaginándose eso? Ni siquiera sabía el aspecto y al tacto que tenía eso.

Metió la cabeza debajo del agua y pataleó para alejarse de Angelos y Talia. Tenía que dejar de pensar en eso, no podía soportar la idea de que Angelos viera en su rostro el deseo que sentía. ¿Qué pasaría si la despedía porque sospechaba que estaba intentando seducirlo? La idea de que pudiera seducir a alguien, y sobre todo a alguien tan poderoso y dominante con Angelos, era sencillamente absurda. A él nunca le atraería alguien como ella, alguien sin la más mínima experiencia mundana. Pensó en el retrato del comedor, en la elegante sofisticación de la mujer que había sido su esposa, en sus ojos oscuros y su sonrisa enigmática.

–¿Por qué has buceado tanto tiempo? –le preguntó Angelos.

Su cara apareció al lado de la de ella, los ojos le brillaban con furia y las gotas de agua le caían por el pecho.

–No lo sé… Estaba buceando…

Con el cuerpo tan cerca del de él, no podía formar un pensamiento coherente. Notaba sus muslos pegados a los de ella, sus manos seguían agarrándola de los hombros y los pechos rozaban el pecho de él, lo que hacía que se le endurecieran.

–Creía que te habías golpeado la cabeza o que te había pasado algo cuando te zambulliste. No podía verte…

A pesar del deseo que la envolvía como una neblina embriagadora, Talia podía notar que Angelos se había preocupado sinceramente.

–Lo siento –se disculpó ella–. Siempre me ha gustado bucear. Me crie junto al mar. Ni tienes que preocuparte por mí en el agua.

Él la soltó tan repentinamente que estuvo a punto de caerse de espaldas. Recuperó el equilibrio mientras Angelos retrocedía con una expresión hermética.

–La próxima vez, sal a respirar un poco antes.

Se dio media vuelta y volvió con Sofia, quien estaba chapoteando junto a la orilla. Talia los observó y le extrañó la reacción tan exagerada de Angelos. Era posible que hubiese

buceado un poco, pero siempre le había gustado la sensación del agua que la acogía y hacía que se sintiera segura. Además, había estado intentando sofocar la reacción que le había provocado su jefe. Desgraciadamente, que Angelos la hubiese agarrado solo lo había empeorado todo. Los brazos le abrasaban donde la había tocado y los pezones se le habían endurecido por el contacto con su pecho desnudo. Era mejor no volver a pensar en eso. Volvió a sumergirse en el agua, pero salió antes de que Angelos fuese a buscarla otra vez.

Pasaron casi toda la tarde en la playa. Se bañaron y vaguearon, pero Angelos no volvió a intentar entablar una conversación, aparte de las cortesías más elementales. Ella sabía que era preferible, pero lo poco que había dicho sobre su infancia le había proporcionado un punto de vista intrigante sobre un hombre que, en apariencia, siempre había parecido frío, implacable y, sinceramente, antipático; había hecho que quisiera conocerlo mejor, pero Angelos no le daba la ocasión. Evidentemente, él no sentía lo mismo.

Unas horas después, cuando tenían la piel tirante por la sal y ella empezaba a notar que tenía la nariz quemada, Talia propuso que recogieran. Sofia puso un gesto de decepción, pero ella pudo ver que estaba cansada. Habían pasado mucho tiempo expuestos al sol y al viento.

Angelos ayudó a recoger en silencio y le tomó la cesta del pícnic cuando empezaron a volver hacia la villa.

Ella sentía un cansancio agradable por haber pasado todo el día al aire libre, aunque Angelos la miró con el ceño fruncido y se dio cuenta de que debía de tener un aspecto espantoso. Tenía el pelo revuelto y lleno de sal y le colgaba como harapos mojados por la espalda y, probablemente, tendría la nariz como la de un payaso. Se había puesto la camiseta y los pantalones cortos encima del traje de baño y eso hacía que tuviera marcas de humedad en la tela. Estaba dando una imagen sexy y seductora, aunque, naturalmente, no quería que Angelos la viera sexy y seductora.

Claro, que él no la vería sexy y seductora aunque se pusiera un salto de cama de encaje negro y unos zapatos de tacón de aguja rojos. ¿Podía saberse de dónde se había sacado esa imagen?

Dejó escapar una leve risa de incredulidad al imaginarse con esa ridícula vestimenta. Le espantaban los tacones y lo único que se ponía para dormir era una camiseta muy grande, muy vieja y muy cómoda. Eso hizo que se riera otra vez y que Angelos la mirara con los ojos entrecerrados.

–¿Qué te parece tan gracioso?

Por un segundo, se imaginó que se lo contaba y dejó de reírse como si hubieran cerrado un grifo. ¿Se quedaría espantado o

perplejo, o las dos cosas a la vez? Ella sabía que Angelos Mena estaba muy, muy lejos de su alcance.

–Nada –le aseguró ella–. Absolutamente nada.

Capítulo 8

CUANDO llegaron a lo alto de la colina que había encima de la villa de Angelos, vieron unos nubarrones que se acercaban por el horizonte y el viento cálido y acariciador de la playa se había convertido en unas ráfagas que los azotaban con fuerza.

–Esta noche habrá tormenta –comentó Angelos mientras bajaban la cuesta–. Cierra bien las contraventanas del dormitorio.

–¿Una tormenta? –preguntó Talia con cierta preocupación.

Angelos debió de captar el nerviosismo porque la miró con las cejas arqueadas.

–No nos pasará nada en la villa, está construida para soportar cosas así.

–Claro –murmuró ella.

Le espantaban las tormentas. Le espantaban tanto que había llegado a tomarse un par de pastillas para dormir cuando se esperaba una. Prefería estar inconsciente que temblando de miedo. Sin embargo, no quería desvanecerse cuando Sofia podía necesitarla. Además, era posible que esa tormenta no fuese para tanto. No pasaba nada si llovía y hacía un poco de viento. Lo que no podía soportar eran los rayos y truenos, los estruendos que le retumbaban en el pecho y los resplandores que cruzaban el cielo y que lo iluminaban todo durante un segundo deslumbrante. Tomó una bocanada de aire para contener el pánico. Se había portado muy bien durante esos once días y había controlado el miedo. Estar en Kallos se parecía en cierto sentido a estar en la finca, estaba segura, pero una tormenta…

–Talia… –Angelos la llamó en un tono áspero–. ¿Te pasa algo?

–¿Qué?

Ella parpadeó y se balanceó un poco. Habían bajado la colina sin que se diera cuenta y estaban en la terraza que había delante de la cocina. Sofia debía de haber entrado.

–Estoy bien –siguió ella aunque no lo estaba–. Estoy muy bien. ¿Dónde está Sofia?

–Ha entrado para cambiarse –Angelos seguía mirándola detenidamente y con el ceño fruncido–. ¿No te gustan las tormentas?

–No especialmente.

Ella esbozó una sonrisa que fue un rictus espantoso. El viento soplaba tanto que le arremolinaba el pelo alrededor de la cara. Entonces, oyó un ruido sordo a lo lejos y el corazón dejó de latir.

–No pasará nada –añadió ella con toda la firmeza que pudo.

No quería que Angelos viera su nerviosismo aunque sabía que

tenía que estar mostrándolo, al menos un poco. No soportaba que vieran su debilidad, ya era bastante que su abuelo y sus hermanos sintieran lástima por ella, que supieran lo maltrecha que estaba. Le espantaba que los demás lo vieran, sobre todo, alguien como Angelos, alguien fuerte y que, seguramente, no tenía miedo de nada.

–Si estás segura…

–Estoy segura.

Subió a su dormitorio y abrió el grifo de la ducha. Se alegró de que el sonido del agua apagara el ruido de los truenos a lo lejos, que parecía el de un gigante que gruñía. Apoyó la cabeza en la pared y dejó que el agua la cayera por encima mientras intentaba apaciguar el corazón acelerado. Solo era una tormenta. No podía pasarle nada. Nadie podía hacerle nada en ese momento. Estaba segura. Se lo había repetido una y otra vez durante los últimos siete años, pero nunca había terminado de creérselo. Nunca había creído que estuviera segura, salvo que estuviese escondida detrás de unos muros con las puertas cerradas, como una Rapunzel asustada en su torre. Estaba en una isla, nadie podía hacerle daño allí, nadie podía llegar hasta ella. En realidad, estaba más segura en Kallos que en cualquier otro sitio. Tenía que creer eso porque si no lo creía, empezaría a pensar lo pequeña que era la isla, le entraría claustrofobia y tendría un problema de verdad.

Cerró el grifo con decisión y se puso unos vaqueros y una chaqueta de lana gruesa. Había refrescado y se quedó un momento junto a la ventana mirando el color amoratado del cielo antes de cerrar las contraventanas y resoplar. Todavía tenía que pasar por la cena.

El piso de abajo estaba oscuro porque habían cerrado todas las contraventanas. En algún sitio, a lo lejos, se oyeron los golpes de una contraventana abierta y sintió un escalofrío en la nuca. Le espantaba ese ruido lúgubre y solitario. Sintió otro escalofrío y dio un respingo cuando oyó la voz grave de Angelos detrás de ella

–¿Tienes frío?

–No…

Ella se dio la vuelta y parpadeó en la penumbra mientras él salía de su despacho. Se había duchado, porque tenía el pelo mojado, y se había puesto unos vaqueros desteñidos que le resaltaban los muslos y un jersey gris de cuello redondo que se le ceñía al pecho. A pesar del pánico, no pudo evitar un arrebato de deseo al verlo. Era increíble y maravillosamente viril.

–Has temblado y he creído que tenías frío.

Angelos se acercó y ella percibió el olor cálido y masculino de su piel. La cabeza le dio vueltas.

–Estoy bien –ella retrocedió un paso para no empezar a ronronear–. ¿Vamos a la cocina?

Ella se dio la vuelta sin esperar la respuesta y con el corazón desbocado por la cercanía de Angelos y de la tormenta. ¿Se daba cuenta Angelos del efecto que tenía en ella? Tenía la sensación de que la atracción que sentía hacia él estaba escrita en una señal luminosa, pero, aun así, esperaba que él no la viera. En cualquier caso, lo más probable era que estuviese acostumbrado a que las mujeres se iluminaran como fuegos artificiales cuando él estaba cerca. Al fin y al cabo, Maria había dicho que otras niñeras habían intentado meterse en su cama. Seguramente, a Angelos le parecería que su deseo era divertido y un poco penoso, que lo era. Tenía que dominarlo, como el pánico. Se necesitaba control. Tenía que respirar profunda y tranquilamente para sosegar el corazón y recordarse con lógica que estaba a salvo.

Tomó una bocanada de aire y se sentó a la mesa con Maria y Sofia. La cocina estaba bien iluminada, hacía calor y olía a cordero asado. Todo ello ayudaba a aliviar el nerviosismo por la tormenta. Entonces, Angelos entró en la cocina y el estómago le dio un vuelco por su cercanía. Era un desastre.

Cenó todo lo deprisa que pudo sin ser maleducada y se llevó a Sofia al piso de arriba sin esperar al café. Angelos se quedó perplejo, pero, como había sido el primero en levantarse la noche anterior, ella decidió que no podía quejarse.

Se quedó junto a la ventana mientras Sofia se preparaba para acostarse y escuchó el ruido de la lluvia en las contraventanas. Sonaba como si hubiera una manada de elefantes en el tejado, pero ese ruido no le preocupaba, podía sobrellevar la lluvia. Entonces, se oyó el estruendo ensordecedor de un trueno. Dejó escapar un grito y se apoyó en la pared para mantener el equilibrio. Sofia salió del cuarto de baño con el cepillo de dientes en la mano y la miró con el ceño fruncido.

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien.

Quizá, si seguía repitiéndoselo, llegaría a ser verdad. Leyó a Sofia un capítulo del libro en inglés que les gustaba a las dos, aunque ella no sabía cuánto entendía la niña. Luego, le dio un beso de buenas noches, bajó a su dormitorio y rezó para que esa espantosa tormenta no la alterara.

Dos horas más tarde, estaba pensando en tomarse las pastillas para dormir. Estaba tumbada en la cama con la almohada agarrada sobre el abdomen y el cuerpo empapado de sudor frío mientras la tormenta rugía alrededor de la casa. Cada treinta segundos o así, se oía un estallido seguido de un resplandor que iluminaba la

habitación como una discoteca y hacía que ella gimiera por los recuerdos y se preguntara si sería la última noche de su vida.

La lluvia que golpeaba en el tejado de chapa, los truenos que hacían temblar las paredes de la cabaña, las voces justo al otro lado de la puerta, la puerta que se abría…

Volvió a gemir y cerró los ojos mientras temblaba de pies a cabeza con un terror tan elemental como la tormenta. Podía darse otra ducha para que el ruido del agua apagara el ruido de la tormenta, pero creía que ya no podía levantarse de la cama. Se sentía paralizada por el miedo, tenía la mente en blanco y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para limitarse a quedarse ahí tumbada y sobrevivir. Tenía que acabar pronto, esa pesadilla tenía que acabar… Como había acabado antes. Intentó aferrarse a eso, al recuerdo de su rescate, pero el trueno volvió retumbar, el resplandor entró por las aberturas de las contraventanas y no pudo pensar, solo pudo sentir el terror gélido y abrumador de estar encerrada en una habitación diminuta mientras la tormenta bramaba y su vida pendía de un hilo.

Angelos no podía concentrarse por la tormenta y cerró el ordenador portátil. Aunque, si era sincero, lo que le desconcentraba no era el viento y la lluvia, era la tormenta que tenía por dentro. Se había sentido inquieto durante todo el día, desde que había ido de pícnic con Talia y Sofia, desde que le había hablado a Talia de su infancia y había abierto una ranura en la puerta firmemente cerrada de su alma… y desde que había sentido su cuerpo contra el de él, había visto que sus pechos subían y bajaban por la respiración alterada, había percibido que el deseo iluminaba esos ojos de un tono verde dorado…

Se levantó de la mesa con un gruñido. No iba a trabajar más esa noche. Se daría una ducha fría, se prepararía para una noche en vela y quizá se marchara a Antenas al día siguiente. Sin embargo, no quería marcharse a Atenas. Aunque estaba inquieto, ese día había disfrutado con Sofia… y con Talia, también había disfrutado con ella. Se quedaría por Sofia. Dentro de unos días era su cumpleaños y siempre intentaba estar presente ese día por lo menos, intentaba ser el tipo de padre que no podría ser nunca, que no había podido ser cuando había importado.

Subió las escaleras. La casa estaba oscura y las contraventanas crujían por la fuerza del viento. Acababa de llegar al descansillo cuando oyó algo que confundió al principio con el viento, pero que era un gemido. Se quedó parado, frunció el ceño y volvió a oírlo. Era un sonido primitivo de dolor o miedo. Recorrió el pasillo con el

corazón acelerado solo de pensar que Sofia podía estar alterada por la tormenta. Entonces, comprobó que el sonido no llegaba del cuarto de su hija, que estaba al fondo del pasillo, sino de la puerta que tenía delante, del cuarto de Talia. Volvió a oír el gemido.

–Talia... –la llamó en voz baja mientras llamaba a la puerta.

No contestó. Todo estaba en silencio, pero sintió un escalofrío de inquietud. ¿Estaría enferma? Había estado muy callada durante la cena, pero él lo había atribuido al sol y al mar, y a que no le gustaban las tormentas. Sin embargo, había estado atenta y cariñosa con Sofia y no había podido reprochárselo. Solo había lamentado que se fuera, como si la luz hubiera abandonado la habitación.

Volvió a oír el gemido, llamó con más fuerza y abrió la puerta. Se quedó parado y horrorizado por lo que vio. Talia estaba acurrucada en la cama, en posición fetal, con la almohada agarrada contra el pecho, con el pelo mojado de sudor y con la cara pálida y algo verdosa. Angelos dejó escapar un improperio para sus adentros y se acercó a ella.

–Talia, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

Se agachó a su lado y la miró con nerviosismo, pero parecía como si ella no se enterara. Le tocó la frente y tomó una bocanada de aire cuando notó lo fría que estaba la piel. Había esperado que estuviese ardiendo por la fiebre, pero estaba aterradoramente fría.

–Talia... –murmuró él mientras le apartaba el pelo mojado de la frente.

Ella casi ni lo miró. Tenía los ojos vidriosos y la mirada desenfocada. Tenía todo el cuerpo rígido. Angelos se dio cuenta con una fuerza demoledora. No estaba enferma, estaba asustada. Estaba total y absolutamente aterrada. Había visto que se ponía nerviosa por la tormenta, pero no sabía que tenía una fobia tan grave.

–Talia, no pasa nada –murmuró Angelos mientras seguía apartándole el pelo de la cara–. No pasa nada.

Todo era inútil porque podía ver que sí pasaba algo. Talia se estremeció y cerró los ojos como si se hubiese rendido al miedo que la atenazaba.

–Vamos –Angelos le rodeó los hombros con un brazo y le pasó el otro por debajo del cuerpo–. Vamos a lavarte por lo menos.

Era increíblemente liviana y frágil, incluso aunque fuese un peso muerto, aunque enseguida se acurrucó, apoyó la mejilla en su pecho y le rodeó el cuello con los brazos. El corazón le dio un vuelco y se quedó quieto, percibía lo cerca que estaba ella y cómo confiaba en él. Hasta que fue al cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y la dejó suavemente en el suelo mientras la sujetaba con un brazo.

–¿Puedes desvestirte?

Ella lo miró. Todavía tenía los ojos vidriosos e inexpresivos. El

vaciló un segundo antes de quitarle la enorme camiseta y los boxers que llevaba como pijama. Lo hizo con delicadeza y eficiencia, pero, aun así, no pudo evitar que se le encogieran las entrañas cuando vio su cuerpo dorado, flexible y perfecto. Tenía unos pechos pequeños y altos llenos de pecas, una cintura estrecha y unas piernas interminables. Avergonzado, volvió a mirarla a la cara, pero ella ni siquiera lo miraba a él y empezó a tiritar y los dientes le castañetearon.

–Vamos.

La ayudó a meterse en la ducha y se quedó debajo del agua caliente con los ojos cerrados, hasta que se apoyó en la pared y empezó a deslizarse hasta el suelo con las piernas dobladas debajo de ella. Angelos soltó un improperio y la tomó en brazos sin importarle el agua que le caía encima de la ropa. Ella se aferró a él, su cuerpo desnudo se acurrucó contra él y al cabo de un rato, no supo cuánto, dejó de temblar. Acabó volviendo en sí, como alguien que salía de un trance, y se apartó de él con el espanto reflejado en los ojos. Abrió la boca, pero no salió ni una palabra y él supo que estaba más que abochornada. Sin embargo, él no lo estaba aunque había estado, durante casi una hora, sentado debajo de la ducha, completamente vestido y acunando a una mujer desnuda. Cerró los grifos. Una neblina silenciosa dominaba el cuarto de baño y se levantó con la camisa pegada al cuerpo y el pelo pegado a la cabeza.

–Te daré una toalla.

Talia no dijo nada. Él tomó una de las esponjosas toallas que había en un estante y ella se levantó de la ducha con las piernas temblorosas y salió apoyándose en la pared con un brazo.

–Yo…

–No digas nada –Angelos la envolvió con la toalla–. Quiero decir, no te sientas abochornada.

Estaba roja y no era por el vapor y el calor de la ducha. Bajó la cabeza para no tener que mirarlo.

–¿Cómo no voy a estarlo? –preguntó ella cerrando los ojos mientras le caía una lágrima por la mejilla.

–Talia…

Angelos, sin pensárselo dos veces, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. La tumbó en la cama y ella, agarrándose la toalla, lo miró fijamente.

–Estás empapado.

Él se miró la ropa.

–Y mojándote el suelo.

–Me da igual.

–Debería ir a cambiarme –para su satisfacción, vio una sombra

de decepción que cruzaba el rostro de ella–. Volveré para ver qué tal estás.

Ella asintió con la cabeza y él se marchó a regañadientes. Una vez en su dormitorio, se quitó la ropa mojada y se preguntó cómo había tenido el valor de desnudar a su niñera y de acunarla debajo de la ducha. ¿En qué había estado pensando? Sin embargo, no había pensado, había reaccionado al dolor y la necesidad de ella, y de él mismo también.

Le había encantado abrazar a una mujer después de tanto tiempo, consolar a una mujer, ser la persona que ella necesitaba en un momento de crisis. Necesitaba que lo necesitaran, anhelaba ser el protector y consolador, ser suficiente para alguien. ¿Había hecho mal al aprovecharse del dolor de ella para aliviar el propio? No. La había ayudado o, al menos, eso esperaba, y ella le había ayudado a él.

Sacó una camiseta y unos pantalones de pijama amplios, prendas que él no solía usar porque prefería dormir con unos boxers o sin nada. Luego, se pasó los dedos por el pelo y volvió a ver qué tal estaba Talia. Ella había aprovechado su ausencia para ponerse otra camiseta ancha y otros pantalones cortos y se había cepillado el pelo, que le caía alrededor de la cara en mechones húmedos y ondulantes. Estaba sentada en la cama con las piernas recogidas contra el pecho y los ojos muy abiertos. Los truenos retumbaban a lo lejos.

–Creo que la tormenta está alejándose –comentó él mientras se sentaba en el borde de la cama.

–Sí –ella asintió con la cabeza y golpeó la barbilla sobre las rodillas.

–¿Quieres hablar del asunto? –preguntó él.

–No especialmente –contestó ella riéndose.

Un trueno volvió a retumbar y el relámpago iluminó fugazmente el cuarto, pero bastó para que Talia se quedara rígida otra vez.

–No hace falta que hables si no quieres –él también tenía secretos–. ¿Qué tal?

–Bien –ella volvió a asentir con la cabeza.

–No lo pareces.

–No pasa nada.

Sin embargo, sí pasaba algo. Aunque la tormenta estaba alejándose de Kallos, Talia todavía parecía asustada y él no quería dejarla sola, no la dejaría sola, se negaba a abandonar a alguien que lo necesitaba.

Excepto a Sofia, sí había abandonado a Sofia.

Sin embargo, su hija estaba mejor sin él. Al menos, eso había creído hasta que Talia había empezado a demostrarle lo contrario.

–Déjame sitio.

Ella abrió los ojos como platos y se puso muy recta mientras lo miraba.

–¿Qué?

Él le empujó la pierna con la suya, la agarró de los hombros con delicadeza y la llevó hasta el otro lado de la cama. Se tumbó y sonrió ligeramente por la sorpresa evidente de ella.

–Me quedaré hasta que la tormenta haya pasado del todo.

Entonces, la tomó entre los brazos porque le pareció lo natural y no habría podido evitarlo aunque hubiese querido. Talia se quedó rígida unos segundos, hasta que se relajó, como había hecho antes, y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Angelos apoyó la barbilla en la cabeza de ella y disfrutó de tenerla abrazada, de sentir la cercanía de otra persona. Olía a almendras y era cálida y suave. La libido se le alteró, era imposible no imaginarse que introducía las manos por debajo de la enorme camiseta y que le acariciaba los pechos, pequeños y perfectos, que había visto antes, que le besaba cada peca…

Todo lo disimuladamente que pudo, se apartó un poco de Talia. Lo peor para ella en ese momento sería que notara su erección. Iba a ser una noche larga.

Capítulo 9

TALIA se despertó por la luz del sol y con la cama vacía. Parpadeó y el corazón le dio un pequeño vuelco cuando vio la extensión de sábana que había al lado de ella. En algún momento de la noche, y no sabía cuál, Angelos se había marchado. Se tumbó de espaldas y miró el techo mientras repasaba la noche anterior como si fuesen escenas de una película. Angelos entró y la encontró empapada de sudor y temblando de miedo. Le quitó la ropa con delicadeza, se metió en la ducha con ella y la sujetó entre los brazos… y ella le dejó, claro que le dejó. Nunca se había sentido tan protegida y había sido la sensación más increíble y maravillosa del mundo. Había sido una sensación más profunda que cualquier deseo físico que hubiese sentido por él, aunque también lo había sentido la noche anterior. Al apoyar la mejilla en su pecho, al oír los latidos firmes de su corazón mientras la acunaba… había estado tentada de levantar la cabeza para que la besara. Sin embargo, lo más probable era que él no la hubiese besado. Había sido maravillosamente amable al consolarla cuando había sido presa de un ataque de pánico, pero eso había sido todo, consuelo. Además, ella sabía que, por eso, se merecía una explicación, una explicación que no le gustaba dar porque no soportaba que tuvieran lástima de ella, que conocieran su debilidad. Sin embargo, Angelos ya había visto su debilidad y quizá ella no tuviera nada que perder.

Se levantó de la cama con un suspiro y fue a vestirse. Sofia estaba terminando de desayunar cuando entró en la cocina e, instintivamente, miró alrededor para ver si estaba Angelos. No estaba y no supo si sentirse aliviada o decepcionada, pero vio que Maria se había dado cuenta de que estaba mirando alrededor y se sonrojó. Maria frunció los labios, no se le escapaba nada.

–Hola, Sofia.

Saludó con desenfado a la niña, se sentó a la mesa eludiendo la mirada inquisitorial de Maria y se sirvió algo de fruta. Después del desayuno, Sofia se fue a dar clase con Ava y ella fue a buscar a Angelos. Lo encontró, como era de esperar, en su despacho, llamó a la puerta y cuando dijo «adelante» en tono tenso, ella se preguntó si la noche anterior había existido. Abrió la puerta y lo vio sentado detrás de la mesa con una camisa y unos pantalones impecablemente planchados que le daban un aire distante, pero, aun así, estaba maravilloso y se sonrojó.

Para su sorpresa, los prominentes pómulos de Angelos también se sonrojaron cuando la miró. Se aclaró la garganta y cerró el ordenador portátil.

–¿Qué tal estás esta mañana?

–Bien –ella cerró la puerta y tomó aliento–. Siento ser tan…

Ella le dio vueltas a la cabeza para encontrar la palabra que definiera lo que había sido.

–No lo sientas, Talia. Yo debería sentir no haberme dado cuenta de cuánto te afectaba la tormenta. Si lo hubiese sabido, habría comprobado qué tal estabas.

–No habrías podido hacer nada. Quiero decir… –Talia tragó saliva e hizo un esfuerzo para no taparse la cara, que le abrasaba–. Aparte de lo que hiciste, que fue maravilloso y que no tenías por qué…

–¿Haber hecho? –él terminó la frase con una ceja arqueada.

Tenía un brillo burlón en los ojos que le daban un tono casi dorado y que hizo que a ella le bullera la sangre. Ese hombre era casi irresistiblemente atractivo cuando fruncía el ceño, pero era imposible resistirse a él cuando sonreía.

–Sí –consiguió contestar ella apartando la mirada de la de él–. Supongo…

–Lo dije anoche y lo repito hoy, no tienes por qué sentirte abochornada.

–¿Eso crees? Me viste desnuda, además de sudorosa, temblorosa y… –ella cerró los ojos un momento–. Prefiero no recordarlo.

Él hizo una mueca con la boca que a ella le pareció burlona.

–He visto a otras mujeres desnudas, Talia.

–¿A la mayoría de tus niñeras? –Angelos frunció el ceño y ella, espantada, se tapó la boca con una mano–. Quiero decir, Maria me contó que intentaron seducirte, y no lo consiguieron.

–Maria habla demasiado –replicó él aunque no parecía enfadado.

Talia se destapó lentamente la boca y se entrelazó los dedos de las manos.

–Es que no quiero que pienses…

¿Qué? ¿Que el sudor y los temblores eran porque estaba excitada? Una oleada de angustia se adueñó de ella y pensó que eso no se le daba nada bien. No tenía ni la más mínima experiencia con el sexo, ni siquiera de hablar de sexo, y menos con un hombre tan impresionante como Angelos Mena.

–No lo pienso, Talia –le tranquilizó Angelos–. Anoche no estabas como para seducirme.

–De acuerdo. Lo siento –ella sacudió ligeramente la cabeza–. Estoy haciéndolo todo fatal. La verdad es que vine para darte las gracias y explicarte por qué reaccioné así anoche, porque, aunque no te lo creas, las tormentas no me dan miedo.

La expresión de Angelos fue de incredulidad cómica.

–Anoche conseguiste engañarme.

–Lo sé –ella dejó escapar una risa muy poco convincente–. ¿Te creerías que, en realidad, las tormentas me gustaban cuando era pequeña? Me encantaba verlas desde la ventana de mi dormitorio, sobre todo, en verano. Eran… bestiales.

Algo resplandeció fugazmente en los ojos de Angelos, tan fugazmente que ella estuvo a punto de no verlo. Notó algo en las entrañas y se obligó a sí misma a seguir, a pasar por alto el deseo que ese hombre despertaba tan fácilmente en ella, solo por decir una palabra; «bestial». ¿Qué pasaría y cómo sería si Angelos se librara de ese dominio de sí mismo tan estricto? Vio en la cabeza unas imágenes ambiguas de miembros entrelazados, bocas que se besaban, manos que acariciaban… Las borró de la cabeza y miró a Angelos a los ojos.

–No me asusta la tormenta en sí –le explicó ella–, me asusta lo que recuerdo por ella.

Angelos se quedó quieto con las manos encima de la mesa.

–No hace falta que me lo cuentes si no…

–Lo sé, pero después de lo que hiciste, de cómo me ayudaste, te mereces saberlo.

Además, Talia se dio cuenta de que quería contárselo aunque había intentado que nadie supiera ese episodio atroz. Su abuelo también se lo había ocultado a la prensa, los dos habían fingido que no había sucedido porque era más fácil. Ella quería que alguien lo supiera, alguien que, asombrosamente, podría entenderlo un poco. Tomó aliento, dejó que el aire le llenara los pulmones y reunió valor.

–Me secuestraron cuando tenía dieciocho años.

Angelos abrió la boca, pero no le salió ni una palabra.

–Te secuestraron… –repitió él por fin con la voz ronca y un tono de espanto.

–Estaba viajando por Europa después de haberme graduado en el instituto. Tenía que haber sido un verano apasionante, lleno de aventuras y conociendo el mundo. Iba con un par de amigas, pero tomábamos precauciones y no hacíamos tonterías…

Incluso en ese momento, sentía la necesidad de justificarse, de explicar que no había sido culpa suya porque se había atormentado durante años pensando qué habría pasado si hubiese hecho otra cosa. ¿Qué habría pasado si hubiese tenido más cuidado? ¿Qué habría pasado si hubiese viajado con más gente? ¿Qué habría pasado si hubiese hecho algo para que no sucediese el desastre?

Angelos se había repuesto y la miraba con esa mirada implacable que ella ya conocía.

–¿Qué pasó exactamente?

–Estábamos en París, en la Ciudad del Amor –ella dejó escapar una risa sarcástica y sacudió la cabeza–. Estábamos justo delante de la torre Eiffel. Debería haber sido el sitio más seguro del mundo. Mi amiga Ana había ido a comprar los billetes para subir a la torre y yo estaba sacando una foto –notó una opresión en el pecho a medida que la asaltaban unos recuerdos que había mantenido bajo siete llaves–. Me llevé la cámara a la cara y estaba mirando por el objetivo cuando…

Se calló y cerró los ojos. Aquel momento, cuando su mundo dio un vuelco y se hizo añicos. Había bastado un segundo para pasar de la despreocupación absoluta al espanto absoluto.

–Talia… No hace falta que…

–Sí, quiero contarlo –insistió ella–. Nunca hablo de esto, pero ahora… después de lo que hiciste…

–No fue para tanto.

–Sí, lo fue, Angelos –vio algo extraño en el rostro de Angelos y se dio cuenta de que no le había dado permiso para que lo llamara por el nombre de pila–. Lo siento, no sé…

–¿No sabes?

–Si puedo llamarte Angelos.

Angelos se rio con incredulidad.

–Talia, después de lo que ha pasado, creo que puedes llamarme Angelos, que, en realidad, lo raro sería que no lo hicieras.

«Después de lo que ha pasado». Unas palabras que le recordaban que la había abrazado con delicadeza, lo sólido que era su pecho bajo su mejilla, que había querido quedarse ahí para siempre, entre sus brazos, protegida y segura.

Angelos se levantó, rodeó la mesa y la llevó a dos butacas de cuero que había delante de la chimenea. Ella se sentó en una, con las piernas temblorosas, y él en la otra.

–Entonces, sucedió delante de la torre Eiffel –le recordó él en voz baja y firme.

–Me agarraron muy deprisa, ni siquiera vi…

Talia trago saliva al acordarse de lo brutal, despiadado y eficiente que había sido aquel hombre que la había estrechado con fuerza contra él y se había inclinado sobre ella como si estuviese susurrándole algo al oído, como si fuesen dos enamorados. La verdad era que le había puesto un trapo empañado en cloroformo en la boca y la nariz y que ella había quedado inconsciente en cuestión de segundos. Hizo un esfuerzo para mirar a los ojos a Angelos y siguió.

–Me drogaron. Cuando desperté, estaba en una especie de cabaña que solo tenía un suelo de tierra y un techo de hojalata, no podía casi ponerme de pie… y estaba oscuro –Talia se estremeció–.

No tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que iban a hacerme.

Angelos estaba pálido y tenía los ojos como ascuas.

–Tuvo que ser absolutamente aterrador.

–Lo fue –ella apretó los labios por los recuerdos–. Un hombre me llevaba agua y comida, pero no me hablaba. Al cabo de un tiempo, empecé a sentirme aburrida. Puede parecer absurdo, pero quería que pasara algo –ella sacudió la cabeza–. Era muy ingenua.

Se quedó en silencio y recordó aquellos días y semanas interminables que pasó sentada en aquella cabaña inmunda, sucia, agotada y emocionalmente deshecha, queriendo casi que todo acabara para siempre. Supo lo que era el abatimiento y la desesperanza.

–¿Qué pasó entonces, Talia?

Ella levantó los ojos y miró a Angelos.

–Una noche hubo una tormenta, una tormenta espantosa, peor que la que pasamos aquí. Creo que un rayo cayó cerca porque oí un chasquido terrible y que algo se derrumbaba, supongo que un árbol. Tenía miedo de que me dejaran allí y que se salvaran ellos, o de que hubiesen muerto y nadie pudiera encontrarme.

Se había ensangrentado los puños de tanto golpear la puerta, un gesto inútil, aunque intuitivo, para pedir que la dejaran libre.

–Pero no lo hicieron –siguió él en voz baja cuando ella se calló otra vez.

–No. La puerta se abrió en plena tormenta y entraron varios hombres, algunos que no había visto antes. No podía ver sus caras y me arrastraron afuera. No sabía lo que iba a pasar. Uno de ellos tenía un cuchillo –Talia tomó aire entrecortadamente y Angelos murmuró un improperio–. No me hicieron nada. Me pusieron el cuchillo en el cuello, pero solo fue para hacer una foto y pedir un rescate, aunque yo no lo sabía en ese momento. No podía pensar en nada, no podía casi levantarme –ella intentó sonreír, pero era como si los músculos de la cara no le funcionaran–. Me hicieron la foto, me zarandearon y me metieron en la cabaña otra vez.

–No puedo imaginármelo, Talia.

Angelos estaba agarrando el brazo de la butaca con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

–Sin embargo, no eran tan listos como se creían –Talia intentó decirlo en un tono más desenfadado, pero no lo consiguió–. Mandaron la foto a mi abuelo y él empleó todos sus recursos para localizarme según lo que se veía en la foto. Veinticuatro horas después de que mandaran la foto, un helicóptero de las fuerzas especiales aterrizó para rescatarme.

–Un helicóptero –repitió Angelos–. ¿Por eso te dan miedo los helicópteros?

–Algo así. El sonido me recuerda a eso y el rescate fue… complicado.

Recordaba los gritos, el ruido de los disparos, el desconocido que la agarró del brazo con tanta fuerza que casi se lo dislocó y que la llevó hasta el helicóptero. En aquel momento, no sabía si ese hombre era amigo o enemigo, si estaba camino de la libertad o de la muerte. Se derrumbó dentro del helicóptero y vio cómo disparaban y mataban a un hombre delante de ella. El terror helador se había convertido en un alivio que la entumecía y las dos sensaciones eran abrumadoras.

–Sin embargo –siguió ella–, cualquier espacio cerrado y pequeño me da miedo por haber estado en aquella cabaña. He probado varias terapias, pero ninguna ha dado resultado –Talia esbozó media sonrisa–. Aunque me imagino que la claustrofobia y el miedo a las tormentas es un precio bajo por la libertad.

Angelos sacudió la cabeza agarrando todavía los brazos de la butaca.

–No sé cómo sobreviviste a algo así.

–¿Cómo sobrevive alguien? Además, «sobrevivir» es la palabra correcta porque algunas veces eso es lo que me parece que hago.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando fui a Atenas, era la primera vez que montaba en un avión en siete años, la primera vez que usaba un medio de transporte público o salía de mi zona de seguridad. Después del secuestro, abandoné la universidad y me retiré a la finca de mi abuelo. No podía tratar con la gente y estar en un espacio pequeño, aunque fuese una clase, me daba pánico. Mi abuelo fue comprensivo y me permitió que me recluyera. Creó que pensaba que volvería a salir, pero no lo hice.

Los ojos de Angelos se nublaron por el desconcierto y sacudió la cabeza.

–Sin embargo, has tenido que hacerlo, dijiste que eres artista.

–Tengo un estudio allí y los clientes acuden a mí. No salgo casi nunca. No soporto las multitudes, las ciudades y los espacios pequeños. Eso hace que algunas veces me sienta muy limitada, pero he sido feliz. Al menos, creí que era feliz.

Sin embargo, en ese momento, cuando había vislumbrado lo que podía ser la vida de verdad, sentir emoción, alegría y deseo, sabía que no lo había sido. Quizá se hubiese conformado, pero nada más. Había vivido una vida a medias sin darse cuenta, diciéndose que era suficiente.

–Sin embargo, fuiste a Atenas –replicó Angelos–. Lo intentaste y eso es importante, Talia.

–Sí…

Pero él no sabía por qué lo había intentado. Ella sabía que Angelos daba por supuesto que había ido a Grecia solo para salir de su confinamiento. Ese podía ser el momento perfecto para hablarle del libro, del motivo verdadero para que estuviera allí. Sin embargo, se quedó en silencio. Quizá fuese valiente por haber ido hasta allí, pero, en muchos sentidos, seguía siendo una cobarde porque no quería correr el riesgo de que Angelos se enfadara al saber el verdadero motivo, al sentirse engañado. No quería abandonar Kallos o a Sofia, no quería abandonarle a él. Se puso de pie al darse cuenta de lo mucho que estaba empezando a importarle ese hombre.

–Debería irme. Sofia estará a punto de terminar la clase y hoy vamos a dibujar al aire libre.

Angelos también se levantó y le tomó la mano. El contacto de los dedos de él en los de ella fue infinitamente delicado y le despertó una llama de deseo en las entrañas.

–Gracias por contarme todo eso.

–Gracias a ti por consolarme anoche.

Entonces, como no se fiaba de sí misma y temía arrojarse en brazos de Angelos como había hecho la noche anterior, se soltó la mano y salió apresuradamente del despacho.

Capítulo 10

SI tenía en cuenta todo lo que había confesado y todo lo que había pasado, ella suponía que se sentiría abochornada y en carne viva. Sin embargo, sentada en la playa con Sofia, con blocs de dibujo en las rodillas, no sentía que la humillación la atenazara por dentro por todo lo que había contado, se sentía… libre, con una paz que no había esperado. No había hablado del secuestro con nadie. Sabía que Giovanni se culpaba a sí mismo de todo porque la habían secuestrado por el dinero, porque sabían que era su heredera. Sin embargo, Giovanni la había rescatado, él, mediante la foto que le habían mandado los secuestradores, había conseguido las fotos de los satélites para identificar el sitio donde la tenían escondida. Ella nunca había culpado a Giovanni, él había sido su rescatador y ella había respetado su deseo de olvidar todo el episodio… o, al menos, de actuar como si lo hubiese olvidado, y sus hermanos habían hecho lo mismo.

Sin embargo, para sus adentros, o no tan adentros si se tenían en cuentas las fobias y el aislamiento, el secuestro la había atormentado con su atroz recuerdo. Había tenido pesadillas durante años que la habían dejado temblando y la cosa más nimia podía alterarla; el sonido de un cerrojo o el chasquido de una puerta. Había intentado algunas terapias, pero hablar con un desconocido solo había conseguido que se sintiera más en carne viva. Había aprendido a evitar los desencadenantes, había leído sobre el estrés postraumático y lo había mantenido todo enterrado.

Hasta que apareció Angelos. Era increíble lo gratificante que había sido que él le dijera que tenía que haber sido aterrador, que la entendiera sin sentir lástima ni juzgarla. Le gustaría hacer algo, ayudarlo de alguna manera, porque sabía que Angelos tenía sus propios recuerdos sombríos, sus secretos guardados bajo siete llaves. Sin embargo, y a pesar del consuelo que él le había dado la noche anterior, sabía que todavía no tenían el tipo de relación que permitiría esa conversación.

–¡Hola!

Talia se quedó rígida por la sorpresa y por el placer de ver que Angelos se acercaba por la playa. A Sofia se le iluminó el rostro cuando él se quedó delante de ellas con el pelo despeinado por la brisa del mar.

–¿Qué tal los dibujos?

Talia le dio un codazo a Sofia para que le enseñara el dibujo a su padre. Le entregó tímidamente el papel y Angelos lo tomó y lo miró con detenimiento. Ella no entendía lo que decían en griego, pero sí

se deleitó con la sonrisa de él. Le encantaba que estuviera intentando algo más con Sofia, y que estuviera consiguiéndolo. Hablaron un rato en griego, hasta que Angelos se dirigió a ella.

–Dentro de unos días será el cumpleaños de Sofia…

–¿De verdad? –preguntó ella sorprendida y señalando a Sofia con un dedo–. Deberías habérmelo dicho.

–Podríamos hacer algo para celebrarlo –comentó Angelos.

Talia sintió como si el corazón fuese un globo que se le hinchaba lleno de esperanza. Parecía que lo decía como si fuesen una familia.

–Claro, tenemos que celebrarlo –ella se dirigió a Sofia–. ¿Qué te apetece que hagamos?

Sofia habló tímidamente en griego con su padre. Angelos escuchó y el globo de Talia empezó a desinflarse. ¿Por qué tenía que parecer tan malhumorado? Habló en tono tajante y ella, abatida, observó que Sofia asentía con la cabeza y que se le apagaba el brillo de los ojos. Además, inclinó la cabeza para que el pelo le tapara la cicatriz de la mejilla, un gesto que ella había llegado a asociar con la falta de confianza de Sofia, y un gesto que, felizmente, no había hecho desde hacía algún tiempo.

–¿Qué pasa? –intervino ella–. Estoy segura de que podremos hacer lo que quiera Sofia…

Sofia no era el tipo de niña que pediría algo impensable.

–Quiere ir a navegar –contestó Angelos en tono seco–. Quiere ir a Naxos y le he dicho que no es posible.

–¿Por qué?

–Porque quiere ir contigo y no creo que quieras meterte en un barco pequeño para encontrarte en medio del mar.

–Ah…

Talia se quedó boquiabierta. Estaba pensando en ella y en su miedo a estar encerrada. Estaba tan sorprendida y conmovida que tardó un momento en reponerse.

–Creo que navegar puede ser muy divertido –le dijo a Sofia.

–Talia –Angelos fue imperativo–, no hace falta que…

–Pero quiero –le interrumpió ella sin alterarse–. Es el cumpleaños de Sofia y, si ella quiere celebrarlo así, yo también –y no pensaría cuánto tiempo pasaría en un barco pequeño–. Además, no es tan malo como un helicóptero –añadió con más convencimiento del que sentía–. Está abierto por los lados y estaremos en el mar, no pasará nada.

–No me gusta –insistió Angelos, que seguía teniendo el ceño fruncido.

Talia vio que la sonrisa esperanzada de Sofia volvía a desvanecerse.

–No pasará nada –repitió ella.

Seguía repitiéndoselo tres días más tarde, mientras Sofia y ella estaban en la playa esperando a que Angelos preparara el barco de vela. Era un barco muy pequeño en el que casi no cabían los tres sentados. Los nervios le atenazaron las entrañas y tuvo que hacer un esfuerzo para no apretar los puños. Podía hacerlo. No era como si la comprimieran cuatro paredes, no había ningún motivo para que se sintiera atrapada. Salvo que sí estaría atrapada cuando estuviera en el mar. Además, Angelos le había dicho que tardarían una hora en llegar a Naxos y le parecía un tiempo increíblemente largo.

–¿Preparado, papá?

Sofia estaba saltando de emoción y verla tan feliz bastaba para que Talia perdiera el miedo por un momento. Habían empezado el día con un desayuno especial de cumpleaños y Sofia había abierto los regalos de todos. Ella no había sabido qué regalarle porque no había salido de Kallos desde hacía dos semanas y, naturalmente, no había llevado nada adecuado como regalo. Al final, le había pintado un cuadro de la villa y la playa que recordaba al que había dibujado Sofia cuando estaban en Atenas. A la niña le había encantado y ella le había prometido que buscarían un marco cuando fueran a Naxos.

–Sí, creo que ya está todo listo –contestó Angelos.

Estaba increíble con un bañador y una camiseta que se le pegaba al musculoso pecho por el viento. Durante los últimos días, había aparecido en cuanto Sofia terminaba las clases y había pasado bastante tiempo con ellas. Al principio, se había limitado a observar y sonreír mientras jugaban o dibujaban, pero durante los dos últimos días había empezado a acompañarlas ante la amable insistencia de ella. El corazón se le encogía con una alegría agridulce al ver lo torpe y sinceramente que lo intentaba con su hija, lo mucho que le costaba esa relación tan sencilla, aunque, aun así, lo intentaba. Eso era importante, como le había dicho él.

En ese momento, le tendía la mano a Sofia y la ayudaba a montarse en el barco. Una vez sentada, se giró hacia Talia, quien seguía plantada en la orilla sin poder dejar de mirar nerviosamente el barco. Él también le tendió la mano, pero frunció el ceño.

–¿Te pasa algo?

–No… –contestó ella intentando sonreír–. Es que… es un barco un poco pequeño. Creí que tendrías un yate o algo así.

–Tengo un yate, pero está atracado en El Pireo. Sofia prefiere el barco de vela.

–Ya…

Claro que tenía un yate. Por muy humildes que hubiesen sido sus inicios, Angelos era millonario, irradiaba poder por todos los poros, un poder masculino. Durante los últimos días, ella había intentado disimular la atracción que sentía hacia él, pero algunas

veces se sentía dominada por el deseo, por la necesidad de tocarlo, de sentir otra vez los latidos de su corazón en la mejilla, de saborear sus labios… Por la noche, tumbada en la cama, se quedaba inquieta y asombrada por todos los deseos nuevos que ese hombre había despertado en ella. No había sentido eso por nadie, ni siquiera había sabido que existiesen unos sentimientos tan fuertes. Además, que ella supiera, Angelos parecía completamente imperturbable.

–Talia…

Ella tomó una bocanada de aire y su mano. Se le aceleró el pulso solo de sentir sus dedos e intentó disimular que se le había entrecortado la respiración, pero no pudo evitar sonrojarse. Angelos quizá lo atribuyera al sol o quizá supiera que ella lo encontraba irresistible y estaba pasándolo por alto por cortesía. La sentó al lado de la caña del timón con un brazo alrededor de sus hombros, lo cual, empeoró y mejoró maravillosamente las cosas. Le encantaba que la tocara, pero le gustaría que la tocara más.

–¿Todo el mundo preparado? –preguntó él mientras ella se ponía el chaleco salvavidas.

–Preparada –contestó ella esbozando una sonrisa radiante.

Angelos empujó un poco y el barco entró en aguas más profundas mientras el viento llenaba las velas. Era como volar. Talia había navegado en un barco de vela cuando era niña, pero no había vuelto a hacerlo desde que la secuestraron. Se arrodilló junto a la caña con la cara levantada al viento y el sol y disfrutó de cómo cortaba el barco el agua resplandeciente. No podía creérselo, pero estaba disfrutando de verdad y le recordaba lo mucho que había disfrutado, lo intrépida que había sido. Había perdido mucho de sí misma hacía siete años y había tenido que ir a Grecia para empezar a encontrarlo otra vez, su abuelo había tenido que empujarla con delicadeza. De no haber sido por Giovanni, nunca habría abandonado la seguridad de su finca. Sintió remordimiento al acordarse de su abuelo. Le había mandado varios correos electrónicos a lo largo de la semana anterior para asegurarle que estaba buscando el libro… y era mentira. No había hecho nada. Aparte de mirar en la biblioteca de la casa, no había querido poner en peligro la frágil felicidad y tranquilidad que había encontrado allí… con Angelos.

¿A quién quería engañar? No tenía nada con él. Angelos era un hombre poderoso, atractivo y mundano. ¿Quién sabía cuántas mujeres tendría en Atenas, o en el mundo? Nunca le interesaría alguien como ella, alguien que tenía miedo de su propia sombra y no tenía ninguna experiencia. Además, al cabo de un mes, no volvería a verlo jamás. No tenía ningún motivo para no preguntarle por el libro de su abuelo.

Angelos se había sentado al lado de ella con una mano en la caña y la otra dándole sombra a los ojos. Sofía estaba al otro lado de la pequeña embarcación y miraba la estela.

–¿Te gusta la poesía? –preguntó Talia de repente y sorprendiéndose a sí misma por lo absurda que era la pregunta.

Angelos, desconcertado, la miró fijamente durante un rato.

–¿De dónde ha salido esa pregunta?

–Solo era curiosidad.

Ella se mordió el labio inferior por la indecisión. No se le ocurría la manera de ser sincera con Angelos y de reconocer por qué estaba allí. Sin embargo, era posible que no se enfadara, que lo entendiera. Aun así, aunque no lo entendiera, sabía que tenía que decir algo, tenía que encontrar la manera de hablar sobre el libro de su abuelo.

–No puedo decir que esté muy versado –contestó Angelos–, aunque sea un juego de palabras muy malo.

–Me lo preguntaba porque mi abuelo mencionó un poeta mediterráneo que le gustaba.

Angelos frunció la frente porque no veía la relación, porque no la había.

–Háblame de tu abuelo, hablas mucho de él.

–¿De verdad? Supongo que es porque él me crio –Talia respiró con alivio al ver que Angelos le había dado una salida airosa–. Se ocupó de criarnos a mí y a mis hermanos cuando mis padres murieron.

–¿Cuántos hermanos tienes?

–Siete –contestó Talia–. Incluido Nate, mi hermano por parte de padre. Cinco hermanos y dos hermanas.

–Son muchos –comentó Angelos–. ¿Estás unida a todos?

–Bastante, de distintas maneras, aunque no veo mucho a Nate –ella frunció el ceño al acordarse de su esquivo hermano por parte de padre, quien siempre se había movido por los márgenes de la familia–. Mi padre tuvo una aventura antes de que yo naciera y Nate fue el resultado –Talia hizo una mueca de disgusto–. Ya sé que eso pone en mal lugar a mis padres. Creo que eran… débiles, pero, aun así, les echo de menos, a la idea de tener unos padres.

–Supongo que es mejor tener unos padres malos que no tenerlos.

–¿Lo crees? No te criaste con unos padres…

–No –Angelos apretó los labios y desvió la mirada hacia el mar–. No lo sé, pero supongo que habría preferido casi a cualquiera que a la casa de acogida, o a ganarme la vida de mala manera en los muelles.

Talia sacudió la cabeza con admiración sincera.

–Es asombroso lo lejos que has llegado.

–Suerte.

Angelos se encogió de hombros para quitarle importancia, como había hecho antes.

–Ha sido más que suerte –insistió Talia–. No hay muchas personas que puedan hacer lo que has hecho tú, Angelos.

La expresión de Angelos se crispó un poco por algo parecido al desasosiego y miró al mar otra vez.

–Es posible –concedió él–, pero he fracasado en otras cosas.

Talia notó como si el corazón se le subiera a la garganta.

–¿Qué quieres decir?

Angelos sacudió la cabeza antes de girarla hacia Sofia.

–Hoy es su día, no vamos a estropearlo hablando del pasado.

Eso la intrigó más todavía, pero Talia sabía que no podía presionar. Miró a Sofia con una sonrisa y se pasaron los minutos siguientes charlando en una mezcla de inglés y griego. De vez en cuando, miraba de reojo a Angelos. Seguía mirando al mar con los ojos entrecerrados y un gesto de desolación en los labios. Ella se preguntó si alguna vez tendría la ocasión de preguntarle a Angelos qué había querido decir con que había fracasado.

No hablaba del pasado y menos de sus fracasos, pero se lo había mencionado a Talia y había estado a punto de contarle el incendio. Se puso tenso y rígido al darse cuenta. No quería revivir aquel día espantoso, el peor día de toda su vida. Había metido esos recuerdos en una caja y había cerrado la tapa, pero, por algún motivo, conocer a Talia estaba levantándola otra vez y eso no le gustaba. ¿Qué tenía esa mujer de ojos verdosos, sonrisa maliciosa y una valentía increíble que lo atrapaba y hacía que quisiera contarle cosas como se las había contado ella a él? Había sido sincera con él y la admiraba profundamente. Sin embargo, él era incapaz de hacerlo.

En cualquier caso, se marcharía al cabo de un mes. Había disfrutado los últimos días y le agradecía que lo hubiese ayudado a reconectar, aunque fuese un poco, con su hija, pero Talia y él no tenían ningún tipo de… relación. Pasadas unas semanas, no volvería a verla.

La miró. Había dejado de charlar con Sofia y estaba con las manos en las rodillas y el viento agitándole los mechones dorados. Estaba increíblemente pálida y, cuando ya era tarde, se dio cuenta de que tenía los puños cerrados y empezaba a temblar. Supo que no deberían haber salido en el barco.

–Talia –él se levantó un poco y le tomó las manos, que estaban heladas–. Talia –repitió él con más firmeza.

Ella parpadeó y lo miró como si no lo hubiese visto.

–Lo siento… –susurró ella.

–No tienes que sentir nada –replicó él soltando un improperio para sus adentros.

–Es que… ya no se ve tierra…

Angelos se sentó al lado de ella y le rodeó los hombros con un brazo. Ella se apoyó en él y cerró los ojos.

–No pasa nada –murmuró él–. No va a pasar nada. Llegaremos sanos y salvos a tierra. Yo te mantendré a salvo.

Las palabras le retumbaron por dentro. Era una promesa que pensaba mantener, pero que le daba miedo que fuese vacía. Al fin y al cabo, ya la había incumplido antes.

Sofia los miró y se quedó casi tan pálida como Talia al ver el aspecto enfermizo de su niñera.

–Talia…

Talia le dirigió una sonrisa débil y vacilante y Sofia le tomó las manos en silencio. Angelos volvió a tomar la caña del timón y los dirigió hacia la costa lo más deprisa que pudo. El barco ganó velocidad y él no dejó de mirar a Talia para cerciorarse de que estaba bien. Estaba pálida, pero levantaba la barbilla con valentía y apretaba la mano de Sofia.

–Estoy bien, Sofia. No te preocupes, por favor.

Algo le oprimió el pecho al darse cuenta de que Talia podía consolar a su hija, de que la quería tanto como para consolarla, incluso en medio de tanto sufrimiento. Se dio la vuelta rápidamente porque no se fiaba de la expresión de su cara y se dirigió hacia Naxos.

Capítulo 11

ANGELOS saltó en cuanto el barco llegó al embarcadero, lo amarró y extendió los brazos hacia Talia. Ella se dejó caer, porque las piernas no le sujetaban, y el calor le abrasó las mejillas que había tenido pálidas mientras el pánico daba paso a un bochorno espantoso.

–Pensaras… –farfulló ella mientras se apartaba de él.

–Pienso que eres muy valiente por haberte montado en este barco por mi hija –murmuró Angelos con las manos todavía en sus hombros–. Gracias –añadió antes de soltarla para ayudar a Sofia.

Sus palabras le dieron vueltas en la cabeza mientras se instalaban en la playa que había cerca del puerto. «Pienso que eres muy valiente». ¿Angelos lo pensaba de verdad? Ella no se sentía nada valiente, se sentía la peor de las miedosas que era incapaz de pasar una hora en un barco.

Había aceptado sus limitaciones durante tanto tiempo que habían dejado de importarle. Al menos, eso había creído. Sin embargo, en ese momento, cuando estaba conociendo más de la vida gracias a Sofia y Angelos, estaba dándose cuenta de lo poco que había tenido durante esos últimos siete años… y de lo mucho que quería todavía.

Pasaron la mañana en la playa y luego fueron andando a Chora para comer algo. Mientras se acercaban a los pequeños restaurantes con toldos de rayas y mesas en la calle Talia vio que Sofia iba encogiéndose, que dejaba caer el pelo por delante de la cara, que se le hundían los hombros y que parecía como si quisiera esconderse. Durante las casi dos semanas que llevaba en Kallos, se había acostumbrado a sus preciosos ojos, a su sonrisa resplandeciente y a la mejilla enrojecida y magullada. Había dejado de fijarse en ella y Sofia había estado mucho menos cohibida, pero, en ese momento, veía que recuperaba la timidez y la inseguridad, y que Angelos también lo veía. Se había formado un surco muy profundo entre sus cejas cuando su hija escondió la cara detrás de un telón de pelo oscuro y rizado.

–¿Adónde vamos? –preguntó Talia con desenfado.

Por Sofia, estaba dispuesta a que ese día no se echara a perder y a que fuese especial y feliz. Una niña no cumplía nueve años todos los días. En un griego chapucero, le preguntó a Sofía dónde quería comer.

–Allí.

Sofia señaló un restaurante que estaba al final de la calle y fueron hacia allí.

–Has aprendido algo de griego –comentó Angelos mientras se sentaban en una de las mesas que había en la calle.

–Ava ha estado enseñándome. Le pedí a Maria que te preguntara…

–Sí, lo recuerdo. Contesté que sí y me alegro de que hayas hecho el esfuerzo.

Angelos sonrió, y ella estuvo a punto de derretirse. Más aún, mientras pedían la comida y charlaban en una mezcla de inglés y griego, empezó a soñar despierta que eran una familia, que Angelos la amaba. Estuvo a punto de derramar la bebida por el respingo que dio al darse cuenta de la fantasía que había tenido. La sonrisa de Angelos se esfumó cuando vio que se había quedado pálida y boquiabierta.

–¿Te pasa algo? –le preguntó él en voz baja–. ¿Todo esto es excesivo para ti?

–No pasa nada –contestó ella con una sonrisa vacilante.

En realidad, no pasaba nada. Ella, que evitaba las multitudes y las ciudades, estaba en un restaurante como una persona normal y estaba disfrutando. Había estado preocupada por Sofia hasta que la fantasía sobre Angelos le había desmantelado todo el proceso mental. ¿De verdad quería que la amara? ¿Lo amaba ella?

–Talia.

Angelos, evidentemente preocupado, la miró con el ceño fruncido.

–No pasa nada –ella puso la mano sobre la de él y volvió a retirarla cuando sintió la descarga eléctrica–. Estoy bien, de verdad.

Sin embargo, siguió dándole vueltas a la cabeza mientras comían y paseaban por el mercado callejero. El amor era un concepto muy elevado y no tenía mucha experiencia al respecto, al menos, sobre el amor… romántico.

Además, no podía estar enamorada de Angelos, no lo conocía casi, solo habían pasado una semana juntos y una noche de consuelo… Distraídamente, miró una tela de seda verde con hilos dorados que había en un puesto del mercado. Angelos se acercó tanto que pudo notar el calor de su cuerpo y oler el aroma de su loción para después del afeitado. Tuvo que cerrar los ojos por la oleada de deseo que se adueñó de ella.

–Estarías muy guapa con eso –comentó él señalando la tela.

A ella se le aceleró el corazón alarmantemente.

–Bueno, no sé…

Sentía la necesidad disparatada y casi irresistible de apoyarse en él, de que la rodeara con uno de sus brazos. ¿Qué estaba pasándole?

–Podría comprar un poco para hacer un vestido.

Él se dirigió en griego a la tendera, quien estaba encantada de

atenderlo.

–No necesito un vestido…

–Llevas el único que trajiste –le recordó Angelos–. Además, es posible que vayas a un sitio especial, es posible que todos vayamos –señaló otra tela rosa–. Esa para Sofia.

Volvió a dirigirse en griego a la tendera y ella, impulsivamente, le puso una mano en el brazo.

–Gracias.

Angelos la miró con un gesto de quitarse importancia.

–Solo es un trozo de seda.

–No me refiero a eso. Me refiero a cómo estás con Sofia –Talia señaló con la cabeza a Sofia, quien estaba mirando unas muñecas de trapo–. Está muy contenta de pasar este rato contigo. Sé que significa mucho para ella.

Angelos se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

–No es gran cosa.

–Aun así…

–Debería darte las gracias a ti por haber hecho que me diera cuenta de que quería pasar un rato conmigo.

–¿Por qué ibas a creer que no quería?

Angelos volvió a mirarla con el ceño muy fruncido y los ojos sombríos.

–Porque la defraudé espantosamente. No he sido el padre que ella quiere o necesita.

–Lo eres, Angelos, eres su padre independientemente de lo que pasara antes…

Él negó vehementemente con la cabeza mientras daba unos euros a la tendera y se llevaba la tela envuelta en un papel.

–No vamos a hablar de eso.

Talia lo miró acercarse a Sofia y enseñarle la tela que le había comprado. La sonrisa tímida de ella le iluminó toda la cara e hizo que a Talia se le encogiera el corazón. ¿Por qué pensaba Angelos que no era un buen padre? ¿Porque no había hecho caso a su hija durante tanto tiempo? Quería saber las respuestas, pero no creía que fuese a dárselas él.

A media tarde, todos sentían cierto sopor bastante agradable. Angelos tocó la nariz de Talia con la punta del dedo mientras volvían al barco.

–Te has quemado un poco.

–Quieres decir que tengo más pecas –replicó ella con una mueca de disgusto fingida.

–Me gustan tus pecas.

Ella se quedó boquiabierta y él se giró hacia Sofia para decirle algo. ¿Le gustaban sus pecas? ¿Se había vuelto loca por pensar que

podía gustarle a Angelos? No tenía ninguna experiencia con el coqueteo, los idilios o el amor. Sin embargo, ese comentario había conseguido que burbujeara por dentro como si se hubiese bebido una botella de champán.

–¿Crees que podrás volver tranquilamente? –le preguntó él en voz baja mientras ayudaba a Sofia a subir al barco.

–Creo que sí.

Ella le sonrió e intentó no devorarlo con la mirada mientras las burbujas estallaban. A él también le había dado un poco el sol y tenía la piel más bronceada. El contraste con el marrón dorado de los ojos la dejó sin respiración.

–En realidad –siguió ella–, estoy asombrada de lo tranquilo que ha sido el día. Hacía años que no me paseaba por una ciudad llena de gente.

–¿Desde…? –le preguntó él con una mirada sombría.

–Sí. No podía soportar las multitudes, pero hoy no me ha importado.

Porque estaba con él. Porque él había hecho que se sintiera protegida y segura. Sin embargo, se tragó las palabras y sonrió.

–Gracias –añadió ella.

–Yo no he hecho nada para…

–Sí lo has hecho –replicó ella olvidándose de la cautela–. Esa noche, cuando me abrazaste, fue la primera vez que me sentía protegida y segura desde hacía siete años. Me dio una seguridad, Angelos, que creí que no volvería a tener nunca. Claro que has hecho algo y te lo agradezco.

No se atrevió a mirarlo por miedo a que pudiera revelar demasiado, se montó en el barco por sus medios y se sentó al lado de Sofia con las mejillas sonrojadas.

La luna se elevó sobre el mar Egeo mientras el barco surcaba las plácidas aguas oscuras y la brisa les acariciaba la piel quemada por el sol. Talia rodeó los hombros de Sofia con un brazo cuando la niña se durmió apoyada en ella. Angelos se sentó con una mano en la caña del timón y señaló a su hija con la cabeza.

–Ha sido un gran día para ella.

–Ha sido un gran día para todos.

–Sí –él hizo una pausa, pero ella no podía verle bien la cara en la oscuridad–. Estoy orgulloso de ti, Talia, por haber hecho frente a tus miedos. No todo el mundo tiene el valor de hacerlo.

–Como he dicho antes, tú me has ayudado –ella se alegró de que la oscuridad le ocultara el rubor–. La verdad es que no tenía pensado hacerles frente. Al estar aquí y ver a Sofia…

Ella no siguió por miedo a que pudiera ser un asunto demasiado sensible para Angelos.

–¿Qué pasa con Sofia?

–Me recuerda a mí –contestó ella en voz baja–. He estado así mucho tiempo por dentro, me escondía, me daba vergüenza quién era.

Notó que Angelos se ponía rígido aunque estaba a varios metros de distancia. Emanaba una tristeza que parecía tensar el aire.

–¿Crees que Sofia está avergonzada de sí misma? –preguntó él en voz baja y en tono dolido–. ¿De… De su cicatriz?

–Desde luego, la cohíbe –Talia no se atrevió a añadir que, sobre todo, cuando él estaba cerca–. ¿No te has dado cuenta de que esconde la cara con el pelo?

–Claro que me he dado cuenta –Angelos apretó los labios y miró hacia otro lado–, pero no tiene ningún motivo para avergonzarse. Es una niña preciosa por dentro y por fuera.

–Es posible que debieras decírselo. Creo que le gustaría oírlo.

–Se lo digo –ella se preguntó si se lo escribiría en las cartas–. Vamos a dejar este asunto –añadió él en tono tajante.

Nadie dijo nada más y Kallos apareció en el horizonte con la villa bañada por la luz de la luna. Angelos atracó el barco y tomó a Sofia en brazos. Ella, dormida, se acurrucó contra su padre y apoyó en su pecho la mejilla. A Talia se le formó un nudo en la garganta. Ese hombre podía dar mucho amor y, sin embargo, parecía dispuesto a guardarlo encerrado. ¿Sería una esperanza pensar eso, pensar que podía enamorarse de ella? Ella estaba enamorándose de él aunque fuese un disparate. No tenía experiencia, pero hasta ella podía reconocer el anhelo en el corazón, la esperanza en el alma y la necesidad que le dominaba el cuerpo. Todo ello era abrumador e innegable. Siguió a Angelos en silencio, cruzaron la playa y subieron a la villa.

Maria ya se había acostado y la casa estaba silenciosa y oscura. Angelos subió a acostar a Sofia y ella lo siguió sin decir nada, sin ganas de acabar lo que había sido un día maravilloso. Se preguntaba si habría presionado demasiado a Angelos y al día siguiente volvería a cubrirse con el caparazón de brusquedad y seriedad, si volvería a no hacerles caso a Sofia y a ella. Le espantaba la idea.

Suspiró y se dio la vuelta para dirigirse a su dormitorio, pero se quedó parada cuando oyó la voz de Angelos.

–Gracias, Talia.

–¿Por qué?

Se dio la vuelta otra vez con el corazón acelerado y lo vio en el pasillo oscuro. La luz de la luna entraba por las ventanas y le daba un tono plateado a su pelo. No podía ver la expresión de su cara, pero percibía la sinceridad.

–Por haber conseguido que este día fuese posible, por haber hecho que me diera cuenta de que era necesario. He captado tu mensaje. Sofia me necesita aunque yo…

–¿Aunque tú?

–Aunque no sea el padre que quiero ser, el padre que debería ser.

Se acercó tanto a ella que podría tocarlo solo con alargar la mano. Sus dedos anhelaban hacerlo, anhelaban sentir la solidez pétrea de su cuerpo y consolarlo tanto como consolarse a sí misma.

–Ya lo has dicho antes, Angelos, y no lo entiendo. Tampoco sé si lo creo. Sé que quieres a Sofia, ¿por qué no vas a ser el padre que quieres ser, el padre que necesita Sofia?

–Han pasado demasiadas cosas –murmuró él–. Cosas que no pueden perdonarse.

–Todo puede perdonarse.

–¿Lo crees de verdad? –preguntó él en un tono más cortante–. ¿Puedes perdonar a los hombres que te secuestraron?

Ella parpadeó asombrada.

–¿Cómo puedes compararte con esos desalmados?

–No me conoces, Talia. No sabes lo que he…

–Te conozco –le interrumpió ella con la voz ronca por la convicción–. Te he visto durante los últimos días, Angelos, te conozco. Sé que quieres a Sofia, sé que puedes ser el padre que ella necesita, el hombre que yo…

Se calló bruscamente y se quedó aterrada de lo que había estado a punto de decir. El hombre que ella amaba.

–¿El hombre que tú…?

Angelos se acercó un paso más con una mirada ardiente.

–El hombre que yo… que yo he llegado a conocer. Angelos, he llegado a conocerte durante estos días y… y me gusta el hombre que he conocido.

Era mucho más, pero ya había reconocido más de lo que debería.

–Talia…

Entonces, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, la agarró de los hombros, la estrechó contra sí y la besó. Hacía diez años que no la besaban y aquello había sido un besuqueo de colegiales. Jamás la habían besado así, jamás había sentido que cada terminación nerviosa le vibraba con una intensidad casi dolorosa mientras Angelos la estrechaba contra sí con su boca en la de ella. Su cuerpo era granítico y cada punto de contacto despertaba un anhelo delicioso y casi insoportable. Introdujo los dedos entre su pelo para acomodar la boca a la de él. Besaba con torpeza e inexperiencia, no sabía qué hacer con los

labios o la lengua, solo sabía que quería más. Notó que le tomaba un pecho con la mano, notó la calidez de su palma a través de la fina tela del vestido y dejó escapar un gemido de sorpresa y placer. Ese ligero sonido de placer fue suficiente para sacar a Angelos del deslumbramiento producido por la pasión y apartó la mano y la boca con un movimiento brusco e inesperado.

–Lo… siento –susurró él con la voz entrecortada mientras se separaba.

–No… –ella se llevó una mano temblorosa a los labios mientras intentaba enfocar la mirada–. No lo sientas, ha sido maravilloso.

–No debería…

–¿Por qué?

Sentía la necesidad apremiante de volver a sentirlo y paladearlo y, lo que era más importante, de que él no se distanciara de ella, ni física ni emocionalmente. Angelos no contestó y ella insistió.

–¿Por qué, Angelos?

–Porque eres mi empleada y estaba aprovechándome de ti. No era apropiado…

–No me importa lo apropiado –ella sabía que parecía desesperada, pero le daba igual. Lo deseaba, lo necesitaba–. Me importas tú.

El rostro de Angelos reflejó la sorpresa y algo peor. Negó con la cabeza y con un movimiento casi violento.

–No, Talia. No es verdad.

Angelos se dio la vuelta sin darle la posibilidad de que replicara y se fue a su dormitorio.

Talia se quedó en el pasillo oscuro. El cuerpo todavía le palpitaba por el anhelo que le había despertado Angelos. Oyó que la puerta se cerraba con un chasquido inapelable y se dirigió hacia su dormitorio. Se desvistió en la oscuridad y sintió que el anhelo se avivaba dentro de ella. Quería que Angelos la desvistiera, que la acariciara como no la habían acariciado nunca, aunque, en ese momento, sentía como si no pudiera vivir sin esas caricias. Quería sentir su boca en la de ella, sus manos en su piel…

Sin embargo, era evidente que él no sentía lo mismo y se había humillado a sí misma al casi suplicarle que siguiera besándola y al decirle que él le importaba. Se hizo un ovillo en la cama con las piernas contra el pecho e intentó quedarse dormida. Tardó lo que le pareció una eternidad en acabar conciliando un sueño intranquilo y se despertó por la luz que entraba entre las contraventanas y por al ruido de un helicóptero que se alejaba.

Capítulo 12

ANGELOS se dejó caer sobre el respaldo del asiento del helicóptero y cerró los ojos para intentar dejar a un lado los recuerdos de la noche anterior, de Talia estrechándose contra su cuerpo con la boca abierta bajo la de él como la más delicada de las flores. Era mejor así. Tenía que serlo.

–Señor…

La voz del piloto se abrió paso entre sus pensamientos y parpadeó por la luz de la mañana de verano.

–Sí, Theo…

Theo señaló el asfalto del helipuerto y elevó la voz por encima del ruido del rotor.

–Hay una mujer…

Angelos se inclinó hacia delante y se quedó rígido por la sorpresa de ver a Talia que se dirigía hacia el helicóptero con una camiseta enorme, unos pantalones cortos y un gesto de furia en la cara.

–Apaga el motor.

No quería que Talia resultase herida. El viento que producía la hélice le arremolinaba los mechones dorados alrededor de la cara y le pegaba la camiseta al cuerpo, lo que permitía que viera el contorno esbelto y perfecto de su cuerpo, y el piloto también. Sintió unos celos tan primitivos e incontenibles que le habrían sorprendido si hubiese tenido la sangre fría de pensar en eso. Se bajó de un salto del helicóptero y llegó hasta ella con dos zancadas enormes.

–¿Puede saberse qué estás haciendo?

–¿Puede saberse qué estás haciendo tú? –replicó ella con un brillo de furia en los ojos verdosos y la barbilla muy levantada–. ¿Por qué te escapas?

–Voy a volver a Atenas por trabajo.

–Eres un mentiroso. Un mentiroso y un cobarde.

–Ni se te ocurra insultarme de esa manera, soy tu empleador.

–Como tú mismo me recordaste anoche, sacas eso a relucir cuando te conviene.

–Este no es el sitio para tener esta conversación. Cualquier puede ver que no estás casi vestida.

–¿Cualquiera? –ella arqueó una ceja. Estaba magnífica incluso en pijama–. No es que vea una multitud de mirones.

–Theo, mi piloto –Angelos señaló hacia el helicóptero–. No quiero especialmente que él vea lo que…

Se tragó las palabras. Iba a haber dicho «lo que es mío». Talia no era suya, ni mucho menos, ni lo sería nunca.

–Muy bien. Volveré a la casa si vienes conmigo –ella cruzó los brazos con la barbilla levantada–. ¿Vas a venir?

–De acuerdo.

Una vez en la casa, le dejaría meridianamente claro que no tenían ningún tipo de relación, que ella solo era la niñera de su hija. Estaba claro que la noche anterior le había hecho creer que podía tomarse libertades. Contuvo las ganas de taparla con su chaqueta y se dirigió hacia la villa con Talia detrás.

–Cámbiate y ve luego a mi despacho.

Él no la miró casi mientras entraba en el despacho dando un portazo. Había llegado el momento de volver a poner las cosas en su sitio. La noche anterior había sentido un momento de debilidad y anhelo que no volvería a mostrar.

Cinco minutos después, llamaron a la puerta y Talia entró antes de que él le diera permiso. Llevaba unos pantalones cortos que permitían ver sus piernas largas y doradas y una camiseta claramente insuficiente. Él podía ver los pechos pequeños y respingones que había tocado la noche anterior y, enojado, miró hacia otro lado.

–¿No tienes ropa adecuada?

–Llevo usando esta ropa desde que llegué –Talia lo dijo sin inmutarse, aunque se captaba la tensión y la rabia–. ¿Por qué insistes tanto en mi ropa? No creo que importe…

–Lo que importa –le interrumpió él– son las libertades intolerables que te has tomado como niñera.

–¿Qué?

Ella lo preguntó con tal incredulidad que se quedó boquiabierta con los ojos fuera de las órbitas por la rabia. Él estaba detrás de la mesa con una mano en el respaldo de la silla.

–Dejé muy claro cuando te contraté que te ocuparías de mi hija y…

–¿Estás insinuando que he sido negligente con mis obligaciones? –le preguntó Talia entrecerrando los ojos.

–Estoy diciendo que tu relación con mi hija te ha hecho creer que podías tomarte libertades conmigo…

–¿Yo me he tomado libertades contigo? –preguntó ella con furia–. Corrígeme si me falla la memoria, pero fuiste tú quien me besó anoche.

Angelos notó que le abrasaba la cara y se puso rígido.

–No voy a hablar de eso. En ese caso, fue culpa mía y puedo asegurarte que no volverá a suceder. Habló de su situación en mi familia, señorita Di Sione, y de que cree…

–¿Volvemos a la señorita Di Sione? –le interrumpió ella con una risotada sarcástica–. Te sientes arrinconado, ¿verdad?

–No seas ridícula.

–No creo que lo sea –ella se acercó un paso a él–. ¿De qué se trata todo esto, Angelos? ¿Por qué te marchabas esta mañana?

–Tengo trabajo en Atenas.

–¿Te despediste de Sofia?

–Eso no es de tu incumben…

–Lo es porque soy quien se ocupa de ella. ¿Te despediste?

La pregunta retumbó en la habitación y él miró sin inmutarse a los ojos acusadores.

–Le escribí una carta. Eso es suficiente.

–¿Lo crees de verdad?

–Tú no eres quién para cuestionar lo que hago.

Ella sacudió la cabeza lentamente y con incredulidad.

–Estás asustado.

–¿Asustado? –él la miró con frialdad–. ¿De qué?

Angelos se dio cuenta demasiado tarde de que no debería haber hecho la pregunta. Debería haber cortado esa conversación antes de que hubiese empezado. Talia no tenía derecho…

–Asustado de apegarte a la gente. A Sofia, a mí…

–Un solo beso no significa que estemos… apegados –le comunicó él sabiendo que iba a hacerle daño y que era un mentiroso.

–No hablo del beso –replicó ella sin alterarse.

Estaba sonrojada y los ojos le brillaban por la humillación, pero se mantuvo erguida y mirándolo a los ojos. Angelos no pudo evitar admirarla. Era orgullosa y hermosa, y, a juzgar por todo lo que había soportado, muy fuerte. No era digno de ella, ni muchísimo menos.

–Hablo de la conversación que tuvimos ayer –siguió ella con la voz un poco temblorosa–. De las cosas que me contaste sobre tu infancia y de que crees que no eres un buen padre para Sofia. Te sientes amenazado porque sé todo eso y te arrepientes de habérmelo contado.

Ella tenía toda la razón del mundo y su honor le obligó a reconocerlo.

–Me arrepiento. Jamás debería haber permitido que tengamos esa… conexión.

–¿Por qué?

–Porque no puede pasar nada entre nosotros.

Ella tomó aliento y le aguantó la mirada.

–¿Por qué?

Él la miró fijamente y perplejo por su insistencia.

–Porque… Porque, sencillamente, es imposible.

–¿Tengo que repetirlo? –preguntó ella.

–¿Por qué? –él no disimuló la irritación–. ¿Eres masoquista,

Talia? ¿Quieres que te lo deletree?

–No soy masoquista –contestó ella–, pero sí, dime por qué no puede haber nada entre nosotros. Creo que nos gustamos…

Ella tenía un gesto crispado y miró hacia otro lado, parpadeó y volvió a mirarlo con firmeza.

–Porque no me interesa tener una relación sentimental contigo. Tengo que pensar en mi hija y…

–No creo que a Sofia fuese a importarle…

–Y en mi trabajo. Además, eres estadounidense y te marcharás de aquí dentro de unas semanas. Esta conversación es el colmo de lo absurdo.

Angelos se alejó de ella porque, para su pasmo, estaba tentado de aceptar la descarada oferta de ella. La deseaba. Su libido llevaba siete años como un volcán inactivo y estaba empezando recuperar la actividad y a bullir por dentro. La deseaba con todas sus fuerzas… y lo que era más alarmante, ella le gustaba, le gustaba su sentido del humor y su delicadeza con Sofia, su comprensión, su valor y su amabilidad. Le gustaba tanto que no podía soportar la idea de que supiera que había defraudado de la peor manera posible a las personas que amaba, no podía soportar la idea de que se alejara de él.

–Estás aquí como niñera de Sofia –siguió él en un tono frío y dándole la espalda–. Nada más. Cualquier… ilusión de intimidad entre nosotros solo es eso, una ilusión. Lo mejor sería que olvidaras que ha pasado.

Se hizo un silencio espantoso e interminable. Angelos podía oír la respiración tenue de Talia y le recordaba a la de un animal herido, a la de alguien dolido.

–Muy bien. Aceptaré lo que has dicho. No puedo hacer otra cosa, pero sí te pediré, por Sofia, que no te marches todavía de Kallos. Ayer fue su cumpleaños y, para ella, ese tiempo que pasó contigo es como un tesoro. ¿Te quedarás por ella? Yo me quedaré al margen cuando estéis juntos, pero… –a ella se le quebró la voz y él cerró los ojos al sentir un estremecimiento de dolor–. No te marches todavía, por favor.

Angelos tardó un rato en recomponerse.

–Muy bien –aceptó él en un tono inexpresivo–, pero tengo que volver a Atenas. Aun así, me quedaré unos días por Sofia.

–Gracias.

Él oyó que la puerta se abría y que volvía a cerrarse con suavidad.

Era estúpida. Talia subió despacio y se atrincheró en su

dormitorio mientras se daba cuenta de hasta qué punto se había delatado y humillado. Era espantosamente estúpida por pensar que podía importarle a Angelos, por pedirle que le diera una oportunidad a esa relación inexistente entre ellos cuando era evidente que él no tenía ni interés ni ganas. «Creo que nos gustamos.» ¿Acaso era una colegiala?

Se apoyó en la puerta y fue deslizándose hasta quedarse sentada en el suelo con la cabeza en las manos. Era una estúpida. Perdía la cabeza la primera vez que saboreaba lo que era la vida y el amor. Al menos, ya había aprendido. La próxima vez, si había próxima vez, no rogaría, esperaría a que el hombre le demostrara que quería algo más que un beso, por muy maravilloso que hubiese sido.

Oyó que Sofia bajaba a desayunar y que Angelos salía del despacho para saludarla en voz baja. Al menos, había dicho que se quedaría. Si se marchaba de Kallos dentro de unas semanas y había ayudado a que la relación entre Angelos y su hija se fortaleciera, se sentiría feliz… casi.

El día fue pasando y ella temía y esperaba encontrarse a Angelos por la casa. Se había encerrado en el despacho y, después de comer, ella se llevó a Sofia a darse un baño. Chapotearon un rato en el mar, disfrutaron del sol y bromearon en su extraña y práctica mezcla de inglés y griego.

–Sofia, ¿te gustó ir a Naxos? –le preguntó Talia mientras se secaban al sol.

–*Ne*… –contestó Sofia mirándola con sorpresa.

–¿Te gustaría ir al colegio allí? Vi que había un colegio en Chora. No está lejos en barco y podrías tener amigos, aparte de estas personas mayores y aburridas.

Sofia frunció el ceño mientras intentaba entender lo que había dicho Talia, quien se lo explicó con más claridad.

–Colegio. ¿*Sxoleio* en Chora?

A Sofia se le iluminó el rostro antes de que sacudiera la cabeza y volviera a apagarse.

–Papá *oji*. No.

–¿Papá ha dicho que no?

–Él no… querer.

–Crees que tu padre no quiere que vayas al colegio en Chora.

Sofia se llevó una mano a la cicatriz de la mejilla y se la acarició con los ojos apenados.

–¿Por eso? –exclamó Talia con sorpresa y consternación–. Sofia, no. *Oji*. A tu papá no le importa eso.

Sin embargo, Sofia miró hacia otro lado y sacudió la cabeza.

La conversación le dio vueltas en la cabeza durante el resto del día y, después de una noche en vela, decidió que tenía que hacer frente a Angelos por ese asunto. Sabía que no se tomaría bien su injerencia y, peor aún, le daba miedo que le doliera que Sofia pensara que él quería que se escondiera por su cicatriz. Sin embargo, tenía que darse cuenta de que lo que hacía le afectaba a su hija.

Tardó tres días hasta que encontró un momento para estar a solas con Angelos. Se había ido para pasar la noche fuera de la isla y Maria le había dicho que iba a hacer un viaje rápido a Atenas, una explicación que le había gustado porque había sospechado que estaría fuera semanas.

Cuando volvió, estuvo con Sofia y ella intentó dejarlos solos. Los observó desde la ventana del dormitorio mientras hacían un castillo de arena, una construcción ridículamente complicada que hizo que sonriera aunque sintió cierta pena en el corazón. Ella quería estar en la playa con ellos, quería que Angelos quisiera que estuviera en la playa con ellos, pero sabía que no lo quería.

Por fin, a la mañana siguiente, mientras Sofia estaba en clase, fue al despacho de Angelos. Él la miró con los ojos entrecerrados y los labios apretados cuando entró en su guarida, pero ella intentó que no se le notara el miedo por esa mirada hostil.

–¿Qué pasa? –preguntó él–. Espero que no le pase nada a Sofia.

–Le verdad es que sí le pasa algo –contestó ella mientras cerraba la puerta.

Angelos se puso muy recto.

–¿Qué quieres decir?

–Angelos, hablé con ella hace unos días y me dijo algo que creo que tienes que saber.

–¿Qué?

–Le pregunté si le gustaría ir al colegio en Naxos y…

–¿Que hiciste qué? –bramó él con la fuerza de un trueno–. No tenías derecho…

–Quería saber si ella había pensado alguna vez en ir al colegio –le interrumpió Talia con firmeza–. Se divirtió cuando estuvimos en Naxos y me pareció una pregunta normal…

–Sabes por qué no quiere ir –replicó Angelos en voz baja y rebosante de rabia.

–Yo sí lo sé, pero ¿lo sabes tú?

Él la miró con el ceño fruncido, un brillo de furia en los ojos y los dientes apretados. Era impresionante hasta cuando estaba enfadado y seguía anhelándolo.

–¿Qué quieres decir con esa pregunta?

–Sofia me contó que no quieres que vaya al colegio en Naxos.

–Quiero que esté tranquila y protegida. He visto cómo es cuando estamos en público. Esconde la cara…

–De ti –Talia tomó aliento porque sabía que lo que iba a decir le haría daño y quizá la despidiera–. Creo que piensa que te avergüenzas de ella, Angelos, de su cicatriz.

–¿Qué? –Angelos lo preguntó como si hubiese disparado una bala–. ¿Cómo puedes…? Nunca me he avergonzado, jamás. ¿Por qué iba a pensar algo así? –él sacudió la cabeza con el dolor y la furia reflejados en los ojos–. ¿Por qué lo piensas tú? ¿Crees… Crees que ese es el tipo de hombre que soy?

–No –contestó ella elevando la voz con sinceridad y notando que le escocían los ojos–. No, Angelos, no lo creo, pero, cuando estás con ella, frunces el ceño y parece que estás rabioso.

–Si frunzo el ceño, es porque no soporto la idea de que eso la cohíba, de que esté avergonzada. No tiene ningún motivo, si acaso, tendría que estarlo yo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella–. ¿Por qué ibas a estar avergonzado, Angelos? ¿Qué es lo que…?

–Le fallé en el incendio.

–¿Porque no pudiste evitar que resultara herida? No fue culpa tuya…

–Sí lo fue, pero no vamos a hablar de eso.

–Es posible que tengas que hablarlo…

–¿No entendió lo que le dije antes, señorita Di Sione? –le interrumpió él en un tono tajante–. Está tomándose libertades.

–No me llames señorita Di Sione.

No soportaba que Angelos se escondiera detrás de los formalismos. Sabía que estaba dolido y que tenía miedo, pero ella no podía hacer nada al respecto, no iba a humillarse otra vez insistiendo en que ella le importaba o rogándole que se desahogara con ella.

–Piensa lo que he dicho y, si quieres, pregúntale a Sofia si le gustaría ir al colegio de Naxos.

Como no se fiaba de que no fuera a decir algo más o a desmoronarse, Talia salió del despacho y dio un portazo muy gratificante.

Capítulo 13

ANGELOS se quedó donde estaba y el eco del portazo retumbó en toda la habitación. ¿Tenía razón? ¿Era posible que Sofia pensara que se avergonzaba de ella? En las cartas le decía lo orgulloso que estaba de ella y lo guapa que le parecía, pero quizá no bastara con las cartas, quizá su forma de actuar cuando estaba con ella fuese más elocuente que esas palabras escritas cobardemente. La verdad era que a él le dolía mirar a su hija porque le recordaba sus fracasos, pero le torturaba la idea de que estuviese haciéndole daño. Había pasado los últimos siete años intentando expiar los pecados y haciendo un esfuerzo para que Sofia se sintiese protegida y a salvo. La idea de que hubiese fracasado en su objetivo le obsesionaba. ¿Habría empeorado las cosas por su ineptitud y su miedo?

Talia, por su parte, había tenido el valor de echárselo en cara cuando sabía que se enfadaría y que la ahuyentaría, como había hecho. Era valiente de verdad. Suspiró y se dejó caer en la silla. Primero tenía que hablar con Sofia, ya se ocuparía de Talia más tarde.

Esa noche, cuando Angelos, con el gesto serio, fue a hablar con Sofia antes de que se acostara, a Talia se le animó el corazón aunque el miedo la atenazaba por dentro. Se excusó y, cuando volvió una hora más tarde, cuando había oído que Angelos bajaba lentamente las escaleras, Sofia ya se había quedado dormida. Se había acercado, había visto las huellas de las lágrimas en las mejillas de la niña y se había mordido el labio inferior mientras se preguntaba cómo habría ido la conversación entre padre e hija. Angelos había dejado muy claro que ella no era quién para preguntar.

Volvió a su cuarto, observó la luna sobre el mar e intentó disfrutar del momento. Se marcharía de Kallos al cabo de dos semanas y dejaría a Angelos y a Sofia allí para siempre. Sin embargo, esperaba que las cosas que había vivido allí, las lecciones que había aprendido, le sirvieran para afrontar con más valor su propio porvenir. Además, ¿qué iba a hacer con el libro de Giovanni? Suspiró, se sentó en la cama rodeándose las piernas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Le fastidiaba tener que reconocer que había fracasado con su abuelo, pero ¿qué podía hacer? A esas alturas, incluso dudaba que Angelos tuviera el libro. No había mostrado ningún interés por la poesía. Aunque ella tampoco lo había intentando mucho y lo mínimo que se merecía su abuelo era

que lo intentara. Además, ya no tenía nada que perder en su relación, o falta de relación, con Angelos. Se prometió a sí misma que se lo preguntaría directamente antes de marcharse. Al menos, podría mirar a Giovanni con la conciencia tranquila y el convencimiento de que había hecho todo lo que había podido. Aunque le gustaría poder sentir lo mismo sobre su relación con Angelos y Sofia. ¿Habría empeorado las cosas al contarle a Angelos sus miedos sobre los sentimientos de Sofia? ¿Ese exceso de sinceridad habría dañado la frágil relación entre padre e hija?

Inquieta, se levantó de la cama y bajó las escaleras para dar un paseo por la playa para aclararse la cabeza. Se detuvo a los pies de la escalera al ver luz por debajo de la puerta del despacho y no supo si atreverse a entrar para preguntarle qué tal había ido la conversación con Sofia. Titubeó ante la idea de enfrentarse por segunda vez con su gesto de furia inexpresiva y siguió hacia la puerta principal.

Ya había agarrado el picaporte cuando oyó un ruido que llegaba del despacho, algo entre un gemido y un sollozo, y un cristal que se hacía añicos.

Volvió al despacho conteniendo la respiración y con el corazón desbocado. No podía pasar por alto esos sonidos de dolor y desesperación, aunque temía la ira de Angelos. Llamó a la puerta, pero nadie contestó y la empujó con las yemas de los dedos para abrirla. Angelos estaba medio tumbado en una butaca delante de la chimenea. Los mil pedazos de cristal resplandecían dentro y el aire tenía al aroma anisado del ouzo.

–Angelos…

Él la miró. Estaba despeinado, tenía los botones de la camisa medio desabrochados y la mirada llorosa.

–No estoy borracho, si eso es lo que temes. Solo he dado un sorbo.

–Supongo que eso explica el olor y el vaso roto –comentó Talia mientras cerraba la puerta.

Angelos miró con indiferencia los trozos de cristal.

–Supongo.

–No te cortes.

Talia se agachó para recoger los trozos más grandes y miró alrededor para buscar una papelera.

–Debajo de la mesa –Angelos tenía los ojos cerrados y su cara era una máscara de dolor–. Gracias.

Talia tiró los cristales y se sentó con cautela en la butaca que había enfrente de él.

–¿Quieres hablar?

–No.

–Eso no es ninguna sorpresa.

Él abrió los ojos y la miró fijamente.

–¿Puedes hacer bromas?

–No sé qué hacer –reconoció Talia–. Déjame que te ayude, Angelos, puedo ver que estás pasándolo mal.

–No tienes ni idea –replicó él cerrando los ojos otra vez.

–Ya lo sé. Cuéntamelo –él sacudió la cabeza y ella resopló con impaciencia–. ¡Eres el hombre más terco que he conocido! ¡Eres como una mula!

Él sonrió levísimamente, pero al menos fue una reacción.

–Puede ser.

–Es como si quisieras ser desdichado.

Él abrió los ojos y arqueó las cejas.

–¿Soy masoquista?

–Al parecer, los dos lo somos –Talia se sonrojó al acordarse de que prácticamente le había rogado que se interesara por ella y eso bastó para que reconociera la derrota–. Muy bien. Puedes pudrirte o ahogarte en ouzo si quieres. Tú me das valor para que haga frente a mis miedos, pero, al parecer, yo no puedo darte lo mismo. Me doy por vencida.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta parpadeando para contener las lágrimas y espantándole que ese hombre la afectara tanto, que quisiera ayudarlo y no pudiera.

–Talia... –su nombre fue un susurro justo cuando agarró el picaporte–. No te vayas.

Ella se dio la vuelta lentamente.

–¿Lo dices de verdad?

–Sí –contestó él con los ojos cerrados y una expresión desolada.

Volvió en silencio a la butaca, se sentó y esperó con las manos sobre las rodillas y el corazón acelerado. Angelos soltó el aire y abrió los ojos.

–Como ya sabes, hable con Sofia. Me dijo... Me dijo lo mismo que me habías dicho tú, que creía que yo me avergonzaba de ella, que la retenía en la isla para ocultarla de la gente porque no quería que vieran su cicatriz –Angelos se frotó la cara con las manos–. Si hubiese sabido que ella iba a pensar eso... el daño que iba a causar además de todo lo demás... –el sacudió la cabeza–. Yo soy quien está avergonzado de muchas cosas.

–¿De qué estás avergonzado? –le preguntó ella con delicadeza.

Creyó que no iba a contestarle. Se quedó un buen rato en silencio con las manos tapándole la cara, hasta que las bajó lentamente y la miró. Ella se quedó boquiabierta de la desolación que vio.

–Yo tuve la culpa de que hubiese un incendio –Talia supo

intuitivamente que había algo más y no dijo nada–. Estaba trabajando en el piso de abajo. Había sido una semana agotadora con noches en vela… Sofia estaba echando los dientes –dejó escapar un sonido que sofocó poniéndose la mano en la boca–. Era un bebé encantador y, bueno, era una bendición para Xanthe y para mí. Yo nunca creí que tendría una esposa, una familia. Yo, una rata de alcantarilla que se había criado en los muelles.

Angelos sacudió la cabeza arrastrado por los recuerdos y dominado por el dolor.

–¿Qué pasó esa noche, Angelos?

–Xanthe estaba arriba, con Sofia. Estaba acunándola en el cuarto de la niña. Entonces vivíamos en Atenas, en el barrio de Kolonaki. Era un edificio antiguo con goteras y cables defectuosos…

–¿Fue por un cortocircuito? –preguntó Talia.

Angelos asintió con la cabeza y un gesto de desesperación.

–Tenía pensado hacer que inspeccionaran el edificio. Sabía que era viejo, fue una ganga…

–No puedes culparte –replicó Talia–. Un incendio así puede pasarle a cualquiera, en cualquier sitio…

–No fue solo eso –él se pasó los dedos entre el pelo con la cabeza agachada–. Había bebido un par de vasos de ouzo mientras hacía unos informes, pero estaba cansado y debieron de afectarme más de lo que me había imaginado porque estaba muy lento –bajó las manos y la miró sin disimular el dolor, con la cara crispada–. Talia, estaba demasiado lento.

–Angelos…

Ella parpadeó para contener las lágrimas al darse cuenta de lo que sufrió entonces y durante los siete años siguientes. Sin pensárselo, se arrodilló delante de él y le tomó las manos.

–Cuéntamelo –susurró Talia.

–Empezó en el cuarto de Sofia –él bajó la cabeza agarrándole las manos con fuerza–. La puerta estaba cerrada y Xanthe se había quedado dormida en la mecedora con Sofia en brazos. Cuando saltó la alarma y olí el humo, el cuarto ya estaba ardiendo. Xanthe gritaba, gritaba… No podía abrir la puerta, el calor la había dilatado. Intenté derribarla, la empujé con el cuerpo una y otra vez, pero no pude. Además, los bomberos estaban tardando mucho… –le agarró las manos con tanta fuerza que Talia hizo un gesto de dolor, pero no lo soltó–. Xanthe me dijo que me marchara. Sabía… Sabía que no podría salir, pero quería salvar a Sofia. Me dijo que bajara al piso de abajo y que me la tiraría.

–Angelos…

–Me negué. Me negué, Talia, porque quería salvar a mi esposa. Cuando por fin me di cuenta de que no podría y bajé corriendo,

Sofia ya se había quemado. Si hubiese hecho caso, si hubiese actuado más deprisa… –Angelos sacudió la cabeza–. Xanthe me la tiró envuelta en llamas.

Una lágrima le cayó en la mano y ella, sin decir nada, lo abrazó para que apoyara la cabeza en su pecho.

–Entonces… llegaron los bomberos –siguió él con la voz entrecortada–. Demasiado tarde. Sofia tenía la cara y parte del cuerpo quemados… Era muy pequeña… Pasó seis meses en un hospital y le hicieron injertos de piel y todo tipo de operaciones. Fue un infierno para los dos. Ella tenía muchos dolores y echaba de menos a su madre. Lloraba todo el rato… No quería nada de mí, ni que la abrazara. No entendía nada de lo que había pasado y yo era inútil… –Angelos dejó escapar un sollozo y sacudió la cabeza–. Inútil en muchos sentidos.

–Angelos… –susurró Talia mientras le acariciaba la cabeza–. No sabes cuánto lo siento.

Se quedaron un rato en silencio, hasta que Angelos se apartó con la cabeza todavía agachada.

–Fue más fácil que a partir de entonces mantuviera cierta distancia de ella. Compré Kallos y contraté a una niñera que pudiera cuidarla como yo no podía. Creí que estaba haciendo lo que tenía que hacer, lo que era mejor para Sofia. Sin embargo, es posible que fuese egoísta y que mantuviera esa distancia porque no podía soportar que me recordaran mi fracaso, y solo empeoré las cosas.

–Pero ahora puedes mejorarlas –insistió Talia–. Sofia solo tiene nueve años y te necesita. Te quiere. Quiérela tú y mejora las cosas.

–La quiero…

–Pasa tiempo con ella. Vive en Kallos o llévatela a Atenas contigo. Demuéstrale que no te avergüenzas de ella, y demuéstraselo a todo el mundo.

Angelos levantó la cabeza y la miró. Tenía los ojos empañados.

–¿Qué hizo una joven como tú para ser tan sabia?

–¿Tan sabia soy? –ella dejó escapar una risa cohibida–. Me he escondido durante los últimos siete años en vez de hacer frente a la realidad o de intentar dominar mi ansiedad. Es fácil hablar de la situación de los demás.

–Pero has dominado la ansiedad al venir aquí.

–Sí –se le secó la garganta al darse cuenta de lo cerca que estaba Angelos y de cómo la miraba–. Y te lo agradezco sinceramente.

–No tienes que agradecerme nada.

–Te lo…

–Fui un malnacido contigo cuando llegaste.

–Es posible –concedió ella entre risas–, pero he visto lo bueno

que eres –ella intentó esbozar una sonrisa burlona–. Tu secreto se ha desvelado, Angelos.

–¿De verdad? –preguntó él en voz baja y anhelante.

El corazón le dio un vuelco de esperanza a Talia.

–Eso creo…

Tenía la boca tan seca que se pasó la lengua por los labios y Angelos dejó escapar un gruñido.

–Talia… –él le agarró la nuca con unos dedos cálidos y firmes–. Talia, me vuelves loco.

–¿De verdad? –susurró ella.

Entonces, la estrechó contra sí y la besó en los labios.

Talia introdujo los dedos entre su pelo para que su boca quedara pegada con más firmeza a la de ella. No se cansaba de él, de su sabor, de su contacto y de su belleza. Angelos bajó las manos del cuello a los hombros, la levantó y la sentó en las rodillas mientras le devoraba la boca. El corazón se le desbocó mientras las sensaciones explotaban dentro de ella como fuegos artificiales, cada una más intensa que la anterior. Angelos introdujo una mano por debajo de la camiseta y le acarició el abdomen antes de tomarle un pecho y pasarle el pulgar por el pezón. Ella, aturdida, se preguntó cómo era posible que alguien sobreviviera a eso mientras lo besaba con entusiasmo y pasión. ¿Cómo era posible que alguien sintiera eso y pudiera vivir?

Entonces, Angelos apartó los labios con la respiración entrecortada.

–No deberíamos…

–Sí deberíamos –le interrumpió Talia, que no estaba dispuesta a que le diese largas otra vez–. Angelos, yo… –había estado a punto de decirle que lo amaba, pero se tragó las palabras porque a él no le gustaría oírlo–. Yo te deseo.

–Yo también te deseo –reconoció él con las pupilas dilatadas–. Mucho.

–Entonces, ¿por qué no?

–Complicará las cosas…

Ella se miró la camiseta levantada, las piernas sobre sus rodillas y el intrigante abultamiento de su erección.

–Las cosas ya se han complicado bastante.

Angelos dejó escapar un gruñido y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca.

–Talia, vas a matarme.

–Entonces, que sea una muerte placentera…

Algo la envalentonó y le acarició el musculoso pecho. Anhelaba tocarlo y la reacción de él, su gruñido y la agitación de su cuerpo fue excitante. Se inclinó hacia delante para que el pelo le rozara la

mejilla y lo besó.

–Angelos, por favor, no me obligues a que te lo ruegue.

Él le tomó la cara con las manos y la obligó a mirarlo los ojos.

–¿Estás segura?

–Claro que estoy segura.

Angelos la miró un rato y asintió con la cabeza.

–Muy bien. Vamos.

La tomó en brazos, salieron del despacho y subieron las escaleras para ir al dormitorio de él.

Capítulo 14

ELLA se agarró a su cuello dominada por la excitación. Él entró en el dormitorio, cerró la puerta con el pie y la dejó en la enorme cama con sábanas oscuras de seda. Lo miró fijamente mientras empezaba a desabotonarse la camisa. Ya había visto su pecho desnudo cuando fueron a la playa, pero nunca lo había visto así, con los ojos velados y ardientes, con los dedos largos y elegantes soltando los botones sin dejar de mirarla. Tomó aire, lo dejó escapar poco a poco y se preguntó si debería decirle que era virgen. Sin embargo, él debería saberlo porque ya le había confesado que había vivido como una ermitaña durante siete años.

–¿No te arrepientes? –le preguntó Angelos en voz baja.

–No, claro que no.

Todo el cuerpo le palpitaba y anhelaba volver a sentirlo, volver a tocarlo.

–No tengo ningún… método anticonceptivo –comentó él parando las manos y abriendo los ojos al darse cuenta–. Nunca… –Talia se quedó atónita cuando él se sonrojó–. Nunca lo he necesitado aquí.

–Tomo la píldora –la tomaba desde los dieciséis años para regular los periodos–. En cuanto a lo demás… yo no… bueno, yo…

Ella intentaba decirle que era virgen, pero Angelos la cortó con un gesto de la cabeza.

–Yo también –ella no creía que estuviese hablando de la virginidad–. Estoy… limpio.

–Ah… Bueno, entonces…

Había pasado el momento de decirle que era virgen. No quería estropearlo todo y él parecía el tipo de hombre que podría tener escrúpulos en arrebatar la virginidad a una mujer.

–Todo en orden –concluyó él.

Esbozó una sonrisa depredadora, terminó de desabotonarse la camisa y se la quitó de los magníficos hombros. Ella se alegró de no tener que dar explicaciones, sobre todo, cuando había perdido la capacidad de hablar, y de pensar. Angelos, con el pelo despeinado, los ojos abrasadores y el pecho desnudo era una visión increíble. Se le secó la boca y se le paró el pulso cuando llevó las manos a la hebilla del cinturón, pero se paró.

–No… –susurró ella.

–No ¿qué? –preguntó él con el ceño fruncido.

–No pares –le aclaró ella.

Entonces, asombrada por su propio atrevimiento, lo agarró del cinturón y tiró de él. Angelos extendió un brazo para frenar la caída

y aterrizó al lado de ella en la cama. Talia le pasó los dedos por el pecho y le acarició el vello oscuro.

–Llevo un tiempo esperando esto –reconoció ella entre risas.

Luego, como no pudo resistirse, le dio un beso en el pecho. Angelos gruñó y se puso de espaldas arrastrándola consigo.

–Eres muy dulce.

–Yo… Yo no estoy segura de que esto se me dé muy bien –confesó ella.

–Te aseguro que sí se te da muy bien.

Angelos introdujo las manos por debajo de su camiseta y se la levantó con un movimiento muy rápido. Ella se rio mientras se la quitaba por encima de la cabeza, hasta que los pechos desnudos entraron en contacto con el pecho de él y se quedó boquiabierta por el placer.

–Oh… qué gusto…

Angelos sonrió mientras empezaba a bajarle los pantalones cortos.

–Solo estamos empezando.

Terminó de quitarle los pantalones y se quedó completamente desnuda, completamente expuesta, pero no se sintió ni nerviosa ni vulnerable y se deleitó con la mirada de satisfacción de él. Le tomó los pechos con las manos y le acarició lentamente el pezón con el pulgar. Ella se arqueó para sentir mejor su mano.

–Eres muy hermosa –murmuró Angelos con los ojos velados por el deseo.

–Tú eres hermoso.

Él se rio levemente antes de bajar la boca a su pecho. Talia volvió a contener la respiración con las manos entre su pelo mientras el placer se adueñaba de ella.

–Oh… –gimió ella cuando él llevó la boca al otro pecho–. Oh, no sabía…

Él levantó la cara y la miró con una expresión algo burlona.

–¿Qué no sabías?

–Que se pudiera sentir…

No acabó la frase porque Angelos estaba dándole tanto… enseñándole tanto… Si no hubiese ido a Grecia, si no hubiese sido capaz de sentir lo que sentía, si no hubiese llegado a saber que se podía sentir eso… Daba igual que fuese a acabar dentro de unas semanas o esa misma noche, daba igual si se marchaba de Grecia sola y con el corazón deshecho, tenía eso y bastaría, nunca se arrepentiría.

–Talia… –Angelos se apoyó en un codo y la miró con una sonrisa, con una expresión insoportablemente cariñosa–. Talia, ¿te pasa algo?

Ella se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, no de pena, sino de emoción, de alegría.

–Estoy bien.

Lo abrazó y lo besó con todas sus fuerzas mientras estrechaba el cuerpo desnudo contra el de él.

–Me siento total y absolutamente de maravilla.

Angelos le devolvió el beso y le rodeó el cuerpo con los brazos. La tumbó de espaldas, haciendo que ella se riera por la sorpresa, y le acarició lentamente cada rincón del cuerpo antes de llevar la mano a donde se juntaban los muslos. Talia dejó escapar un gritito de asombro y Angelos la miró con una ceja arqueada.

–Qué…

–Gusto –terminó él mientras sus dedos la acariciaban con una intimidad que ella no se había imaginado jamás.

–Sí… –susurró ella arqueando instintivamente las caderas–. Sí…

Notaba que se estremecía mientras el placer la dominaba con oleadas cada vez más profundas. Un instinto que no sabía que tenía se apoderó de ella y agarró la mano de Angelos con las dos manos. Él se rio mientras sus diestros dedos hacían maravillas.

–No voy a irme a ningún lado –le aseguró él.

–Más te vale… –murmuró ella antes de que el placer le atenazara las entrañas dejándola deslumbrada–. Oh…

Angelos se colocó encima de ella y entró, hasta que se detuvo y se quedó rígido por la sorpresa.

–Talia…

Ella parpadeó, también sorprendida y un poco asustada de lo… grande que era.

–No pasa nada.

Angelos tenía los dientes apretados e intentaba mantenerse dentro de su cuerpo.

–Pero…

–No pasa nada –repitió ella mientras levantaba las caderas para que entrara más.

Dolía. No era un dolor repentino y agudo, era algo más profundo, como el dolor de la adaptación. Angelos tenía la cara surcada por arrugas de arrepentimiento.

–Yo no…

–No, por favor –Talia le puso un dedo en los labios–. Esto es lo que quería –se movió debajo de él y notó que su cuerpo se distendía para recibirlo–. Me gusta.

–Dímelo si…

–No me duele, te lo prometo.

Angelos empezó a moverse y dejó escapar un gruñido mientras se sujetaba con los antebrazos. Unos segundos después, Talia

empezó a seguir cada acometida y a sentir que los rescoldos de placer se reavivaban hasta que su cuerpo encontró un ritmo propio. Se agarró a sus hombros para no perder el ritmo y la llamarada interior fue aumentando hasta que explotó con un torbellino de sensaciones que la dejó inerte y temblorosa, y con lágrimas brotándole por debajo de los párpados cerrados.

–Talia, no llores, por favor –le pidió Angelos mientras le secaba con besos las lágrimas de las mejillas.

–Es que estoy muy feliz –Talia abrió los ojos y le sonrió–. Ha sido… increíble, arrebatador. No sabía…

–¿Por qué no me dijiste que no sabías…? –le preguntó Angelos.

Se tumbó de costado con la piel un poco brillante por el sudor y una mirada sombría.

–Me daba miedo que no quisieras… hacerlo –confesó Talia.

–Deberías habérmelo dicho –insistió Angelos mientras le pasaba un mechón por detrás de la oreja–. Habría hecho las cosas de otra manera.

–No quería que hicieras las cosas de otra manera. Además, creí que lo habrías adivinado, te conté lo limitada que era mi vida.

–Sí, pero… –Angelos se encogió de hombros–. Eres una joven hermosa y pensé que habrías tenido oportunidades.

Talia sacudió la cabeza con un gesto apesadumbrado.

–Salí con un chico cuando tenía diecisiete años y nos besamos un par de veces, pero eso es todo.

Angelos arqueó las cejas con una expresión casi cómica.

–¿Eso es todo? Entonces, no tienes nada de experiencia.

–Si soy sincera, los chicos tampoco me interesaban gran cosa. Quería otro tipo de aventuras. Quería ver el mundo, pintar cuadros… eso era lo que me interesaba.

–Por eso es más trágico que te escondieras durante tanto tiempo.

–Ya no voy a esconderme más, pase lo que pase. Quiero vivir la vida como es debido –Angelos frunció el ceño y ella siguió apresuradamente–. No espero… Ya sé que no hemos hecho ningún…

Se sonrojó y, como estaba desnuda, Angelos pudo ver que se sonrojaba por todo el cuerpo. Dejó escapar un gruñido de bochorno y cerró los ojos.

–No hemos hecho ningún ¿qué, Talia?

Ella no supo si lo preguntaba en tono burlón o molesto.

–Compromiso. Solo quería asegurarte que no espero… Ya sabes.

–No estoy seguro de que lo sepa –Angelos le acarició una mejilla y le pasó el pulgar por los labios. Ella abrió los ojos–. Para que lo sepas, eres la primera mujer con la que estoy desde mi esposa.

–¿Qué? –ella lo miró sin dar crédito a lo que había oído–. Ya sé

que me contaste que no habías estado últimamente, pero han pasado siete años…

–Lo sé, te lo aseguro. Han sido siete años muy largos, al menos, en este aspecto.

–¿Por qué no…? Quiero decir, tiene que haber mujeres en Atenas –ella esbozó una sonrisa maliciosa y él le pasó el pulgar por los labios otra vez–. ¿Y qué me dices de todas esas niñeras que se metían en tu cama? Me lo contó Maria.

Angelos fingió que se estremecía.

–No las deseaba. Eran desvergonzadas, sin escrúpulos. Sin embargo, la verdad es… –dejó escapar un suspiro–. No deseaba una mujer ni ninguno de los placeres de la vida. Me sentía entumecido… congelado después del incendio y de sus consecuencias. Solo podía sobrevivir y yo, como tú, me escondí de la vida –hizo una mueca de disgusto–. Ahora me he dado cuenta de que Sofia pagó el precio.

–Y tú, como yo, no volverás a esconderte, ¿verdad? –le preguntó Talia con delicadeza.

–No. Permitiré que Sofia vaya al colegio en Naxos y que me acompañe a Atenas cuando vaya por trabajo. Lo he decidido esta noche. No estoy avergonzado de mi hija, Talia.

–Ya lo sé –ella notó lágrimas en los ojos y parpadeó para contenerlas–. Eres bueno, Angelos, aunque no lo hayas creído. Sé que hiciste todo lo que pudiste la noche del incendio, aunque te niegues a creerlo. No habrías podido salvar a las dos, no habrías podido.

El rostro de Angelos se crispó un segundo y se lo tapó con un brazo mientras tomaba unas bocanadas de aire.

–Ya sé que tú crees eso… –empezó a decir él.

Talia le retiró el brazo porque necesitaba verlo y necesitaba que él viera lo seria que estaba.

–Tú tienes que creerlo por Sofia y por ti mismo.

–No estoy seguro de que pueda.

Ella le puso una mano en el pecho y notó los latidos firmes de su corazón.

–Con el tiempo –replicó Talia con delicadeza–. Sé que no es fácil. Montar en barco una vez no va a curar mi claustrofobia y vivir fuera de las tapias de la finca de mi abuelo no va a ser fácil, pero todo es posible con el tiempo.

–¿Lo crees?

–Tengo que creerlo, y tú también.

Él suspiró otra vez, la abrazó y apoyó la barbilla en su cabeza.

–Gracias por darme una segunda oportunidad en la vida –susurró Angelos.

–Te la mereces.

Se quedaron un rato en silencio y abrazados y Talia se preguntó si alguna vez tendría el valor de decirle todo lo que tenía en el corazón, que lo amaba, que no quería que eso fuese… una aventura, que ya estaba soñando con estar para siempre con él aunque fuese un disparate y, probablemente, imposible. ¿Y si no lo fuera? ¿Y si sintieran un amor que curara las viejas heridas y les diera una segunda oportunidad en la vida? ¿Y si formaran la familia que Sofia y ellos necesitaban? ¿Y si…? En ese momento, entre los protectores brazos de Angelos, todo le parecía posible, como una esperanza en el horizonte que podría agarrar si se atrevía a alargar el brazo, si lo hacían los dos.

Angelos le acarició el pelo y ella se acurrucó contra él. La satisfacción le vibraba por dentro y el sueño empezaba a apoderarse de ella. Los ojos empezaban a cerrársele cuando la mirada se clavó en un libro que tenía en la mesilla de noche. Era un libro fino, con las tapas de cuero labradas a mano. Era el libro de Giovanni. Abrió los ojos como impulsados por un resorte e intentó soltarse del abrazo de Angelos.

–Talia… ¿Qué haces? –se quejó él con la voz somnolienta.

–El libro, tienes el libro –contestó ella antes de que pudiera contener las palabras.

Notó que Angelos se quedaba rígido por la sorpresa y que se apoyaba en un brazo.

–¿Qué libro?

–Este…

Talia tomó respetuosamente el libro de poesía. El cuero era muy suave y estaba gastado. Abrió el libro y contuvo la respiración por la sorpresa y la satisfacción cuando vio la dedicatoria, que leyó en voz alta:

–«Queridísima Lucia, te llevaré eternamente en el corazón, tuyo B.A.» –Talia sonrió y se sintió sentimental–. Justo como él me dijo.

Talia, un poco tarde, se dio cuenta de la tensión que irradiaba del cuerpo de Angelos. Él se apartó de ella y se sentó con los brazos cruzados.

–¿A quién te refieres, Talia? Además, ¿puede saberse qué sabes del libro de mi esposa?

Capítulo 15

TALIA cerró lentamente el libro, su sonrisa se esfumó, sus ojos se ensombrecieron y sus hombros empezaron a hundirse. Angelos vio la palabra «remordimiento» escrita en todo su cuerpo.

–¿Y bien? –insistió él–. ¿No tienes una respuesta?

Él no sabía qué pensar, no sabía cómo interpretar lo que había dicho ella. ¿Cómo era posible que Talia supiera de la existencia del preciado libro de Xanthe? ¿Qué había querido decir al decir que lo tenía él? El recelo formó un nubarrón de miedo y rabia en su cabeza que le impedía pensar racionalmente.

–¿Por qué no puedes explicármelo?

–Sí puedo –replicó ella en voz baja y abrazando el libro contra el pecho.

–Deja el libro –le ordenó él llevado por un sentimiento abrumador que no podía definir–. Ni se te ocurra tocarlo.

Talia abrió los ojos como platos y dejó el libro otra vez en la mesilla.

–Lo siento.

–Yo también.

Angelos se levantó de la cama soltando improperios en voz baja y fue a por su ropa.

–Angelos, por favor, no…

–No ¿qué? ¿No haga preguntas? ¿No pida respuestas? No sé por qué, pero me da la sensación de que me estás ocultando algo, algo importante.

–Es verdad –reconoció ella.

Esas palabras fueron como un martillazo en el corazón frágil y recompuesto de él. Todo se le hizo añicos por dentro. Ella se inclinó hacia delante, el pelo castaño con reflejos dorados le cayó por encima de los hombros pecosos y él la deseó incluso en ese momento, algo que le dio asco inmediatamente.

–Sin embargo, Angelos, no tiene por qué ser importante –añadió ella.

–¿Por qué no me dejas que eso lo decida yo? –preguntó él en tono tajante mientras se ponía los pantalones.

–Por favor –susurró ella–, si pudieras entender…

–¿Entender que me has mentido? –él agarró la camisa y metió los brazos por las mangas–. Eso fue lo que hiciste, ¿no? –señaló el libro que su esposa había adorado–. ¿Por qué sabes que ese libro existe?

Talia tragó saliva para relajar los músculos de la garganta.

–Fue de mi abuelo, fue como un tesoro para él.

–Otra mentira. Ese libro ha estado durante generaciones en la familia de mi esposa –ella se quedó pálida y él se rio con desprecio–. ¿Cuál es la verdad, Talia? ¿Persigues el libro porque es valioso?

–¿Valioso? –ella retrocedió por la impresión–. ¿Crees que busco tu dinero?

–El libro se ha tasado en cincuenta mil libras. Es una edición rarísima.

–Ni quiero ni necesito tu dinero –espetó ella–. Mi abuelo es Giovanni di Sione, de la naviera Di Sione…

–Impresionante –le interrumpió Angelos con un gruñido de furia–. Otra cosa que preferiste no contarme.

–No lo preguntaste –replicó ella–. Sí hablé de la finca de mi abuelo…

Efectivamente, había hablado y, si lo pensaba bien, él se dio cuenta de que había sabido que tenía dinero. Había hablado de la finca, de su estudio, de los viajes que había hecho… Evidentemente, era rica.

–Da igual, me dan igual tu abuelo y su finca.

–Sin embargo, estaba buscando ese libro por mi abuelo –Talia estaba agarrando la sábana con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos contra la seda negra–. Fue suyo hace mucho tiempo, Angelos, fue muy querido para él.

–El libro era de la abuela de mi esposa. Era la doncella personal de una duquesa de Isola d’Oro. La duquesa se lo regaló cuando se marchó.

Talia frunció el ceño y sacudió lentamente la cabeza.

–No lo entiendo. Mi abuelo es italiano, pero sé que fue suyo. Me dijo la dedicatoria. «Queridísima Lucia, te llevaré eternamente en el corazón. Tuyo B.A.»

Angelos se dio la vuelta bruscamente para que Talia no le viera la expresión de la cara. No quería sentir el dolor que se adueñaba de él. Xanthe y él se habían dicho lo mismo, que se llevarían eternamente en el corazón.

–Mi esposa adoraba ese libro –comentó él inexpresivamente–. Era su pertenencia más preciada. Lo tenía siempre en la mesilla. Fue lo único que se salvó del incendio porque lo guardaba en la caja fuerte de mi oficina. Lo había tasado para el seguro e iba a devolvérselo a Xanthe esa noche –Talia emitió un sonido de tristeza, pero Angelos se dirigió hacia ella con frialdad–. ¿Qué quieres? ¿Comprármelo?

–Mi abuelo me pidió que se lo encontrara –contestó Talia en voz baja–. No sabía que fuese tan importante para ti…

–¿Cómo me encontraste?

–Encontré una página web que se dedica a encontrar libros raros. Alguien de Mena Consultancy preguntó por libros del mismo poeta.

–Sí –se le revolvieron las entrañas al recordarlo–. Hace años intenté encontrar otro libro para el cumpleaños de mi esposa –Angelos sacudió la cabeza–. Y tú has venido hasta aquí por eso.

–Sí…

–Entonces, por eso estabas en mi oficina. No querías el puesto de niñera como di por supuesto.

–No, pero…

–¿Y no te pareció oportuno decírmelo? Podrías haber aclarado el malentendido en un minuto, en un segundo.

–Lo sé, pero fue complicado. Estaba cansada y aturdida por el viaje. Además, cuando me di cuenta de que podría ayudar a Sofia…

–Y husmear para buscar el libro, claro.

–Husmear, no, pero sí pensé que podría buscar…

–Por eso me preguntaste si me gustaba la poesía cuando estábamos en el barco, ¿verdad? –le preguntó Angelos sacudiendo la cabeza con rabia–. Me pareció una pregunta rara, pero creí que solo intentabas llegar a conocerme.

Angelos se dio media vuelta al darse cuenta de que había reconocido que había querido que ella llegara a conocerlo.

–Estaba intentando llegar a conocerte –susurró ella–. Quería…

–Basta –Angelos rasgó el aire con una mano–. Basta. No puedo soportar ni una más de tus lamentables excusas.

Se dio la vuelta otra vez y la miró mientras los ojos se le empañaban de lágrimas y los dedos le temblaban en la sábana.

–Angelos, por favor… Sé que debería haberte dicho algo, pero estaba empezando a tomaros cariño a Sofia y a ti y me pareció mal reconocer…

–¡Vete! –rugió Angelos.

Volvió a darle la espalda porque no podía mirarla. Oyó que se levantaba de la cama, que rebuscaba su ropa, que se dirigía hacia la puerta y que la cerraba. Dejó escapar un suspiro entrecortado y se pasó los dedos por el pelo. El dolor, el remordimiento y un arrepentimiento muy profundo se adueñaban de él como un torrente incontenible. Había confiado en ella, le había contado más cosas que a nadie, incluso que a Xanthe. Xanthe no había querido saber nada sobre su infancia y las lecciones tan dolorosas que había aprendido. Sin embargo, Talia le había parecido interesada, comprensiva, afable, y todo para conseguir lo que quería.

Una parte muy recóndita de sí mismo le decía que estaba siendo injusto al juzgar a Talia con esa severidad. Él podía entender por qué se había resistido a hablar y aun así…

Había mentido y se marcharía. La noche que habían pasado juntos había sido un error. Eso lo sabía con toda certeza.

Talia se metió en la cama y se quedó temblando a pesar de la noche calurosa y pegajosa. Lo había estropeado todo por no haber sido sincera con Angelos. ¿Por qué no le había hablado antes de su abuelo y el maldito libro? La respuesta era deprimentemente evidente. Porque había tenido miedo. Había tenido miedo de que Angelos se enfadara y de que se echara a perder todo lo que tenían juntos, por eso había esperado y había perdido mucho más.

Sin embargo, también era posible que no lo hubiese tenido en ningún momento. Pensó en el dolor que había visto en el rostro de Angelos. Había amado a su esposa y era posible que todavía la amara. Era posible que Angelos y ella nunca hubiesen tenido ni la más mínima oportunidad de tener un porvenir juntos.

Acabó quedándose dormida, pero se despertó cuando la tenue luz del amanecer se filtró entre las contraventanas. Oyó el canto de los pájaros y el rumor de las olas en la playa y supo que solo tenía una alternativa. Tenía que marcharse. Era preferible marcharse a que la despidieran. Eso era lo que haría Angelos y no soportaría pasar otra semana con él y que la odiara, y sabiendo además que había tirado por la borda cualquier esperanza de tener un porvenir juntos.

La nueva niñera de Sofia llegaría al cabo de unos días y ella sabía que la dejaría en buenas manos. Angelos podría pasar unos días solo con su hija y, si no, Maria se apañaría. No dejaría a nadie en la estacada si se marchaba, una idea que conseguía hacerle daño. No la necesitaban de verdad.

Se duchó y se vistió con el corazón apesadumbrado e hizo el poco equipaje que tenía. Dejó, todavía envuelta, la seda que Angelos le había regalado en Naxos. Quizá pudiera hacer un vestido para Sofia. Bajó las escaleras y fue directamente al despacho de Angelos. Las entrañas se le encogieron cuando oyó su tenso «adelante», pero levantó la barbilla, abrió la puerta y entró.

–Sí…

Angelos tenía los labios apretados y una mirada gélida. A ella le pareció increíble que la noche anterior la hubiese abrazado y estrechado contra su cuerpo. Jamás había sido tan feliz. Parpadeó para borrar esas imágenes y se obligó a hablar.

–He pensado que lo mejor será que me marche. La niñera nueva llegará dentro de poco y estoy segura de que Maria podrá apañarse sola durante ese tiempo, o, si no, Sofia y tú podríais pasar más tiempo juntos. Creo que yo solo… estorbaré.

Angelos no dijo nada y ella se obligó a aguantar esa mirada fría y pensativa que le recordaba dolorosamente al hombre que conoció en Atenas.

–Muy bien –concedió él al cabo de un rato y en un tono inexpresivo–. Lo organizaré para que el helicóptero te recoja esta tarde a primera ahora.

–Gracias –susurró ella.

–¿Podrás hacer el viaje en helicóptero?

–Creo que sí.

Se le empañaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de que Angelos se preocupaba por ella incluso en ese momento. Hizo que casi quisiera quedarse, intentar…

–Angelos… –empezó a decir.

Él levantó la mirada del ordenador portátil.

–No hay nada más que decir –le interrumpió él–. Puedes despedirte de Sofia.

Ella tragó saliva, asintió con la cabeza y se marchó del despacho. La despedida de Sofia fue espantosa, peor que cualquier cosa que hubiese podido imaginarse.

–¡Quédate! –exclamó la niña con lágrimas en los ojos–. *Parakaló*.

Como no sabía decir nada más en inglés, la miró fijamente, rogándoselo con los ojos como hizo en Atenas, pero esa vez ella tuvo negarse.

–Puedo escribir –replicó ella explicándoselo con gestos–. Cartas y correos electrónicos –aunque no sabía si Angelos lo permitiría–. Cuídate, Sofia. *S'agapo*.

–Yo también te quiero –contestó Sofia en inglés antes de echarse a llorar.

Dos horas más tarde, Talia salió sola de la villa con la maleta en la mano y se dirigió hacia el helicóptero. Se sentía vacía, no sentía nada, solo sentía una ligera punzada de miedo mientras subía al helicóptero. Se sentó, se abrochó el cinturón de seguridad y pensó que era posible que el desengaño hiciera desaparecer la claustrofobia. El helicóptero despegó y nadie fue a despedirla. Vio que la isla de Kallos iba haciéndose cada vez más pequeña, hasta que desapareció en la infinidad del horizonte azul.

Veinticuatro horas después, estaba en la finca de su abuelo. Era una tarde de mediados de agosto húmeda, calurosa y agobiante después de la brisa y el calor seco de Kallos. La casa estaba silenciosa cuando entró y dejó escapar un prolongado suspiro. Sentía el agotamiento físico y emocional en cada músculo y tendón del cuerpo.

–Señorita Talia –Alma, el ama de llaves, se dirigió apresuradamente hacia ella–. Ha vuelto. No ha avisado…

–Lo siento, pero no tuve tiempo.

–No pasa nada, naturalmente –la tranquilizó Alma–. Su abuelo se alegrará mucho de que haya vuelto.

–¿Qué tal está? –le preguntó Talia.

Había intercambiado correos electrónicos con Giovanni, pero ella sabía que no le diría que había empeorado de salud, sobre todo, cuando estaba tan lejos.

–Cansado –contestó Alma con una sonrisa leve y triste–, pero animado. Está arriba, en su cuarto de siempre. Acaba de despertarse por si quiere verlo. Dante y Willow también están aquí.

Ella sabía que tendría que decirle que no había recuperado el libro y decidió que, cuanto antes, mejor. Subió las escaleras y encontró a Giovanni en la pequeña sala contigua a su dormitorio con una manta sobre las piernas a pesar del calor. Tenía el ceño fruncido mientras pulsaba el mando a distancia de la televisión, pero desvió la mirada cuando ella abrió la puerta y sonrió de oreja a oreja al verla.

–¡Querida Talia! ¡Has vuelto!

Extendió los brazos y ella se acercó, le dio un beso en la pálida mejilla y lo abrazó con delicadeza antes de sentarse enfrente de él.

–No pareces contenta –siguió Giovanni–. ¿Qué ha pasado?

–No pude conseguir tu libro, *nonno*. Lo siento.

Giovanni no dijo nada y se limitó a mirarla un rato con una mirada casi tan pensativa y penetrante como la de Angelos.

–Pero lo has intentado, ¿verdad?

–Sí, y lo encontré, pero es un libro demasiado especial para su propietario. Perteneció a su difunta esposa.

–¿De verdad?

Giovanni hizo un gesto con la cabeza y se dejó caer sobre el respaldo de la butaca.

–Al parecer, la madre de ella era la doncella personal de la duquesa de una isla y esa duquesa se lo regaló cuando se marchó.

–Entiendo –Giovanni cerró los ojos un instante y Talia se preguntó qué estaba callando.

–Lo siento –repitió ella.

–No importa, Talia, pero creo que la infelicidad que veo en ti no se debe solo a que no hayas conseguido llevar a cabo la tarea que te encomendé –él abrió los ojos y la miró con cierta malicia amable–. ¿Verdad?

–No –reconoció ella.

Sin embargo, no pudo decir nada más por el nudo que se le había formado en la garganta y parpadeó varias veces.

–Talia… Quería que vieras mundo, que avivaras la llama por la aventura y la vida que sé que todavía llevas dentro, pero me temo que la he apagado en cambio.

–No, *nonno* –aseguró ella–. Es que… vivir es doloroso algunas veces. Sentir todo demasiado… ¿Sabes?

–Sí –él sonrió con tristeza y le tomó la mano–. Lo sé.

Los días fueron pasando y Talia no salió de la finca. Paseó por los prados impecablemente cortados y volvió a familiarizarse con su belleza, aunque añoraba las colinas rocosas y la arena blanca de las playas de Kallos. Echaba tanto de menos a Angelos y Sofia que era como un dolor físico que le impedía comer y dormir, que la dejaba vacía y desolada. Alma la regañaba y no paraba de ofrecerle comida. Ella intentó comer algo para contentar a la preocupada ama de llaves, pero no podía evitar el dolor que le abrumaba el alma.

Entonces, a finales de agosto, Giovanni se enfrentó a ella. Habían pasado dos semanas desde que se marchó de Kallos y lo único que había hecho había sido dejar que transcurrieran los días.

–Querida, sé que estás sufriendo –comentó Giovanni sin preámbulos–. Y sé por qué. Tienes el corazón roto.

Talia consiguió esbozar una sonrisa poco convincente por la perspicacia de su abuelo.

–Es posible. Nunca lo había experimentado antes.

–No te mandé lejos para romperte el corazón –replicó él con seriedad–. Te mandé lejos para que volvieras a descubrirlo. Tienes que vivir y amar otra vez.

–Me gustaría –Talia asintió lentamente con la cabeza–, pero…

–Pero nada. He conseguido que una galería de la zona exponga tu obra dentro de dos semanas.

Talia se quedó boquiabierta.

–¿Qué…?

–Ya sé que siempre te has resistido a esas apariciones en público, pero sabes muy bien que muchas galerías han querido exponer tu obra y lo preguntan todos los años. Ha llegado el momento de que les complazcas y de que te muestres al mundo.

Capítulo 16

NO irás a ponerte eso, ¿verdad?

–¿Por qué?

Talia se miró su túnica verde. Era la mañana de la inauguración y había tenido cuidado con su imagen, o eso había creído.

–Es uno de mis mejores vestidos –le confesó a Willow, la prometida de su hermano Dante.

Habían llegado hacía unos días, como muchos de sus hermanos, para la inauguración, pero, aparte de alguna conversación, no había visto mucho ni a Dante ni a Willow porque estaban alojados en una de las casitas que había dentro de la finca.

Los nervios le atenazaban el estómago cuando pensaba lo que iba a hacer esa tarde. Iba a mostrar su obra al mundo, no iba a limitarse a retratos privados, iba a moverse entre una multitud, iba a dominar la ansiedad y la claustrofobia, o eso esperaba.

Desde la charla de su abuelo, se había dado cuenta de que quería pasar página aunque fuese complicado, si no imposible.

Había elegido los cuadros de los que estaba más orgullosa y el nerviosismo se adueñaba de ella ante la idea de mostrarlos al mundo. Sin embargo, no expondría el cuadro del que estaba más orgullosa. Era un dibujo de Angelos y Sofia que le había mandado a Kallos después de mucho pensarlo. Había sido increíblemente fácil dibujarlos de memoria. Los había dibujado haciendo un castillo de arena en la playa, como hicieron la primera vez que salieron de excursión en Kallos. Había dibujado la cara de Angelos irradiando amor y a Sofia maravillada, los dos expresaban el placer de estar juntos. Dibujarlos había sido curativo, como coser una herida. Cada trazo del lápiz había sido una bendición y esperaba que Angelos conservara el dibujo y que captara en él el cariño que sentía por los dos.

–¿Qué le pasa al vestido? –le preguntó a Willow, quien daba vueltas alrededor de ella chasqueando la lengua.

–¿Sinceramente? Parece una bolsa de basura verde –Talia tuvo que reírse y admirar a la novia de su hermano por lo clara que era–. Es un tono de verde muy bonito, pero… –Willow sacudió la cabeza con los ojos en blanco–. Tienes un cuerpo fantástico y un pelo increíble, pero no haces gran cosa por ninguno de los dos.

–Nunca he tenido que hacerlo –reconoció ella.

Vivir como una ermitaña le ahorraba la peluquería, el maquillaje y la ropa.

–Sin embargo, hoy es distinto, ¿no? –le preguntó Willow–. Quiero decir, quieres que sea especial, ¿no?

–Sí.

Willow miró el reloj que había en la repisa de la chimenea.

–Tenemos tiempo de sobra. ¿Me dejarías hacerte algunos arreglos? Solo si quieres, claro.

Talia empezó a negar con la cabeza, se negaba instintivamente a la idea, pero se detuvo. ¿Por qué no iba a arreglarse un poco? Al fin y al cabo, iba a empezar de cero, quería pasar página como fuese.

–Claro –aceptó sonriendo a Willow–. ¿Por qué no?

No iba a abrirlo. Angelos miró el sobre marrón enviado desde Estados Unidos y frunció el ceño. No quería saber lo que había mandado Talia, le daba igual.

Era mentira y cada vez le costaba más creérsela, sobre todo, si tenía en cuenta todo el tiempo que había pasado pensando en Talia, y todo el sueño que había perdido. Había pasado un mes desde que se había marchado, treinta días interminables y desdichados. La niñera nueva había llegado y era exactamente lo que él había querido, por una vez. Era fría, competente y un poco distante, y si bien su forma de cuidar a Sofia era impecable, ni Sofia ni él habían podido tomarle cariño. No se oía su risa por los cuartos de la villa, no hablaba un griego chapucero, no tenía pecas en los hombros ni rayos de sol en el pelo, no era Talia.

Sabía que debería olvidar a Talia. Al fin y al cabo, le había mentido. Durante ese mes, desde que ella se marchó, él no había sabido si arrepentirse por haberla tratado con tanta crudeza o estar seguro de haber hecho lo que tenía que hacer, lo único que podía hacer. No tenían ningún porvenir.

Resopló con desesperación, miró fijamente el sobre cerrado, apretó los labios y cortó el borde. El papel que sacó no era la carta que había esperado. Era un dibujo y se le encogió el corazón. No tuvo que ver las iniciales «TD» del rincón para saber que era un dibujo de Talia. Sin embargo, lo que le conmovió y asombró fue cómo le había dibujado a él. Parecía… amable y cariñoso, como la mejor versión de sí mismo, una versión que no había creído que existía hasta que Talia había aparecido en su vida. Además, había dibujado a Sofia con el rostro iluminado, con los ojos brillantes de felicidad. Cayó un trozo de papel del sobre y lo recogió con el ceño fruncido. El corazón se le encogió otra vez por lo que había escrito Talia.

Dibujé lo que vi.
Así eres tú de verdad.
Talia

Angelos cerró los ojos por la oleada de arrepentimiento que se apoderó de él. Talia había visto en él una esperanza, un amor y una delicadeza que él no le había mostrado a ella. ¿Cómo era posible? ¿Qué podía hacer? Abrió los ojos y volvió a mirar el dibujo con un nudo en la garganta, hasta que se lo tragó, volvió a meter el dibujo en el sobre y se levantó de la mesa del despacho.

–Casi lista –Willow empolvó un poco la cara de Talia y retrocedió unos pasos para mirarla con las manos en las caderas–. Creo que no estás mal –comentó guiñándole un ojo.

Talia levantó una mano temblorosa y la llevó al pelo que Willow le había peinado a la perfección.

–Casi me da miedo mirarme.

–Eso me ofende –bromeó Willow–. Mírate en el espejo.

–De acuerdo.

Talia tomó aliento, se dio la vuelta en la silla giratoria y se miró en el espejo de cuerpo entero. Se quedó boquiabierta. La habitual maraña de mechones ondulados estaba recogida en un moño terso y elegante. Su figura, normalmente cubierta por unos pantalones cortos y una camiseta amorfa, estaba ceñida por un vestido azul hielo que se cerraba detrás del cuello. Unas sandalias de tacón a juego completaban el conjunto.

–Dios mío –susurró ella–. Creo que nunca había estado…

–¿Tan guapa?

–Tan glamurosa –Talia dejó escapar una risa titubeante–. Tan… visible.

Se dio cuenta de que se había escondido de varias maneras; en la finca y detrás de ropas amorfas. Sin embargo, ya quería ser distinta y lo sería. Se alisó el satén del vestido y se dio la vuelta para mirar a Willow.

–Gracias. Me siento de maravilla.

–Y estás de maravilla –Willow le dio un beso en la mejilla–. No lo olvides.

–No lo olvidaré.

Casi toda su familia había acudido a la inauguración y ella se sentía conmovida y asombrada por su apoyo. Sabía que estaban muy ocupados porque todos sus hermanos y hermanas participaban en algún aspecto del grupo de empresas Di Sione. Les agradecía que hubiesen encontrado tiempo para acudir a animarla.

Fue a la galería en la limusina de Giovanni. Su abuelo iba sentado al lado de ella y hacía mucho tiempo que no tenía un aspecto tan bueno.

–Estoy muy contento por ti, querida –dijo él dándole unas palmadas en la rodilla.

La galería estaba en una casa con tejado de pizarra al lado de la playa y tenía una cristalera que ocupaba toda una pared y tenía vistas al estuario de Long Island. El galerista había colgado muy bien sus cuadros y había aprovechado al máximo la luz natural y el espacio diáfano. Unos camareros iban de un lado a otro con bandejas de canapés y de copas de champán y los invitados, entre otros la mayoría de su familia, ya habían llegado.

–¡Talia! –exclamó su hermana Bianca mientras se dirigía hacia ella con los brazos abiertos.

–¡Bianca! –Talia dio un abrazo a su hermana. Solo se llevaban un año y siempre habían estado muy unidas–. Cuánto tiempo…

–Lo sé, lo sé.

Bianca sacudió la cabeza y se sonrojó antes de desviar la mirada hacia un hombre de aspecto rudo, pelo color pajizo y ojos grises como el hielo.

–Liev –murmuró Bianca–. Mi prometido.

–No puedo creérmelo –Talia volvió a abrazar a su hermana–. Me parece que hay una historia detrás de esto.

–La hay, pero no voy a contártela ahora.

–Esperaré.

A Talia le encantaba ver a su hermana tan contenta e irradiaba una felicidad que sabía que también había sentido una vez, en brazos de Angelos.

–Me alegro mucho de que estés contenta, Bianca. Puedo notar cuánto lo amas.

–Y cuánto me ama él a mí –replicó Bianca–. Lo cual, es increíble. Me acuerdo de que una vez encontré una carta de amor entre las páginas de un libro de la biblioteca. Era de una tal Lucia. No sé quién era ni a quién escribía, pero al leerla me pregunté qué sentiría si alguien me amara tanto; ahora lo sé.

–Lucia… –repitió Talia acordándose de la dedicatoria de *Il Libro d’Amore*–. ¿Crees… Crees que tenía algo que ver con el abuelo?

–No lo sé. Nunca nos ha contado la historia que hay detrás de las amantes perdidas, ¿no?

Talia miró a su abuelo, quien estaba charlando con su nieto Matteo. Sonreía y asentía con la cabeza y, aunque no había tenido un aspecto tan bueno desde hacía mucho tiempo, se notaba que estaba cansado y frágil.

–Espero que nos la cuente alguna vez.

Talia siguió moviéndose entre los invitados, charlando con sus hermanos y hermanas y disfrutando de sus halagos y ánimos. Vio que Nate, su hermanastro, estaba junto a una pared con una copa

de champán y se acercó a él con una sonrisa vacilante.

–Nate, cuánto tiempo…

–Siempre lo es –replicó Nate con otra sonrisa y los ojos velados.

–¿Sabías que eres el único hermano al que no he pintado un retrato?

–Hermanastro.

–Para mí no hay diferencia.

La sonrisa de él se ensanchó y los ojos se le iluminaron un poco.

–Me alegro, Talia.

–¿Posarás para mí? Por favor…

–¿En la finca?

–¿Te importa?

Él se frotó la mandíbula.

–No lo sé.

–Nate… –Talia le puso una mano en el brazo–. Deberías hablar con él –ella había visto que Nate había desviado la mirada hacia donde Giovanni y Matteo estaban hablando–. Ya sabes que no le queda mucho. Deberías reconciliarte mientras puedas.

–Es posible –contestó Nate con poco convencimiento.

–¿Sabías que algunas veces pregunta por ti? –le preguntó Talia.

La mirada de Nate se había ensombrecido otra vez y sacudió la cabeza.

–No, no lo sabía.

–Habla con él –insistió Talia.

Estaba dándose la vuelta para saludar a otra persona cuando vio una figura conocida por el rabillo del ojo. Aunque no pudo ver del todo a esa persona, sintió un cosquilleo por dentro y el corazón empezó a latirle como una locomotora. Se dio la vuelta lentamente y miró hacia la puerta de la galería, donde estaba Angelos abrasándola con la mirada.

Capítulo 17

ANGELOS…

Él nombre se le escapó de la boca y estuvo a punto de desmayarse. Angelos se abrió paso entre la multitud hasta que se quedó delante de ella tan alto, fuerte y devastadoramente atractivo como siempre.

–Talia, lo siento.

–No, yo lo siento. Por no haberte dicho nada del libro, por marcharme como lo hice…

–Yo dejé que te marcharas y exageré con el libro –Angelos miró alrededor y comprobó que todo el mundo los miraba con curiosidad–. ¿No podemos hablar un momento en privado? Después, quiero ver todos estos retratos fabulosos, aunque creo que tengo, en Kallos, el mejor con mucha diferencia

–¿Recibiste el dibujo?

–Si, e hizo que me diera cuenta de lo mucho que había tirado por la borda, de lo estúpido que era… –se calló un momento y le tomó la mano–. Pero déjame que te lo diga en privado.

Talia dejó que la llevara afuera, a la playa, que no era tan suave y blanca como la de Kallos, pero le daba igual dónde estaba si estaba con Angelos.

–Bueno, ¿para qué has… venido hasta Nueva York?

La voz le tembló un poco por los nervios porque ni siquiera en ese momento ella sabía lo que él iba a decirle. Le daba miedo esperar, creer…

–Para decirte que te amo y que siento cómo actué con ese libro.

–¿Me amas? –una sonrisa de incredulidad iluminó el rostro del Talia–. ¿De verdad?

–Creo que me enamoré la primera vez que irrumpiste en mi despacho y me exigiste que pasara más tiempo con Sofia.

–Pues a mí me pareció que estabas furioso.

–Lo estaba –reconoció Angelos entre risas–, pero admiré tu fuerza y tu valor y supe que querías lo mejor para mi hija.

Angelos se sentó en la arena y tiró de ella. Talia también se sentó sin importarle el vestido de satén. Se sentaron agarrados de la mano y deleitándose de estar juntos antes de que Angelos volviera a hablar.

–He tenido miedo, Talia. Miedo de volver a amar a alguien, de entregar mi corazón y de que me hiciesen daño –él le agarró la mano con más fuerza–. Marginé a Sofia por ese motivo, aunque me convencí de que lo hacía por su bien. Al ver tu dibujo me di cuenta de lo mucho que me había perdido, de lo mucho que me he

impedido sentir. Creí que era porque no podía e intenté convencerme de que me quedaba al margen por Sofia, pero la verdad era que lo hacía por mí mismo. Es más fácil hacerte un caparazón alrededor que dejar que te hagan daño. No podía soportar la idea de volver a perder a alguien.

–Sé que amabas mucho a tu esposa, Angelos…

–Es verdad, pero eso no significa que no pueda volver a amar.

–Pero cuando te hablé del libro… –Talia tragó saliva–. Me marché, en parte, porque me parecía que nunca podría ser la primera en tu corazón. Tu manera de hablar de tu esposa y de la dedicatoria del libro… Me pareció que era imposible que nosotros tuviéramos eso.

–Tendremos algo distinto, pero tan fuerte y bueno. Talia, eres distinta a Xanthe. Llegaste a mi alma como ella no lo hizo nunca, por mucho que nos amáramos el uno al otro.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Talia con el ceño fruncido.

–Xanthe nunca quiso saber nada de mi infancia. Quería fingir que había nacido multimillonario, creo que mis orígenes humildes la avergonzaban.

–¡Pero su abuela era una doncella!

–De una duquesa –le recordó Angelos–. Todo el mundo tiene una debilidad y quizá esa fuese la suya. Nos amamos y fue un buen matrimonio, pero estoy dispuesto a pasar página. Sé que tengo que hacerlo y quiero hacerlo… contigo –la miró a los ojos y a ella le conmovió ver la incertidumbre en su mirada–. Si todavía me aceptas.

–Angelos… ¡Claro que sí! –exclamó ella–. Yo soy la que debería estar arrepentida. Llevé fatal el asunto del libro. Debería habértelo dicho antes. Tú has dicho que es más fácil hacerte un caparazón alrededor del corazón, para mí, lo más fácil fue huir. Me ayudaste a hacer frente a mis miedos, pero, aun así, acabaron derrotándome en el último momento. Me marché porque estaba dolida y asustada y no soportaba estar ceca de ti cuando me dejabas a un lado. Debería haberme quedado para pelear.

–A lo mejor necesitábamos pasar algún tiempo separados –concedió Angelos–, siempre que no volvamos a pasarlo.

–Jamás.

Entonces, para alivio y alegría de ella, Angelos le tomó la cara entre las manos y la besó. El contacto de sus labios fue como un bálsamo para su alma e hizo que le saltaran chispas por dentro. Profundizó el beso, lo deseaba con cada célula del cuerpo, y Angelos correspondió. Un instante después, estaban tumbados en la arena con los cuerpos entrelazados y las bocas fundidas en una. Hasta que Angelos se separó con una risa temblorosa.

–No quiero ponerme en evidencia –él se pasó los dedos entre el pelo y ella intentó alisarse la ropa–. Además, quiero darte esto.

Angelos sacó un libro del interior de la chaqueta y Talia se quedó boquiabierta.

–*Il libro d'Amore*… pero es muy valioso para ti.

–Y me imagino que lo será para tu abuelo si lo quería tanto.

–No acabo de entender por qué –replicó Talia–, pero creo que hay muchas cosas que no me ha contado mi abuelo –ella tomó el libro y acarició la suave tapa–, pero ¿estás seguro? Sé cuánto significa el libro para ti.

–Tú significas más, Talia. Quiero que le des el libro a tu abuelo. A él solo le quedan recuerdos, a nosotros nos espera un porvenir juntos.

–Entonces, vamos a dárselo juntos.

Angelos esbozó media sonrisa.

–Todavía no lo conozco, ni a nadie de tu familia.

–Te los presentaré y después podremos darle el libro a mi abuelo. Estará encantado, no solo de haber recuperado el libro, sino de que sea feliz contigo. Puede decirte lo desdichada que he sido las semanas pasadas.

–Sofia podrá decirte lo mismo de mí –reconoció Angelos–. Según Maria, nunca me había visto tan malhumorado.

–Menuda novedad –bromeó Talia.

Lo levantó de la arena con el corazón rebosante de alegría y volvieron a la galería, donde la esperaba el resto de su vida para que la disfrutara.

Table of Contents